

# DECISIÓN PELIGROSA

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE ACCIÓN Y SUSPENSE



ADRIÁN Y MIGUEL  

---

ARAGÓN

# **Decisión peligrosa**

Adrián y Miguel Aragón

Edición Amazon Kindle

Copyright © 2019 Adrián Aragón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

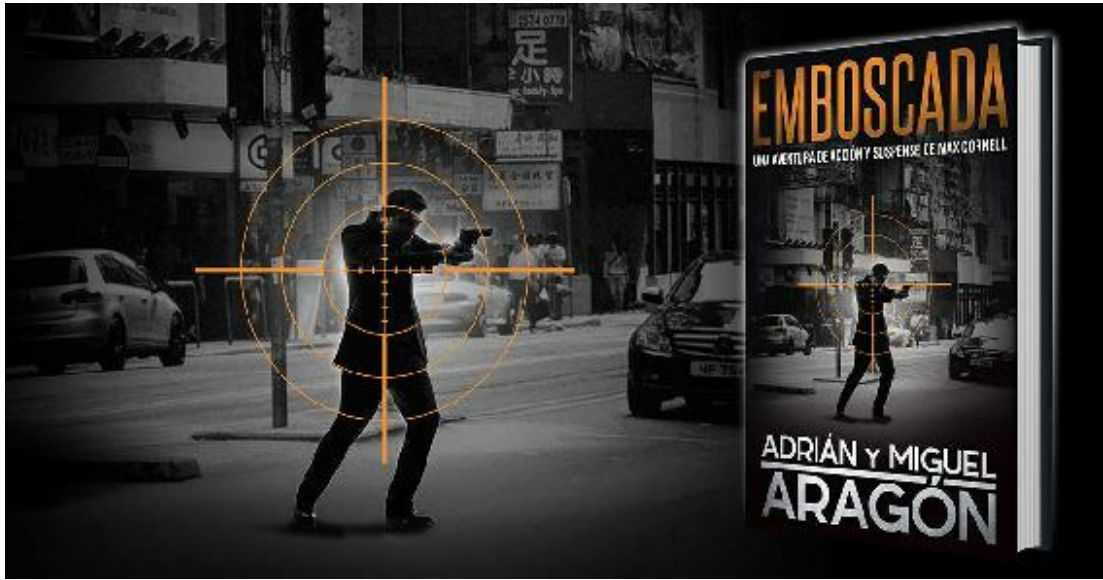
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

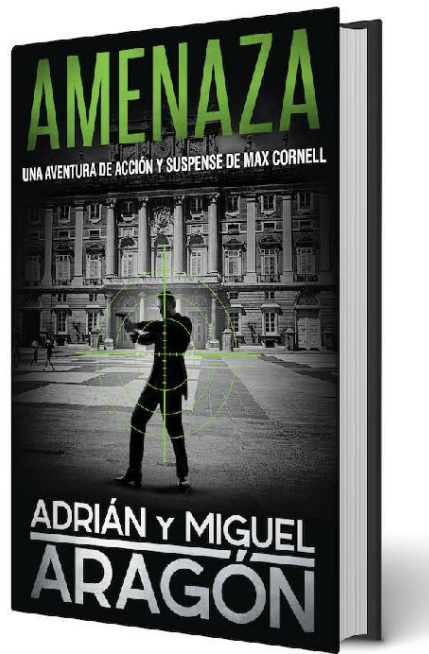
[www.autopublicamos.com](http://www.autopublicamos.com)



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia gratis de «Emboscada: Max Cornell thrillers de acción nº 1» y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Adrián y Miguel Aragón. Haga clic [AQUÍ](#)

Últimas publicaciones de los autores:

**Amenaza: Una aventura de acción y suspense de Max Cornell**



Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

# Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[BONO DE REGALO](#)

[Nota de los autores](#)

[Otras obras de Adrián y Miguel Aragón](#)



## Prólogo

«Al Boss no le va a gustar». Fue lo primero que pensó Ricky cuando vio el cadáver de la mujer sobre la cama. A su lado, Fernando daba vueltas por el dormitorio escupiendo insultos.

—¡Será perra! ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Ricky no compartía su ira; estaba apenado. Él intuía qué era lo que había impulsado a Melissa Duarte a inyectarse una sobredosis de *meta*. Pero esa información la desconocía su compañero, que continuaba lamentándose como una fiera herida.

La droga era, desde luego, la causa directa de la muerte. Las agujas usadas que atiborraban el suelo, y las que aún estaban sin estrenar sobre la mesita de noche al lado de la cama, lo afirmaban. La causa indirecta, sin embargo, solo él y el Boss la sabían.

—Vámonos —le dijo a Fernando—. Nos van a pillar aquí.

Este volvió a lanzar una imprecación y contempló el cadáver. La mujer tenía menos de cuarenta años, pero su rostro delataba los estragos del enganche a la metanfetamina. Las mejillas afiladas, los ojos saltones, la piel estropeada. Estaba enflaquecida, apenas llenaba unos pantalones vaqueros que debieran ser ajustados. Era evidente en los brazos que asomaban por la camiseta de manga corta, y que parecían dos frágiles ramas de árbol. El cabello largo, liso y oscuro, uno de sus atributos más hermosos, se desparramaba sobre la almohada como una aureola macabra.

—Nos está mirando —dijo Fernando interrumpiendo los pensamientos de Ricky.

—Reza una oración por su alma y ciérrale los ojos.

—¿Qué?!

—¿No lo haces por los otros? ¿Por qué con ella ha de ser distinto?

Fernando quería protestar, pero se contuvo. Era cierto que le apodaban el Devoto porque rezaba una oración antes de apalear a alguien. Reproducía lo que le hacía a él mismo el borracho de su padre.

—No dejes huellas —le advirtió Ricky cuando vio que Fernando se aproximaba a la cama y hacía ademán de sentarse en ella.

Él pareció no hacerle caso. Tomó asiento en el borde y, con mucho cuidado, cogió una de las manos de la mujer. Luego dirigió la mano hacia su propio cuello y tiró de la cadena de oro para sacar el crucifijo del mismo metal, oculto bajo la camiseta del Che. Se lo quitó, y cuando apretó la mano de la mujer en la suya, depositó el crucifijo entre ambas.

Fernando comenzó a rezar un padrenuestro a media voz y él intentó seguirle, pero se desconcentraba.

Ambos conocían a Melissa Duarte desde el inicio de su adicción, aunque Ricky nunca se atrevió a preguntarle por qué o cómo empezó. Puede que la primera vez fuese en una de las discotecas donde ofertaban un poco de *Cristina* para rematar la velada. Quizá una amiga se la ofreció como experimento, sin advertirle de que una vez que se ha probado el *hielo*, siempre se quiere más.

Fernando y él se convirtieron en sus proveedores cuando ella comenzó a buscar nuevas dosis. Ricky no podía evitar fijarse en Melissa, pese a que ella era al menos diez años mayor que ellos. No era el prototipo de cliente que solían tener. Les impresionó su belleza física. De mediana altura, con una figura muy bien proporcionada. El cabello, largo y lacio, era tan oscuro que parecía india. También el tono de su piel era cobrizo. Estaba casada con un enfermero y tenía una hija adolescente, casi tan hermosa como ella. Trabajaba de auxiliar en el mismo hospital que su marido, y eso le había facilitado, al inicio, acceder a las jeringuillas; cuando su estado empeoró y tuvo que pedir la baja por depresión, era el mismo Ricky el que se las

conseguía. Decididamente, no era el perfil de enganchada. Parecía tener todo lo que a muchos habitantes de Pueblo Viejo les hubiese gustado —familia, estudios, trabajo— y, sin embargo, acababa de tirar todo aquello por la borda.

—Al Boss se lo dices tú —advirtió Fernando cuando terminó la oración.

Ricky asintió con un gesto y echó una ojeada en derredor. ¿Qué iba a contarle a su jefe? Retuvo la imagen de la mujer sobre la cama. Hacía apenas una hora Fernando y él se las prometían tan felices, y ahora esto.

Al Boss le gustaba que los asuntos salieran como había planeado. No pocas veces, Ricky fue testigo de lo que le había sucedido a los portadores de malas nuevas. Sin embargo, él no era el causante, ¿no? No se trataba de que hubiera fallado personalmente. La culpa, si se podía decir así, era de la difunta. Y eso ya no se podía remediar. Melissa Duarte estaba muerta, y bien muerta.

Fernando y él habían sido minuciosos, como les correspondía. Cuando la mujer no apareció en el lugar convenido para la entrega, decidieron acercarse hasta el domicilio familiar. No tenían reparos porque sabían que Tomás, el marido, estaba de guardia —la mujer solo accedía a verlos cuando este se ausentaba—, y la niña dormía en casa de una amiga. Al menos, eso es lo que Melissa les había asegurado cuando fijaron la hora de la cita.

Pero ella no apareció, y sabiendo que necesitaba su dosis con urgencia, Ricky convenció a Fernando de tomar el auto e ir a su domicilio en la calle 40 Este, cruce con la Sexta Avenida. Esa, por lo menos, fue la excusa que puso de cara a su compañero. El Boss no hubiera aceptado que regresaran con las manos vacías. No cuando lo que se estaba jugando, en ese caso, era algo más que dinero.

—No me gusta —había dicho Fernando al ver la luz encendida de una ventana desde el exterior, persignándose.

Aunque sabían la dirección, nunca estuvieron en la casa de Tomás

Hernández, que era tan sencilla como el resto de las construcciones de aquella zona; una edificación de una sola planta con un pequeño terreno delante. Habían plantado un árbol cerca de la valla, de modo que arrojara sombra a la acera. La casa era blanca, con una línea azul que rodeaba los marcos de las puertas y las ventanas. A esa hora del atardecer aquella única luz encendida parecía lanzar una señal de alarma.

—Entremos —le había ordenado Ricky a su compañero. Era el más veterano de ambos. Llevaba haciendo entregas desde que tenía diez años. Fernando, por su parte, acababa de unirse al negocio y su destreza con los puños les había sido de gran ayuda. Su porte de gigante, heredado de su padre, era un argumento convincente frente a los reacios. Y le echaba ganas, de eso no se podía dudar, aunque Ricky le consideraba un tanto impulsivo.

La puerta de la casa no tenía echado el cerrojo. El interior se encontraba a oscuras. Aquella luz encendida que se divisaba desde el exterior se correspondía al dormitorio matrimonial. Y allí es donde encontraron a su cliente, ya difunta.

Ahora, mientras recogían las jeringuillas con unos pañuelos de papel y el resto de la *meta* que quedaba en la mesilla de noche, Ricky se detuvo a considerar que Melissa no era un nombre habitual en Pueblo Viejo. Aquí la gente se llamaba Anita, Celia o Rosa. Sin embargo, era un nombre más común en Pueblo Nuevo, la ciudad casi homónima separada de Pueblo Viejo por la carretera multicarril de Miramontes. Había dos mundos a cada lado de la misma.

En Pueblo Viejo era difícil sobrevivir si eras honrado. Por eso, los afortunados que terminaban al menos los estudios básicos, e incluso alguna carrera universitaria, acudían a Pueblo Nuevo a buscar trabajo, y en cuanto podían se mudaban allí con sus familias y llamaban a sus hijos David, Christopher o Melissa. No eran tantos, sin embargo. Los blancos siempre se

llevaban los mejores trabajos y no les gustaba que un hispano se hiciera con un puesto que podría haber ocupado uno de ellos, por mucho que el segundo demostrara estar mejor preparado.

¿Pertenería aquella mujer a una familia que prosperó? ¿Su matrimonio la llevó a regresar al otro lado de la carretera? En todo caso, si lo que había encontrado era aquel final, Ricky lo lamentaba sinceramente por ella.

El Boss era cruel, sin duda, pero era la figura masculina más decente que chicos como Ricky y Fernando habían conocido. Y no le iba a gustar nada saber que Melissa Duarte eligió morir antes que acceder a su siniestra petición.

# Capítulo 1

Los miércoles Tomás cumplía una guardia de doce horas. Era algo que parecía estipulado desde que entró a trabajar en el University Medical Center de Pueblo Viejo, aunque en momentos como aquel hubiera deseado encontrarse en su hogar.

Estaba muy preocupado por su familia. Josefina apenas se detenía en casa, y esa misma mañana había recibido una notificación del instituto para que la familia se reuniera con el tutor de la clase. Tomás ya sospechaba que la chica hacía novillos, pero no sabía cómo evitarlo.

Antes podría haberse reprochado que algo así sucediera, dado que tanto Melissa como él trabajaban haciendo turnos en el mismo hospital y pasaban mucho tiempo fuera. Cuando su mujer pidió tres meses atrás la baja creyó que su idea era estar más pendiente de la hija de ambos. Eso, claramente, no había sucedido. Y Tomás comenzó a preocuparse también por su mujer, porque mostraba síntomas de no estar tan bien como decía.

Ella terminó por confesarle que atravesaba una depresión, y su marido se extrañó. Cuando estaban juntos Melissa mostraba una energía impresionante, y la mayoría de las veces, de regreso a casa después del trabajo, lo recibía con tal arranque de cariño que el matrimonio terminaba en el dormitorio. Aquella fogosidad lo tenía tan encantado como sorprendido, por eso Tomás se extrañó más aún cuando las tornas parecieron cambiarse y Melissa dio muestras de una gran ansiedad. Si no fuera porque le parecía tan improbable como que la Tierra se detuviera de repente, hubiera sospechado que su mujer se estaba haciendo adicta a alguna sustancia. Mostraba todos los síntomas; cuando se lo preguntó ella le juró que solo tomaba los ansiolíticos que le recetaba el médico. Sin embargo, día a día veía cómo se iba ajando y consumiendo.

Así que ahora Tomás tenía una doble preocupación, por su mujer y su

hija, y cada guardia le resultaba costosa pensando en lo que hacían ambas. Esa precisa noche estaba particularmente preocupado. Había llamado a Melissa para pedirle el teléfono de la amiga con la que Josefina pasaría la noche, pero su mujer no respondió al móvil las tres ocasiones en las que le telefoneó.

—Hernández, ¿me escucha? Lleva un rato con la expresión ida.

—Disculpe, doctor Gálvez. ¿Me decía?

El galeno lo observó con un gesto que parecía comprensivo.

—Solo quería felicitarle por lo que acaba de hacer allí adentro. Nunca he tenido un ayudante tan concienzudo.

A Tomás le costaba recordar lo vivido en la última hora, a pesar de que le había permitido eliminar por un tiempo el runrún constante de su cabeza.

—El accidentado... —dijo el enfermero más para sí que como confirmación a lo que el doctor le manifestó.

—Sí, ese chico al que acabamos de concederle una segunda oportunidad gracias a la rapidez con la que ha actuado el equipo. —El galeno se dirigió hacia los lavabos para quitarse los guantes y frotarse las manos, y el enfermero le imitó.

—Esos accidentes de moto... —prosiguió el doctor—. Yo le tengo prohibido a David acercarse a una. ¿Usted tiene hijos, Hernández?

Él asintió y tardó unos segundos en responder.

—Una chica. Tiene dieciocho años.

—Entonces tendrá permiso de conducir.

Tomás esbozó una sonrisa triste.

—No hubo manera de impedirselo. Pero no tenemos dinero para otro auto. Su madre y yo nos turnábamos el único coche, y ahora lo uso yo.

—¿Y ella no le ha pedido que le compre una moto?

—Mucho me temo que hay otras peticiones que me dan más quebraderos

de cabeza. Ojalá lo único que me demandara fuese eso.

El doctor se echó a reír.

—¡Vaya con la juventud! No conocemos a nuestros hijos, ¿verdad?

El enfermero terminó de secarse y se quedó un momento detenido, considerando la respuesta.

—No sé si es una cuestión de cómo viven ahora las nuevas generaciones, doctor Gálvez. Mis padres se esforzaron mucho por darme estudios, y yo nunca les di un disgusto mientras viví con ellos. Ni siquiera una borrachera. Pero Josefina no parece tener intención de labrarse un futuro, y entonces, ¿qué será de ella?

Su interlocutor pareció nervioso ante aquella confidencia.

—Bueno, Hernández. La gente joven es egoísta. Mi hijo pequeño, David, es igual. Menos mal que tengo al mayor «colocado», y en ese puesto no se me puede malograr, o eso espero.

Tomás comprendió que el doctor deseaba que le preguntara por aquel empleo, y no lo defraudó.

—Mi hijo Pedro es inspector de Policía —dijo el galeno ante la pregunta del enfermero—. Trabaja en la División Sur de Operaciones, la subestación que se encuentra en el barrio de Santa Rosa, en Pueblo Viejo. ¿Usted no vive cerca de allí?

—Sí, en efecto. Lo que me recuerda que mi turno está a punto de terminar.

La comezón que Tomás llevaba experimentando todo el día parecía haberse agudizado al sacar el tema de su familia.

El doctor pareció un poco decepcionado de que el otro hombre no le diera ocasión de hablar más de su hijo, pero le dejó ir con una sonrisa cansada.

—Váyase, Hernández. Se lo ha ganado.

\*\*\*



En los vestuarios se encontraron quienes terminaban su turno de doce horas. De ocho de la mañana a ocho de la tarde. Tomás tomó asiento en un banco frente a las taquillas para colocarse los calcetines y luego las botas. El tiempo en Pueblo Viejo era engañoso, y muy propio del desierto. Durante el día, la atmósfera calurosa hacía honor a la situación de la ciudad dentro del llamado Cinturón del Sol estadounidense. En cambio, las noches eran despiadadamente frías, o quizá lo parecían, en contraste con la temperatura diurna.

Por el rabillo del ojo vio acercarse a Alfredo Arredondo. No tenía ganas de una conversación después de lo hablado con el doctor, pero el enfermero que se acercaba era un viejo amigo, y además, «de los suyos». Otro hispano que había conseguido superar las pruebas de acceso al University Medical Center y que, de modo automático, pasó a formar parte de la minoría de esa etnia, junto con los afroamericanos y los musulmanes. Su hija iba a Copper High School, el mismo instituto que Josefina.

—Hola, Tomás.

—Buenas, Alfredo. ¿Cómo vas? ¿Deseando llegar a casa?

Tomás y él eran de la misma edad, acababan de cruzar la barrera de los cuarenta. Ambos, morenos y de piel bronceada.

—No tengo muchas ganas, no te creas. Aquí hay más tranquilidad, te lo aseguro. —Soltó una carcajada.

—¿Y eso?

—Mi hija está entrando en la edad adolescente y nos trae de los nervios a su madre y a mí. Cuando llego a casa, lo primero que recibo es un informe de su comportamiento.

Tomás resopló por respuesta.

—¿Y tú? —preguntó Alfredo con interés—. Josefina es mayor, así que imagino que será una versión más adulta de mi pesadilla.

Tomás sonrió con gesto cansado. Dijo:

—Josefina cumplirá dieciocho el mes que viene. No se puede decir que sea una adolescente, sino toda una mujercita. Sigue en el instituto porque ha repetido curso dos veces. Ya ves, con todas las oportunidades que le hemos dado, y ella decide ir a su aire. A veces me pregunto si habré sabido ser buen padre. Yo era muy diferente con los míos.

Alfredo le puso una mano en el hombro.

—Amigo, no te culpes. Me parece que hemos nacido dos siglos atrás. Las cosas son muy diferentes ahora. No puedes compararlo.

Tomás asintió, pero con el ceño fruncido.

—Lo sé, debemos parecerles carcamales, aunque apenas les llevemos veinte años. Pero ¿cómo se explica la falta de respeto, la ausencia de autoridad? Mi hija sale y entra de casa sin dar razones, y encima se enfada si se las pido, dice que la controlo. Aunque eso no es lo que más me preocupa.

—¿Qué es, entonces? Ya me parece bastante malo lo que me cuentas.

—Me alarma su falta de propósito en la vida. Si al menos tuviera alguna afición, o que me indicara que se apasiona por algo, creo que le ayudaría a progresar. Si le gustara tocar un instrumento sería positivo. O aprender idiomas, viajar. Todo ello le daría herramientas para madurar. Pero lo único que hace es estar en ese gimnasio pulgoso, rodeada de adolescentes tan impúberes como ella, que solo quieren parecerse a los que aparecen en las portadas de revistas. ¿Tú crees que esa es vida?

Alfredo intentó restarle importancia.

—Quizá quiera ser boxeadora, como la de *Million Dollar Baby*.

Tomás lo observó sin comprender.

—¿No has visto la película de Clint Eastwood? —insistió Alfredo.

—Si el tema es el boxeo, está claro que no. Ya sabes lo que pienso de la violencia física.

—Bueno. —Arredondo se dio cuenta de que la conversación estaba deprimiendo a su colega, pero no pudo evitar contarle las últimas novedades —. Imagino que no sabes lo que se cuece en la junta...

Tomás alzó la cabeza en gesto de alerta. Alfredo siempre se enteraba de ese tipo de habladurías. Del mismo modo que sabía que Josefina era una joven problemática, que Melissa tenía depresión, o mil detalles más de la vida del propio Tomás.

—Cuéntame.

—La junta del hospital está contemplando hacer algunos cambios, pero si te dijera que sé cuáles, te mentiría.

—¿Alguna idea?

—Supongo que uno de los temas que pondrán sobre la mesa será el horario. Los empleados sin hijos se quejan de hacer todos los turnos de noche, porque se les discrimina frente a los que sí son padres. Así que puede que presionen y les hagan caso.

—Eso sería un desastre. Imagínate mi situación. —Tomás no tenía que explicar nada más—. Y que no pueda estar en casa con mi hija.

—Qué me vas a contar a mí que también tengo una niña en edad difícil. Pero no le des vueltas. Ese problema lo lidiaremos cuando llegue el momento, ¿de acuerdo?

Ambos se levantaron del banquillo y Tomás se subió la cremallera de su forro polar.

—Me voy, Alfredo, estoy deseando llegar a casa y descansar.

No imaginaba el panorama que encontraría en su hogar. Aunque ver a su mujer exánime encima de la cama iba a ser solo el comienzo de la pesadilla.

## Capítulo 2

Cuando su madre aún vivía, y tanto ella como su padre estaban ausentes por el trabajo, Josefina tenía la costumbre de mirarse en el espejo e imaginarse que era Amanda. Ese día no fue al instituto y lo dedicó a los preparativos de transformarse en su hermana gemela.

Tomó una ducha larga y se frotó con la esponja de crin hasta dejar la piel colorada. Luego se embadurnó con leche hidratante y se dedicó a una sesión intensa de belleza. Se depiló en el rostro las cejas y el bozo; después fue el turno de las axilas, la ingle, las piernas. Tomó entre las manos su abundante cabellera oscura, igual a la de Melissa, y se dedicó a alisarla. Fue una operación que le llevó casi una hora, pues tenía mucho cabello y era bastante crespo.

Continuó con una crema nutritiva para el rostro y se maquilló con esmero. Luego fue al armario de su madre y escogió algunas prendas. En el suyo no hubiera encontrado lo que quería: pantalones de vestir, blusas de raso, *stiletos* de delicado tacón. Finalizó con unos toques del perfume que su madre usaba solo en los días señalados.

Había un espejo de cuerpo entero al final del pasillo. Allí observó el resultado de toda la operación. Era una desconocida la que le saludaba en el reflejo. Parecía una versión de su madre con dieciocho años menos. Ese sería el aspecto de Amanda, su gemela, si no hubiera muerto al nacer.

A Josefina le fascinaba la apariencia física de su madre, aunque reconocía que ella nunca podría ser tan hermosa. Esa parte del lote le había tocado a Amanda, y su muerte temprana dejó aquella herencia sin aprovechar.

Cuando Josefina se dedicaba a ser Amanda podía revivir lo que su gemela hubiera sido, imaginar una réplica joven de Melissa: educada, elegante, siempre perfecta. Ella, sin embargo, no se sentía cómoda en la piel de su

gemela. El calzado le apretaba, se le deshacía la lazada de las blusas y los pantalones anchos le molestaban. El cabello liso se le resbalaba cuando intentaba sujetarlo con una cinta. En definitiva, no estaba hecha para ser Amanda, aunque su madre pareciera querer tener a ambas en el cuerpo de una sola.

No, Josefina no podía ser físicamente perfecta, elegante e inteligente. Ella prefería la ropa cómoda, que pudiera sudar sin preocuparse; el ejercicio físico extenuante, como sus carreras diarias de diez kilómetros o las sesiones de natación de alta intensidad. Se sentía como un volcán latente que intentaba erupcionar, pero no terminaba de conseguirlo. Había un magma poderoso dentro de su interior que pugnaba por la libertad y no encontraba la salida. Estudiar era una pérdida de tiempo porque le impedía disfrutar del aire libre o de la compañía de otros que sí entendían su necesidad de desahogo. Por eso había comenzado a acudir al gimnasio, donde impartían boxeo. Aquella disciplina le permitía desfogarse y regresar más calmada a la rutina diaria.

Eso, sin embargo, su madre no lo entendía. Ella, y su padre también, seguía pidiéndole que fuera la persona que no era. ¿Es que no lo comprendían? Amanda estaba muerta y no iba a regresar. Solo lo hacía cuando Josefina se lo permitía, en aquellos raros momentos en los que se cuestionaba si no estaba siendo demasiado obcecada y permitía que aflorase aquella versión de su yo que sus padres deseaban observar. Pero después de horas de preparación volvía de nuevo a convencerse de que era inútil. Se sentía tan extraña como un marciano de color púrpura.

La primera vez que se vistió de Amanda se atrevió a salir al porche, probando la estabilidad de sus tacones. Tenía solo dieciséis años, y en aquella ocasión le impactó tanto su aspecto, con aquel vestido vaporoso, que decidió exhibirse un poco. Colocó un sillón de mimbre en la entrada de la casa, se puso unas gafas de sol y se sentó a leer, con gesto despreocupado, una de las

revistas de moda y cotilleos de su madre.

No pasó desapercibida. Los pocos coches que circularon por delante de la casa fueron tocando la bocina como muestra de aprecio. Uno de ellos, sin embargo, se detuvo. Josefina alzó la vista de inmediato. No era un coche cualquiera. Ella entendía y le gustaba la mecánica. Aquel era un modelo en apariencia corriente, pero su motor sonaba como el de un Audi. Los cristales del coche eran ahumados y eso le hizo fruncir el ceño. Por la posición en la que se había detenido parecía que su ocupante la observaba, mientras que ella era incapaz de distinguir al conductor.

Pero el pánico llegó cuando oyó el golpe seco de una portezuela. No necesitó más aliciente. Se descalzó y entró corriendo en la casa. No creía que la cancela pudiera impedir el paso a nadie decidido a entrar. Echó todos los cerrojos y cadenas de la puerta y se alegró por primera vez de que su padre se hubiera empeñado en aquellas medidas de seguridad.

Quienquiera que fuera el ocupante del coche no pareció tener intenciones de querer asaltarla. Instantes después de encerrarse en la casa oyó el sonido del motor que volvía a arrancar. Sin embargo, no se atrevió a salir hasta muchas horas después, y solo para recoger el sillón y los tacones olvidados.

\*\*\*

La última vez que se vistió de Amanda también se exhibió en público. Fue en el entierro de su madre, y no necesitó que su padre le dijera que debía ir acorde a la ocasión. Pobre, él siempre creyó que lo hacía por cariño a su madre. Pero la realidad era otra. Melissa se había convertido en la versión fantasma de ella misma en los últimos tiempos, alejándose de su hija de modo drástico. Josefina tenía miedo de ser demasiado cruel frente al recuerdo de su madre, pero si se vestía de Amanda, su semblante pálido, firme, con los labios un poco fruncidos, no se interpretaría mal viniendo de una joven elegantemente arreglada. Todos creerían que se estaba conteniendo, y era

verdad. Pero lo que evitaba no era llorar, sino salir corriendo hacia el gimnasio para darle golpes al saco de boxeo hasta caer derrotada. Su madre, maldita fuera, se había tomado un tubo de pastillas y la dejó sola. Les había fallado a Amanda y a ella. Ahora sí que estaban muertas las dos. Bien muertas.

## Capítulo 3

La propuesta fue de Miguel, un compañero del instituto. Se lo dijo en el descanso entre bloques de clase, a media mañana. Se acercó con un pitillo en la boca y le ofreció otro, que ella rechazó. No era bueno para la condición física. El chico miró alrededor. En el patio se jugaba un partido de baloncesto y se habían formado corrillos en los bancos. Los alumnos charlaban y reían. Nadie parecía hacerles caso.

—Demos una vuelta —propuso Miguel. Si alguien los veía hablando en una esquina podrían sospechar, pero si iban caminando tranquilamente, como una pareja, levantarían menos recelos.

Se lo explicó así a Josefina y le pasó una mano por el hombro, atrayéndola hacia él. Enseguida notó que ella se ponía rígida, pero no era su intención molestarla.

—Quiero contarte algo —dijo, evitando su mirada, y ella pareció relajarse cuando vio que Miguel no se ponía «cariñoso».

Se trataba de hacer dinero, de forma rápida y fácil. Solo tenía que ser obediente, veloz y muy discreta. ¿Podría? Sí, Josefina pensaba que sí. Se trataba de llevar un paquete de Pueblo Viejo a Pueblo Nuevo. Cruzar la carretera multicarril de Miramontes del modo más invisible que pudiera y jamás, jamás, dejar que la atraparan.

Cómo podía suponer Miguel que ella le diría que sí, no lo sabía. Pero imaginaba que había dado bastantes muestras de desear salir de Pueblo Viejo cuanto antes. No tenía nada en contra de su ciudad. Era un lugar con miles de años de historia en un paraje de increíble belleza. Eso Josefina lo podía apreciar. La sierra de Santa Rosa dominaba el horizonte, atrapando la mirada. Y aquel sol perpetuo acariciaba su piel y la hacía sentirse viva.

Pero en Pueblo Viejo vivía también su padre. El único vínculo familiar



que le quedaba y que deseaba cortar cuanto antes. Tenía dieciocho años, podía independizarse. Aunque lo que de verdad deseaba era no saber nada más de Tomás Hernández, el padre perfecto, con un trabajo estable en Pueblo Viejo, tan educado, y que la ahogaba con sus recriminaciones acerca de su falta de espíritu. ¿Falta de ilusión en la vida? A Josefina le sobraba. La cuestión era que no se trataba de las mismas aspiraciones que su padre tenía en mente.

Si no fuera por el tremendo parecido con su madre podría haber llegado a creer que era adoptada. Pero no, imposible. Y su padre era su progenitor biológico, no cabía duda. Lo comprobaba en gestos triviales, en la forma de su nariz, igual a la de Tomás, o en esa habilidad manual que también había heredado de él.

Entonces, ¿por qué eran tan diferentes? ¿En qué momento en su genética se había incluido aquella tendencia a la actividad física extrema, al riesgo, al peligro? Cuando Miguel comenzó a hablarle de aquel trabajo experimentó una descarga de adrenalina tan potente que creyó que se mareaba. Era una especie de euforia, aunque no tenía punto de referencia en ese tema porque jamás había probado las drogas.

No era estúpida, imaginaba que ese era el contenido del paquete que le pedían transportar, y lo lamentaba por los enganchados. Pero si ellos no tenían sesera para rechazarla, ella sí. Había visto circular la coca por Copper High School desde el primer día que entró. No la necesitaba. Su cuerpo exigía un autodominio completo para poder pedirle luego esfuerzos físicos cada vez más ambiciosos.

En el gimnasio se había ganado el respeto de sus compañeros de boxeo e incluso algunas veces le permitían ejercitarse con chicos, dada la escasez de mujeres. Lope, el dueño, un pugilista retirado de origen español, parecía haberle tomado afecto paternal y le fue indicando las tablas de entrenamiento

que debía seguir. Sesiones de *running*, tandas de salto con cuerda, *steps* extenuantes. Josefina tenía una constitución atlética; no tardó mucho tiempo en ganar masa muscular y fuerza en los brazos. Lope estaba orgulloso de su alumna aventajada y le permitió tomar clases gratis de *kickboxing*. La chica suponía que también existía un motivo emocional; todos sabían allí que la madre de Josefina se había quitado la vida y la arropaban a su modo.

Habían pasado apenas tres meses, pero podría haber sido ayer. Su padre no le dijo lo ocurrido hasta la mañana siguiente, cuando ella regresó de casa de su amiga Olivia. No pudo ver el cuerpo de su madre porque Tomás se lo impidió y lo incineraron enseguida. Recordaba que sus abuelos paternos pasaron un par de semanas en la casa. Le lanzaban miradas compasivas e incluso le ofrecieron irse a vivir con ellos a Pueblo Nuevo. Pero si Josefina apenas soportaba la convivencia con su padre, en el caso de sus abuelos el rechazo era aún mayor. Eran tan estrictos que en las pocas ocasiones que durmió con ellos había vuelto con la ansiedad de un pez que sacan del acuario para verlo boquear.

Quizá podría empezar de nuevo en otra ciudad de Arizona, con clima y carácter similares. Intentaría competir en lucha libre o en cualquier disciplina de ese estilo. Pelear le ayudaba a desfogarse de un modo que no conseguía por otras vías. Y aunque le asustaba un poco reconocerlo, si Miguel le hubiese dicho que existía una amenaza real en el trabajo que le estaba ofreciendo, su vacilación hubiera sido aún menor.

—Entonces, ¿qué me dices?

Josefina contempló a su compañero de clase. Ninguno de los dos frecuentaba mucho las aulas, pero era el último trimestre del curso y ambos querían terminar el bachillerato. Observó a Miguel y ocultó su ansiedad bajo una expresión de indiferencia muy estudiada.

—Vale. Haré el trabajo. Dime adónde debo ir.

El chico la contempló. Sabía que se podía fiar de ella porque necesitaba la pasta. Tenía amigos en el gimnasio que le habían hablado de su destreza. Los correos habituales eran masculinos; ella levantaría menos sospechas. El único inconveniente, si se podía llamar así, era que Josefina era demasiado guapa. Tenía un cuerpo de escándalo, cincelado por el ejercicio, y un rostro sin imperfecciones. Por fortuna, su aspecto descuidado le restaba atractivo: la ropa no le favorecía y llevaba el pelo muy corto (qué trauma tuvieron los que la conocían cuando se rapó su maravillosa melena). Eso era también positivo porque así no estaba rodeada de moscones.

—¿Conoces el Pockets? ¿La sala de billar? —le preguntó Miguel.

Ella asintió con un gesto. Nunca había ido allí porque sabía que se pasaba droga y no quería caer en esa tentación.

—Vente hoy a las siete de la tarde. No me falles. Estoy dando la cara por ti.

—No te fallaré —replicó Josefina, molesta.

—Más te vale.

Intentó apartarse de él e irse, pero Miguel se lo impidió reteniéndola un instante de la mano.

—Esto es para la galería, no te emociones.

Y la envolvió en un abrazo antes de besarla. Ella estaba tan sorprendida que le dejó hacer, y hasta se permitió sonreír cuando se separaron.

—Nos vemos esta tarde.

Fue él quien se despidió primero, y Josefina decidió no entrar en la siguiente clase. Necesitaba desahogarse con alguien, y ya sabía con quién.

\*\*\*

El Súper de Anita siempre estaba abierto. Era una tienda de ultramarinos familiar, atendida por el matrimonio y el hijo de ambos, Fernando. Josefina conocía bien a Anita, que era la que más horas pasaba en la tienda. Todos

sabían que el marido solía ausentarse para echarse unos tragos en la cantina. El hijo hacía los turnos de noche habitualmente, por eso Josefina solo lo conocía de alguna vez que le había visto de lejos y se lo señalaron, pero nunca tuvieron una conversación. Era un chico alto, grande y fuerte. Parecía ser asiduo de los gimnasios, como ella. Todo lo que sabía de Fernando era por su madre, que no se cansaba de hablar de él. Josefina la escuchaba con gusto porque sentía que Anita le tenía aprecio, no solo desde que murió su madre, que era cuando todos los vecinos parecían haberse volcado en muestras de cariño, sino antes, lo que valoraba más.

—Qué extraño, tú por aquí —fue el saludo de Anita, que desafiaba a su nombre con una constitución tan enorme como su corazón.

—Estaba de paso por la zona —mintió Josefina—. ¿Cómo va todo?

—¿La versión educada o la versión larga?

—La larga, por supuesto. Me gusta escucharte.

Durante la siguiente hora Anita se embarcó en mil chismorreos en los que hubo también espacio para recriminar al vago y borracho de su marido, y lo mucho que le preocupaba Fernando. Todo ello entre cliente y cliente, y mientras Josefina chupaba barras de regaliz que la buena mujer siempre ponía a su disposición en esos momentos de charla.

—¿Y tú? —le preguntó Anita cuando terminó de desahogarse—. ¿No tienes clase a esta hora?

—Entonces no podría estar aquí contigo —le respondió Josefina haciéndole un guiño. Era curioso lo diferente que sonaba aquella pregunta viniendo de la mujer. Cuando su padre le decía lo mismo, ella montaba en cólera.

Anita solo suspiró ante la respuesta y levantó un dedo admonitorio.

—Los padres nos preocupamos porque vosotros tengáis un medio para salir adelante. No querrás acabar como yo, ¿no? Sujeta a un marido

insoponible, porque esta tienda es de ambos, y no tengo otro modo de mantenerme. Espero que tú aspire a algo más.

—Voy a sacarme el bachillerato, Anita. Es una promesa.

—Eso espero. A Fernando le sermoneé hasta que lo terminó. Si no fuera porque debemos tener a alguien que cuide de la tienda por la noche, él podría buscarse un trabajo decente.

Josefina asintió. Sabía que no tenían dinero para contratar a alguien, y por precaución solo el marido o el hijo hacían el turno nocturno. La realidad era que, al final, siempre le tocaba trabajar a Fernando.

—Estoy preocupada, niña. Este chico mío se está enredando en algo. Y mucho me temo que sea un asunto de drogas. Yo no sé qué voy a hacer. Su padre no tiene autoridad con él, y a mí me duele la boca de largarle sermones.

La chica se había puesto tensa al escuchar las palabras de la mujer. Una cosa era ocultarse de su padre y otra mentirle a Anita, que se había portado tan bien. ¿Cómo le podía explicar que ella, precisamente, había aceptado un trabajo así?

Acudió al Súper de Anita para desahogarse, compartirle sus deseos de ganar dinero e irse lejos, pero le pareció que no era un buen momento.

—Me tengo que ir —dijo, como de pasada, mirando el reloj—. Voy al gimnasio.

Al menos eso era verdad. Pensaba pasar el tiempo que le quedaba antes de las siete pegándole golpes a un saco hasta quedar exhausta.

## Capítulo 4

El Pockets era un local enorme diseñado para ser sala de apuestas. Tenía al menos seis pantallas de TV donde se visualizaban diferentes eventos deportivos, y los clientes podían realizar sus apuestas con mucha comodidad, en una máquina con ranura donde se seleccionaba el tipo de deporte y la variante: el resultado del partido o los puntos que se marcarían, incluso las faltas cometidas. El cobro, si había suerte en la apuesta, era a través de un cajero automático instalado dentro del propio local.

El recinto incluía un bar cafetería que surtía de bebida y aperitivos no solo a los que estaban visualizando los televisores, sino a muchos clientes atraídos por el otro reclamo del local: la mesa de billar.

Situada en el extremo más alejado, lejos de los televisores, siempre estaba ocupada por aficionados. Habían hecho incluso turnos para usarla. Entre otros motivos, porque era el único sitio donde no enfocaban las cámaras de seguridad, por acuerdo de los pandilleros con el dueño. De este modo, «verse en el billar» era sinónimo de ir a abastecerse de alguna sustancia.

Josefina entró en el local con cierto nerviosismo, aunque su apariencia externa no lo demostrase. Después de una sesión agotadora de boxeo decidió ir a ducharse y cambiarse a su casa, y ahora iba enfundada en unos vaqueros ajustados y una camiseta holgada que apenas ocultaba su ombligo. Había pensado en llevar cazadora, pero al final decidió que si tenía que correr se convertiría en un estorbo.

Cuando apareció en el vano de la puerta, y según se iba adentrando en el local, se fue haciendo un silencio sustituido de inmediato por silbidos y comentarios procaces. Ella mantuvo el rostro sereno y siguió su camino hacia la mesa de billar que divisó al fondo. Al ver adónde se dirigía, cesaron las pullas, y cada uno pareció regresar a su entretenimiento anterior.

Josefina no veía a Miguel, pero siguió caminando, intentando transmitir la serenidad que no tenía.

—¿Te has perdido, guapa? —preguntó el hombre junto al que se situó al llegar a la mesa de billar.

—No —contestó ella con sequedad—. Estoy donde quiero estar.

—¿Estás segura? —insistió él, mirándola de arriba abajo de un modo que casi la hizo ruborizarse.

Una voz se dejó oír desde una puerta, situada junto a la mesa de billar, por la que acababa de aparecer Miguel.

—Está conmigo. —Y le hizo un gesto para que entrase.

\*\*\*

Josefina se acostumbró con inusitada rapidez a aquella operativa. Acudía casi a diario a la sala de apuestas y había aprendido a manejar los acostumbrados comentarios sobre su apariencia física. Muchos de los clientes del local eran veteranos, y la piropeaban casi por costumbre. Nunca les miraba directamente a los ojos, pero mientras avanzaba hacia la salida iba respondiendo a los comentarios. A algunos les seguía la farsa del coqueteo, prometiendo incluso un beso «para mañana». A los demasiado insistentes los insultaba, ante el regocijo y la diversión de los primeros. En todo caso, nadie le ponía una mano encima. Parecían saber que pertenecía a la pandilla del billar, y que estaba prohibida.

Miguel seguía dándole instrucciones en los descansos del instituto, fingiendo que estaban enrollados. Josefina disfrutaba de aquellos besos como la arena del desierto absorbe el agua. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba una muestra física de afecto hasta aquel momento. Sin embargo, el chico no estaba interesado en ella, de eso también se daba cuenta. Solo era un «reclutador», y cobraba una comisión por cada entrega exitosa de Josefina.

—A partir de mañana vamos a cambiar un poco la operativa —le dijo ese

día en el descanso mientras paseaban.

—¿A qué te refieres?

—No es necesario que cruces la Miramontes. Vas a hacer las entregas dentro de Pueblo Viejo. Vamos a surtir también otros sitios cercanos, y conducirá otra persona.

—Yo tengo carné —protestó Josefina.

—Y no tienes auto —la silenció Miguel—. No te preocupes, seguirás cobrando lo mismo, pero será aún más sencillo. Tú conoces el Súper de Anita, ¿verdad?

Era una pregunta con respuesta obvia, pues la chica iba allí casi a diario.

—Fernando es quien va a hacer esas entregas. Cerrará la tienda y lo hará por la noche.

Josefina se entristeció un poco al obtener la confirmación de que el hijo de su amiga estaba realmente involucrado. De todas maneras, no dejaba de ser en cierto modo incoherente, ya que la primera en aquello era ella. Con fecha de vencimiento, eso sí. Calculaba que a ese ritmo, dentro de un par de meses podría tener lo suficiente para pagar un alquiler provisional mientras buscaba trabajo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada diferente a tu rutina habitual. Eso es una gran ventaja. Nadie sospechará de ti, porque siempre vas a ese lugar. Solo que esta vez llevarás los paquetes en la mochila y los dejarás en un sitio que te indicaré, para que los recoja Fernando cuando entre a trabajar por la noche.

Sabía que estaba traicionando la confianza de Anita al aceptar aquello, pero, por otro lado, era el modo más rápido de salir de Pueblo Viejo y de la vigilancia de su padre, que insistía en controlarla. Al menos parecía aplacado, ya que dejó de recibir avisos del instituto por sus ausencias. Josefina se había tomado muy en serio terminar aquel año, y quería obtener en junio el ansiado



título. Ahora apenas iba al gimnasio porque no le daba tiempo entre las salidas al billar, las entregas y las horas de estudio.

—Por cierto, hemos cortado —le dijo Miguel cuando terminó de explicarle dónde debía dejar los paquetes.

—¿Qué? —Josefina lo miró con sorpresa—. ¿De qué hablas?

—De que ya no vamos a seguir viéndonos en los descansos. A partir de ahora recibirás las instrucciones de Ricky. —Ella sabía quién era ese chico, se lo habían presentado la primera vez que entró en la habitación detrás de la mesa de billar. Cuando Miguel vio su gesto de reconocimiento, siguió—: Y ahora, enfádate. Pégame. Ya sabes, para la galería.

Ella se le quedó mirando sin comprender.

—No puedo hacer eso, así, en frío.

—Muy bien, como quieras —dijo Miguel. Lo que no imaginaba Josefina era que su compañero sí sería capaz. Oyó la bofetada al mismo tiempo que la sintió en su mejilla, y el dolor la recorrió como un latigazo. No había sido suave para nada.

Algo familiar y, al mismo tiempo, desconocido empezó a burbujear en ella, pugnando por salir.

—¡Maldito hijo de...! —Y comenzó a lanzarle puñetazos con los nudillos bien apretados.

No fue consciente de lo que sucedía hasta que sintió que unos brazos la aferraban para separarla de su saco de golpes.

—¡Josefina, detente! ¡Para, por favor!

Esa era su amiga Olivia, pero no la única que gritaba. Habían hecho falta tres chicos corpulentos para separarla de Miguel, que yacía en el suelo con el rostro ensangrentado.

—¿Le he matado? —preguntó con una voz que no reconocía como suya.

—Desde luego, parecía que querías hacerlo. Con lo bien que se os veía

juntos...

Ella dejó de resistirse a quienes la sujetaban y pidió que la soltasen.

—Me voy a casa.

Tenía que llegar a su habitación y darle unos buenos golpes al saco de boxeo que tenía en su cuarto. Acababa de despertar algo violento que residía dentro de ella y necesitaba darle salida. Y también pensar. Considerar por qué no estaba arrepentida en absoluto de lo que acababa de suceder.

## Capítulo 5

—Tijeras.

Tomás sudaba con profusión bajo la mascarilla. No pudo evitar que la mano le temblase un poco al alcanzarle el utensilio al doctor Gálvez.

A pesar de los años de ejercicio, le costaba acostumbrarse a los pacientes que llegaban con heridas así, fueran de arma blanca, como en este caso, o de arma de fuego. Aquel chico que operaban de urgencia era un joven que bien podría tener la edad de su Josefina, y al que habían asestado tantas cuchilladas que tenía órganos vitales dañados. El equipo que rodeaba la mesa de operaciones sabía que no había ninguna posibilidad de que sobreviviera. Ni siquiera debían pedir un milagro, porque no sabían cuál podía ser el estado en que se quedaría. Vegetativo, lo más probable.

—¡Lo perdemos! —avisó la compañera que controlaba las constantes vitales. Minutos después se confirmaba el deceso.

Tomás se arrancó la mascarilla e inhaló una larga bocanada de aire. Habían sido unos minutos angustiosos.

—¿Está bien? —El doctor Gálvez se acercó al enfermero mientras este se lavaba las manos y lo observó con aire preocupado.

Tomás Hernández había escuchado aquella pregunta demasiadas veces en los últimos meses, desde el suicidio de Melissa. Sentía que no terminaba de despertar de una pesadilla. Sin embargo, debía reconocer que a su alrededor se habían volcado con él, solidarizándose con la situación. El hospital le concedió dos semanas de permiso retribuido, sus padres vinieron quince días para apoyarlo, y sus vecinos establecieron turnos para hacerle las comidas mientras trabajaba, con el deseo de que Josefina y él pudiesen disfrutar de almuerzos caseros.

Él estaba haciendo todo lo posible para organizarse de nuevo en su casa y

que no hiciese falta aquel servicio, pero seguía en estado de choque por lo sucedido. La policía, por supuesto, también le había requerido. No solo por tratarse de un suicidio, sino por el informe del forense. Tomás creyó en un principio que era un consumo voluntario de pastillas (habían encontrado un tubo de ansiolíticos muy potentes en la mesilla de noche), pero se trataba de algo mucho más complicado y terrible.

Su mujer era adicta a las metanfetaminas, le dijeron. ¿Acaso no se había dado cuenta? Qué extraño que un profesional de la salud hubiera pasado por alto unos síntomas bastante evidentes: las marcas de los pinchazos, el aspecto desmejorado de su mujer. Tomás no tenía palabras ni excusas. ¿Qué iban a hacerle? ¿Acusarle de enganchar a su mujer a las drogas? ¿O insinuar que era su cómplice, que sabía lo que ocurría, pero que le permitió aquella adicción? Sea como fuere, la vida de Tomás estaba destrozada, y el único motivo por el que seguía adelante era por Josefina. Si no fuera por ella se hubiera caído al pozo del olvido.

Su hija, por supuesto, no sabía toda la verdad. Bastante duro era decirle que su madre se había quitado la vida, pero revelarles su enganche le parecía una crueldad innecesaria. Josefina adoraba a su madre, siempre quiso ser como ella. No podía romper ese recuerdo.

Así que ahí se encontraba él, intentando rendir en el trabajo, pero sintiendo que hasta respirar era un esfuerzo hercúleo.

—No —le respondió al doctor Gálvez con sinceridad—. No estoy bien. Y no sé cuándo lo estaré.

El galeno le palmeó el hombro.

—Mi consejo es que se mantenga ocupado. Darle vueltas a las cosas... eso no le hace bien.

Les interrumpió el aviso de una auxiliar.

—Doctor Gálvez, su hijo está aquí.

—De servicio, supongo —suspiró él y giró la cabeza hacia Tomás—. Mi hijo Pedro se vende muy caro. Es imposible que almuerce en casa. Pero si se trata de acudir a hacer un informe policial, siempre tiene tiempo.

No esperó a que el enfermero le respondiera y agregó:

—¿Quiere acompañarme? Tengo que elaborar el informe del fallecimiento. Mi hijo necesita hacernos unas preguntas. No le conoce, así que aprovecharé para presentarles.

Se dirigieron a una sala de reuniones donde los aguardaba un policía. A Tomás lo sorprendió su juventud. No podía tener más de veintiséis años. El doctor Gálvez interpretó bien la mirada de sorpresa del enfermero y le dijo con cierto tono de orgullo:

—Mi hijo ha prosperado con rapidez.

Tomás sonrió al ver el gesto incómodo del joven.

—Inspector Gálvez, a su servicio. Quería hacerles unas preguntas sobre el fallecido.

Durante la siguiente media hora el policía fue reuniendo los datos. Alonso Zamora, diecinueve años, miembro de una pandilla —como llamaban a los grupos que distribuían droga—, sin padre conocido y madre cocainómana. Hubo una pelea de pandillas, y él era una de las víctimas mortales del encuentro. En su cuerpo se encontraron indicios de que se había enganchado a la metanfetamina.

—Tenía los días contados, en cualquier caso —dijo el doctor y el enfermero se alegró de que no pudiesen verle el rostro en aquel momento. Muy pocas personas sabían la verdadera causa de la muerte de Melissa, y no era ninguno de los presentes.

Cuando el joven inspector se despedía, Tomás le pidió hablarle a solas un momento. El doctor Gálvez abandonó la sala y el enfermero aprovechó para desahogar sus preocupaciones.

—Tengo una hija de dieciocho años que no soy capaz de proteger —comenzó Tomás—. Imagino que no la conocerá, se llama Josefina. —El hombre se hubiera sorprendido de lo que pasaba por la cabeza del policía en aquel instante, pero este mantuvo el gesto impertérrito—. Estoy muy preocupado porque creo que ha empezado a relacionarse con pandillas.

Pedro Gálvez tenía la misma sospecha, pero se guardó mucho de compartirla con el padre. Eso significaría admitir que sí conocía a su hija, aunque ese verbo se le quedara corto respecto a lo que realmente sentía. Estaba obsesionado, sí, esa palabra era más apropiada. Desde el primer día en que entró en el gimnasio y la vio desenvolverse en el cuadrilátero. No dudó en ponerse un protector que le cubriese el rostro y así ocultar su identidad por si ella giraba la cabeza con descuido hacia él, pero ese gesto no se produjo. Cuando la chica combatía sus cinco sentidos estaban enfocados en la pelea.

Lope, el dueño, le había contado muchas cosas. Sabía que su madre se suicidó y que su padre, Tomás Hernández, trabajaba en el mismo hospital que el suyo propio. Estaba al tanto de sus estudios, de aquel compañero con el que tonteaba, y la había seguido hasta la sala de apuestas. Por eso estaba seguro de que Josefina pasaba droga. Pero no era ella su objetivo, sino sus proveedores. Y esos eran más difíciles de atrapar.

Comprendía por qué los hombres del billar se revolucionaban cuando ella aparecía. Desprendía un aire felino, como de pantera. Bella y peligrosa. A Pedro se le aceleraba el corazón. Y mientras imaginaba el mejor modo de aproximarse a Josefina, salvarla del destino que estaba labrando y hacerle ver sus sentimientos, fue escuchando las confidencias de un padre por completo ignorante de la turbulencia desatada dentro del joven inspector.

—Me miente sobre lo que hace después del instituto, lo sé. Eso, si contesta mis preguntas —se desahogaba Tomás—. ¿Qué puedo hacer?

El inspector lo observó con gesto serio.

—No sé darle un consejo de tú a tú, pero sí me gustaría compartirle esto. Como policía y como persona, estoy implicado en la lucha contra la droga, y no cejaré hasta disolver las pandillas. Esa es mi promesa personal.

Tomás agachó la cabeza con gesto resignado. De todas formas, no podía pedir más.

\*\*\*

—Te tomas las cosas muy a pecho, ¿no?

Ricky miraba a Josefina con una mezcla de aprecio y diversión en sus ojos. Una hora antes había estado con Miguel y vio su rostro magullado. No le bajaría la hinchazón en días.

—Me golpeó —fue la respuesta de la chica.

Estaba incómoda. Le había sido fácil tratar con Miguel, que tenía su edad, y podría decirse que la misma poca experiencia en ese mundillo. Pero la mirada de Ricky decía todo lo contrario. Había una tristeza profunda en su apariencia y parecía mucho más avejentado de la edad que se le suponía, con arrugas en el ceño y ojeras marcadas.

—Y tú te defendiste.

—No —contradijo ella—. Yo atacué también.

—Lo siento por aquel que se meta contigo —dijo él con una sonrisa—. Espero que tú y yo nos llevemos bien.

¿La estaba sometiendo a alguna especie de prueba? ¿Qué se suponía que debía decir? Josefina decidió ser prudente.

—Estoy segura de que ninguno de los dos tenemos motivos para lo contrario.

Aquella respuesta pareció satisfacer a Ricky, que le entregó el paquete. Ella se lo guardó en la mochila y emprendió el camino al Súper de Anita.

Ricky se había quedado pensativo tras la marcha de la chica. No era tan guapa como Melissa, consideró, pero le gustaba la firmeza de carácter que

exhibía, muy diferente de la actitud derrotista de su madre. Tendría que hablarle de lo sucedido al Boss. Sospechaba que, lejos de enfadarse, la paliza a Miguel le iba a hacer sonreír.



## Capítulo 6

—Josefina, alcánzame la fuente.

Tomás observó a su hija mientras esta arrastraba de mala gana por la mesa circular el plato del pescado.

—¿Por qué no lo levantas como las personas normales en lugar de mostrar esa desgana?

La joven resopló, pero no le dio contestación. Siguió mirando hacia su propio plato, moviendo la comida con el tenedor de uno a otro lado.

—Espero que te lo comas todo. Lo ha hecho doña Marta, y no es que le sobre precisamente la plata.

La conversación, a lo largo de la noche, se había desarrollado de modo unilateral. Solo hablaba el padre. Josefina nunca era conversadora, pero esa noche se mostraba más taciturna de lo habitual. A regañadientes accedió a la costumbre de cenar con su padre, pero como aquellos eran los únicos momentos que compartían, para bien o para mal, también se convertían en las ocasiones en las que Tomás la regañaba.

—¿Dónde has estado hoy?

Aquella era una pregunta directa y no la podía esquivar como el resto de frases. La respuesta, aparte de todo, la desasosegaba. No sintió remordimientos por golpear a Miguel, pero le dolía su fingimiento con Anita. Después de hablar con Ricky en el billar se había dirigido al Súper, donde charló con la dueña y tomó regalices, siguiendo la costumbre. Aprovechó un momento de descuido para esconder el paquete de Fernando. Y luego siguió de charla con la señora como si no acabara de apuñalarla por la espalda. Hubiese querido ir al gimnasio a desfogarse, pero tenía demasiado que estudiar.

—Por ahí. Donde siempre.

—¿Y qué es dónde siempre? ¿Estás yendo al gimnasio?

Ella negó. Aunque al principio a su padre no le había gustado aquella afición, luego pareció considerar beneficioso que su hija encontrara salida a su rabia de esa manera. Podría haber sido peor.

—¿Entonces? ¿Dónde has estado?

Parecía que su padre no iba a dejar el tema hasta que le diera una respuesta clara, pero no le apetecía. Ya era mayor de edad y no soportaba que la controlara de aquel modo.

—¿Por qué me preguntas tanto? Estoy estudiando, ¿no estás contento? Voy a preparar bien los exámenes. Deberías alegrarte.

Tomás miró a su hija con el ceño fruncido. Sabía que evadía el tema, pero él estaba demasiado preocupado como para dejarlo de estar.

—Josefina, sé que me estás ocultando algo. Tú estás en una pandilla.

Ella se admiró del autocontrol que supo demostrar. Siguió empujando la comida con el tenedor como si su padre no hubiera acertado de pleno. Sin embargo, la voz la traicionó cuando lo negó de palabra.

—No —dijo, pero no consiguió decirlo con la fuerza suficiente.

—¡Estás en una pandilla! —afirmó Tomás alarmado.

Josefina arrojó el tenedor encima del plato.

—¡Todas las noches el mismo interrogatorio! —exclamó furiosa—. Deberías ser policía, papá, lo harías de cine.

—¡No me cambies de tema!

—¡Quiero que dejes de tratarme como a una reclusa! Solo consigues que tenga ganas de escapar. ¡Y sabe Dios que algún día lo haré! Me iré y no volverás a saber de mí.

Tomás no pareció impresionado por la bravata. Cuando desquiciaba a su hija, como en aquellos momentos, esa era su amenaza más recurrente.

—¡Irte! Sí, quizá debas hacerlo. A algún lugar civilizado donde

encuentres gente sana de la que rodearte y no esa chusma a la que tienes tanta afición.

Ella se quedó en silencio, con la mirada baja, y el padre remachó.

—Te voy a mandar a Pueblo Nuevo, con los abuelos. Allí estarás mucho mejor.

—¡No! ¡No puedes hacer eso! ¡Los odio!

Josefina se levantó de un salto y se fue con grandes zancadas a su habitación. Después de encerrarse, alzó el edredón de la cama y abrió la cremallera lateral de la funda de su colchón. Ahí es donde estaba atesorando sus ganancias con las entregas. Contó los billetes. Aún no tenía suficiente para sus planes, pero se iría antes si su padre se empeñaba en llevarla a Pueblo Nuevo. Quizá podría pedirle dinero a Ricky y alojarse en otro lugar mientras seguía trabajando para él.

¿Por qué su padre tenía que fastidiarlo siempre todo?

\*\*\*

—Abrid el libro por el tema 24.

Ella quería prestar atención, pero le era imposible. Seguía ceñuda por la discusión de la noche anterior con su padre.

—Josefina, ¿puedes leer en alto?

Ella intentó suavizar la voz al responder a la profesora.

—Disculpe, pero me duele muchísimo la cabeza. ¿Podría hacerlo otro?

Aunque era evidente que la chica llevaba toda la clase con los ojos semicerrados y el ceño fruncido como si algo no fuera bien, la profesora parecía reacia a dejarle hacer su voluntad. La compañera de pupitre salvó la situación levantando la mano.

—¿Puedo leer yo?

Sonaba tan dispuesta que la profesora le dijo que sí. Josefina se recordó que luego debería darle las gracias a Olivia por su intervención. Ahora, sin

embargo, su cabeza era una computadora que se dedicaba a barajar opciones y alternativas. No, no quería dejar la pandilla. Había ganado en unas semanas una cantidad muy respetable. En unos meses más podría incluso plantearse comprar un auto decente de segunda mano. Y con un coche iría adonde quisiera, sin dejar rastro. Tomar el transporte público siempre era un riesgo.

Oyó la voz pausada de Olivia, haciendo énfasis en la letra negrita que venía resaltada en el tema. Por un instante se acordó de su madre. Melissa también tenía un tono al hablar que lograba serenarla. Quizá era porque le había hablado mucho mientras estaba embarazada. Los médicos decían que el feto era capaz de reconocer ese sonido. Bueno, a ella y a Amanda, claro.

Hacía mucho que no pensaba en su madre de un modo desapasionado. Últimamente, cuando tenía algún pensamiento relacionado con Melissa era para llenarla de insultos por haberla dejado sola con su padre. Si no aguantaba su vida, se podrían haber ido juntas a otro lugar. Aunque ese era un aspecto que no terminaba de encajarle. Sus padres se querían, estaba segura. Pero algún asunto había deprimido a su madre hasta el punto de incitarla a tomar un tubo entero de pastillas.

En casa jamás la mencionaban. Ni siquiera cuando las discusiones se encendían, como la de la noche anterior. Eso, al menos, debía agradecerse a su padre. No hubiera soportado que insinuase que Melissa estaría avergonzada del comportamiento de su hija.

El timbre del cambio de clase sonó mientras Olivia estaba leyendo, y la profesora intentó programar la tarea del día siguiente en medio del revuelo de la clase, que cerraba libros y cuadernos y arrastraba las sillas.

—Vamos al patio —le pidió a Olivia mientras se levantaba con lentitud. Recordó a tiempo lo que debía decir—. Gracias por leer, Oli.

Su amiga le sonrió y salieron juntas. Una vez abajo, sentadas en una de las gradas desde la que podía verse a unos estudiantes lanzar tiros a la canasta

de baloncesto, Josefina se estiró relajadamente hacia atrás, como intentando absorber el sol.

Olivia charlaba y charlaba. Antes las dos eran parlanchinas, pero cuando la madre de Josefina murió, a esta le quedaron pocas ganas de conversación. Luego Miguel se le había acercado y comenzaron aquel paripé de relación, por lo que Olivia y Josefina dejaron de estar juntas en los descansos. Hacía una semana que Miguel no venía al instituto y Josefina sospechaba que estaba esperando a que no le quedasen marcas de su «ataque» para reaparecer. En ese tiempo su amiga y ella comenzaron a estar juntas de nuevo, pero las cosas habían cambiado. Poseía demasiados secretos que no podía compartir, y no le apetecía contarle acerca de las eternas discusiones con su padre. Olivia se quedó callada unos instantes, pero ella no se dio cuenta. Seguía ensimismada.

Lo que sí observó fue a dos chicas que iban a tomar asiento en las gradas, cerca de ellas, y que al reconocer a Josefina decidieron ir a otro lugar.

—¿Por qué han hecho eso? —le preguntó a Olivia.

Esta la miró como evaluando si la respuesta le iba a gustar. Se encogió de hombros.

—Te tienen respeto. O miedo.

Josefina se sorprendió.

—¿Por qué? ¿Por la paliza que le di a Miguel?

Olivia negó con la cabeza.

—Antes de eso. No saben bien cómo tratarte. Nunca se sabe lo que estás pensando. Hasta a mí me das miedo a veces.

Josefina lanzó una carcajada y Olivia, que estaba hablando en serio, lo agradeció.

—No me importa —dijo la primera—. Mucho mejor así.

Y continuaron el resto del descanso en completo silencio.

## Capítulo 7

La expresión de Arredondo lo decía todo. Tomás lo había mirado directamente a los ojos en el momento de entrar en la sala de reuniones del University Medical Center de Pueblo Viejo. Y supo de inmediato que las cosas no iban a ir bien para ellos, tal y como le anticipó días antes en los vestuarios.

—Muchas gracias por venir —comenzó la supervisora de personal. Se colocó el cabello en un gesto que parecía ocultar el nerviosismo de las manos—. No me gusta convocar en viernes, pero era necesario.

Tomás oyó el discurso como si su cuerpo estuviera presente, pero sus sentidos se negaron a colaborar. Había frases empeñadas en traspasar su burbuja de protección, y se sobresaltaba al oír «reestructuración», «justicia laboral» y otros términos parecidos, cuyo significado era capaz de desentrañar gracias a la conversación con Alfredo Arredondo.

Como si el pensar en su amigo hubiera servido de invocación silenciosa, este se situó a su lado en la reunión y le puso una mano en el hombro. Aquel contacto humano consiguió centrarle de nuevo en la realidad y escuchó lo que Alfredo le susurraba con disimulo. En resumen, le estaban diciendo que a ambos les iban a quitar sus privilegios. Tendrían que contemplar hacer algunas tardes al mes y unirse al equipo de guardias nocturnas.

En el rostro de Tomás se dibujó una expresión espantada que no pasó desapercibida a la supervisora. Esta interrumpió su exposición para preguntarle si sucedía algo.

—No puedo hacer esos horarios —dijo el enfermero sin molestarse en exponer su opinión de un modo menos abrupto—. Tengo una hija adolescente en casa que no puedo desatender. Y soy viudo, solo me tiene a mí.

—Lo siento... —La supervisora parecía haber trabajado bien sus argumentos, porque a continuación le respondió, aunque se dirigía al conjunto de los presentes—. Lo siento, pero no puedo hacer excepciones. Aquí hay madres con una situación parecida a la de usted, me consta. Separadas y con niños pequeños. Ellas llevan años haciendo malabares para compatibilizar este horario con su vida familiar. Me temo que usted tendrá que aprender a hacer lo mismo.

El rostro pétreo de la mujer parecía pedir que no insistiera, y Alfredo lo corroboró apretándole el hombro con una mano para instarle a guardar silencio. Tomás se sentía hundido, pero al mismo tiempo su cerebro funcionaba a toda velocidad. No podía permitir que Josefina estuviera desatendida. Tendría que enviarla con sus abuelos o conseguir la ayuda de alguien de confianza. Conociendo la opinión de su hija acerca de irse a Pueblo Nuevo, sabía que esa era una opción complicada. Pero lo hacía por su bien. Solo por su bien.

\*\*\*

Josefina se quitó los auriculares al entrar en el Pockets y lo lamentó enseguida; la música de AJ Dávila le hubiera ayudado a silenciar los silbidos que la acompañaron durante su breve trayecto desde la puerta a la mesa de billar. Ese viernes debería haber ido de buen ánimo, sobre todo porque su padre le dijo que la dejaba sola el fin de semana y que dormiría con Olivia. Todo estaba hablado con la madre de su amiga. ¡Tres días sin interrogatorios! Y le parecía buena señal que su padre ni siquiera le hubiera preguntado si quería visitar a los abuelos. Parecía bastante convencido de su respuesta negativa.

Pero esa tarde los comentarios subidos de tono tenían una connotación diferente a la luz de la insinuación de Anita, y no le gustaba. ¿Tendría que renunciar también a aquel pequeño placer? Oír alabanzas sobre su aspecto le

gustaba, en especial desde que Miguel «cortó» con ella. Era un reconocimiento a su atractivo físico, y le halagaba. Su madre, Melissa, había sido una mujer muy hermosa y la gente solía compararlas. «Si te arreglaras un poco más...», «Lástima que...», y dejaban la frase inconclusa, como indicando que no había mucho que hacer al respecto. Josefina no le daba mucha importancia porque ya había probado cómo cambiaba su aspecto en sus transformaciones en Amanda. Era una joven muy bella, y lo sabía. Pero le interesaba aún más ser «hermosa» a su manera. Con el pelo corto, la ropa *grunge* y su cuerpo bien tonificado por el deporte extremo. Por ese motivo debía reconocer que no le molestaban los comentarios libidinosos del billar. Alababan su cuerpo, y le gustaba porque ella había trabajado con mucho esfuerzo ese físico. No era el resultado de cremas hidratantes o de técnicas de maquillaje. Era belleza «en bruto», natural.

Sin embargo, ese viernes no se sentía con ánimo de responder ninguna chanza. Al revés, sentía que, de algún modo, estaban abusando de ella. Y todo se debía al comentario de Anita, el que le hizo bajando mucho la voz y mirándola al fondo de los ojos.

—Alguien te desea, niña. Debes cuidar con quién andas.

Josefina no podía fingir que no la entendía. Conocía a unas cuantas chicas del Copper High School que iban con tipos a los que les «gustan» las adolescentes para poder tener dinero extra. Aunque lo normal era que dejaran los estudios, alguna permanecía en clase y cuchicheaba de su hazaña con sus íntimas. Así es como ella había aprendido no solo el modo de manejar el deseo de los hombres, sino el de evitarlo. No estuvo interesada en los chicos hasta que Miguel la besó de improviso. Y la experiencia fue tan humillante que se prometió que ella sería la que tomase la iniciativa la próxima vez.

Pero las palabras de Anita indicaban algo serio. Alguien pretendía tenerla en su cama. Eso, sin eufemismos, era lo que la buena mujer había querido



decirle. Se lo dijo la tarde anterior, y por ese motivo Josefina se encontraba muy incómoda con el modo lujurioso en que los hombres del Pockets la observaban.

No solía fijarse en ellos, acostumbraba a bajar la vista y dirigirse con prisa hacia el fondo, en dirección a la mesa de billar. Pero aquel día decidió que si alguno de ellos pretendía propasarse, anticiparía sus movimientos; y para eso debía conocer a su contrincante. Eso lo aprendió en el boxeo. Conoce a tu enemigo para derrotarlo. Sus fortalezas y debilidades. Defiende y ataca. Ataca y defiende. Si puedes dar el primer golpe por sorpresa, mejor.

Le costó enfocar la mirada. En un primer barrido visual sintió tal sensación de asco que no supo si podría seguir. Se obligó a congelar el gesto, un rictus de indiferencia que tenía tan ensayado que parecía natural. Los rostros comenzaron a individualizarse. ¿Es que no había ningún hombre decente? Casi todos los asiduos del local la observaban con descaro, la consumición en la mano, el porte erguido, dirigiendo el pecho hacia ella, escondiendo incluso la tripa. Se hubiera reído si la situación no fuera tan delicada. Intentó estudiarlos en los breves segundos en los que dirigió la mirada hacia ellos. Eran al menos una docena. Hubo una excepción: un hombre en la barra la observó fugazmente, pero su atención regresó de inmediato a su bebida y su periódico. No parecía tan mayor como el resto, quizá estaba en la treintena. Y lo poco que pudo percibir de su perfil le hablaba de un hombre atractivo. Experimentó la paradoja de un súbito enfado porque aquel tipo, mucho más interesante que el resto, la ignoraba. Sin embargo, aquella emoción pronto dejó paso a otra muy diferente: el temor. El breve contacto visual que había hecho con el resto de los hombres provocó que alguno se envalentonara e hiciese un amago de avanzar hacia ella.

Solo impidió que se acercasen el repentino silbido procedente de la mesa de billar. Giró la cabeza a toda prisa hacia el origen y vio a Miguel. Este

parecía muy enfadado. Casi corriendo se dirigió hacia él. Le sorprendió que la tomase del brazo con fuerza.

—¡Estúpida! Si quieres meterte en problemas, que no sea en el Pockets.

Si Josefina esperaba un ataque de celos —y, en el fondo, eso era precisamente lo que creía que sucedía—, acababa de comprobar que era una tonta. Miguel nunca había tenido ese tipo de interés en ella. En ese momento no lo sabía, pero semanas después llegaría a conocer el verdadero objeto de devoción de Miguel, y la revelación la dejaría sorprendida. Pero en ese instante solo se enfadó por la forma tan ruda de aterrizar en la realidad.

—¡Suéltame, estúpido! Ya sabes de qué soy capaz si me...

La mención de la paliza que le dio en el instituto fue argumento suficiente para que él se apartase de ella, como si acabara de mostrarle una lengua bífida.

—¡Serás zorra! —le dijo y, sin más despedida, se dirigió a la puerta tras la mesa de billar.

Ella lo siguió y vio a Ricky con el ceño fruncido, sentado detrás de una mesa.

—No me gusta que os peleéis —advirtió mirando a los ojos a Josefina—. Sois parte del mismo equipo.

La chica quiso replicar, pero recordó a tiempo que quizá tuviera que pedir a Ricky el favor de prestarle dinero para irse de su casa; era mejor estar a buenas y morderse la lengua, aunque le costara un mundo.

—Disculpa.

Aquella palabra casi se le atravesó, pero procuró decirla con un tono acorde al contenido, y el joven pareció desfruncir el ceño.

—Josefina, toma esto y llévalo al Súper.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, le advirtió:

—Y no vuelvas a mirar a esos hombres. No siempre estaremos aquí para

protegerte.

Ella sacudió la cabeza en gesto afirmativo y salió a toda prisa del local.

## Capítulo 8

—No puedes dejarme con esa intriga, Anita. Sé que es importante. Cuéntamelo.

Josefina mordisqueó la décima barra de regaliz. A ese paso iba a terminar por aborrecerlo, pero no estaba dispuesta a irse sin que su amiga acabara la confianza que comenzó.

Y eso parecía una tarea imposible porque aquel viernes todo el mundo se había propuesto comprar en la tienda. Llevaba allí casi dos horas y aún no había podido dejar el paquete para Fernando. Eso, sin embargo, era lo que menos le preocupaba en ese momento. Estaba más obsesionada por el tema de la conversación.

—¿Tú sabes quién es el tipo que está interesado en mí?

Josefina, que era persistente cuando se trataba de algo de interés para ella, había entrado en el Súper de Anita con dos objetivos: esconder la droga para que Fernando la recogiese y sonsacarle a la dueña más acerca del comentario que le hizo el día anterior. Y su segundo objetivo era aún más prioritario.

—Como si no me conocieras, Anita, de aquí no me voy hasta que...

Y de nuevo la conversación se vio interrumpida por la llegada de otra persona que pedía indicaciones para orientarse por los pasillos de la tienda de ultramarinos.

—Los cepillos de dientes están en la segunda fila, al final —dijo Josefina antes de que la dueña pudiese hacer amago de intervenir. El tono seco hizo que el cliente se disculpase.

—¿Te has propuesto espantarme a la gente?

—Casi diría lo contrario, por lo que veo hoy. ¿Desde cuándo tienes tanto público?

Anita miró en derredor y frunció el ceño.

—Sí que está lleno, sí. Y fijate en esa panda de chicos al final del pasillo tres, cuchicheando. Espero que no estén pensando en robarme.

—Que no se atrevan —masculló la chica.

La mujer sonrió ante la agresividad de Josefina. Parecía una pantera agazapada.

—No te metas en problemas por mí. Bastante tengo con preocuparme por Fernando.

—¿Fernando? —La inquietud en la voz de la chica era palpable, aunque era efecto de su mala conciencia.

—Antes lo sospechaba, pero ahora estoy muy segura. Mi chico se ha metido en una pandilla. Muchas noches cierra la tienda un par de horas, e imagino que es cuando aprovecha para irse a hacer los recados para esos indeseables.

—¿Cómo lo puedes saber?

Anita se encogió de hombros.

—Un vecino me hizo un comentario acerca de que se había encontrado el negocio cerrado. Y entonces revisé las cintas con las grabaciones nocturnas. Ya sabes, tengo cámaras de vigilancia por precaución. Y lo comprobé. Mi chico falta casi cada noche un par de horas, normalmente de tres a cinco de la mañana. Supongo que cuando cree que hay menos gente.

—Vaya.

Josefina tiró el palo de regaliz sin terminar a la papelera. Le estaba sabiendo mucho más amargo de lo normal.

—Pero me estás cambiando el tema —añadió al cabo de unos minutos.

La mujerona suspiró con ruido exagerado.

—Eres cabezota, ¿eh? A lo mejor te estoy alarmando sin motivo.

—No lo creo. Venga, cuéntamelo.

—Es algo que vi en las cintas.

Anita le narró cómo había escuchado, en una de las grabaciones, que su hijo se ponía a hablar por el móvil con alguien y mencionó de pasada el nombre de Josefina.

—¿Mi nombre? ¿Por qué?

—En realidad, hablaba de tu madre.

La chica soltó un respingo.

—No sé si debes saberlo —dijo Anita como reculando.

—«Quiero» saberlo. Ponte en mi lugar, ¿qué harías tú?

La mujer no le contestó directamente, pero empezó a relatarle lo oído.

—Mi hijo conocía a tu madre, parece que muy bien. Me sorprendí tanto como tú al saberlo —aclaró al ver el rostro de Josefina—, pero no es el tipo de relación que piensas. Fernando es muy joven.

»Por lo visto, lamentaba mucho que tu madre se hubiese quitado la vida. Eso le comentaba a la persona al otro lado del teléfono. Quienquiera que fuese, parece que comenzó a compararos. A tu madre y a ti, quiero decir. Ambos parecían considerar muy atractiva a Melissa. Y entonces dijo algo que me preocupó: “No entiendo esa obsesión del Boss por Josefina. Era cien veces más guapa su madre”. Pero parece que le reprendieron porque se asustó y le dijo al que estaba al otro lado: “¡Te juro que no he dicho nada! ¡Nada, tío!”.

De todo aquel relato, la conclusión que la muchacha había extraído era que alguien relacionado con el cártel la había «fichado». No sabía si era Miguel, Ricky u otra persona quien hablaba con Fernando, pero lo iba a averiguar. Y también descubriría quién era ese tipo al que llamaban «Boss». «El jefe», tradujo Josefina en su mente, «¿es posible que sea el jefe del cártel?». Aquel pensamiento le produjo una sensación muy pesada en el estómago. Tenía que irse. Debía huir lo antes posible.

—¿Tú no sabrás quién es...? —El gesto de negación de Anita le confirmó

lo que suponía. La identidad de aquel tipo quedaba en la oscuridad. ¿Sería uno de aquellos rostros que la observaban de modo lúbrico cuando entraba en el Pockets? Le dieron náuseas de considerarlo siquiera. Pero si de verdad se trataba de un «jefazo», ¿qué podría hacer ella para evitar su destino?

—Y esa grabación... —insistió Josefina—. ¿La tienes por ahí? ¿Me la puedes enseñar?

La mujer pareció dudar un instante, pero al final se agachó para coger una cinta sin vacilar. Estaba apartada de las demás. Anita se situaba detrás del mostrador, en una mesa, y delante de ella, tenía tres televisores pequeños que le mostraban distintos ángulos de la tienda. La chica la vio manipular uno de los aparatos, y extrajo una cinta.

—Te dejaré verla aquí. No quiero que te la lleves, ¿de acuerdo? Te la pongo en esta pantalla. Pasa aquí detrás.

Josefina fue a la zona posterior del mostrador, y justo cuando iba a tomar la cinta para colocarla en el reproductor se acercó uno de los jóvenes que estaban al fondo del tercer pasillo. Llevaba varias botellas de alcohol. Las miró a ambas como decidiendo quién lo atendería, y le enseñó su identificación a Anita. Luego sacó un billete de un valor muy alto para abonar la compra.

—¿No tienes algo más pequeño? —La dueña frunció el ceño, seguramente decidiendo si no estaban intentando timarla con aquel billete.

El joven negó con impertinencia y la mujer se dirigió a Josefina, a su lado, que esperaba que el chico se fuera para poder ver la cinta.

—¿Podrías ir a cambiarlo aquí al lado, en el bar de Rafael? Dile que vas de mi parte.

Josefina dirigió una mirada al joven. No le gustaba su expresión. Parecía haberse fumado algo fuerte. Anita la apremió, y ella se puso la mochila antes de dejar la tienda.

—Vuelvo enseguida.

\*\*\*

Josefina le diría después a la policía que fueron unos breves minutos. No podían haber sido más de diez. Pero la vida parecía haber dado un giro de ciento ochenta grados en ese lapso. Anita, su confidente, esa mujer de corazón enorme, quizá la única amiga verdadera que tenía —Olivia, por desgracia, jamás había escuchado a la verdadera Josefina—, la amable dueña de una tienda con solera, que ahogaba la decepción de su matrimonio en una preocupación más que maternal por los que la rodeaban, ella, sí, había sido asesinada.

La joven sabía cuál era la opinión que sus compañeros de instituto, su amiga, su propio padre, tenían de ella. La de alguien fría e indiferente, sin empatía. Y en ciertos momentos se sentía de ese modo. Pero no con Anita. Jamás fue así con ella. La dueña del Súper había conseguido colarse en su corazón joven, golpeado, lleno de complejos y de furia sin desahogo, y actuar como un bálsamo sobre la herida. Cada sesión de charla con Anita parecía ir reconciliándola con ella misma; Josefina percibía que, a su lado, no necesitaba fingir ser fuerte, guapa o valiosa. La mujer la quería sin «peros», sin condiciones. Exactamente como una madre, con la diferencia de que Josefina vivió bajo la sombra de Melissa, y con Anita no necesitaba compararse. Ambas tenían sus cualidades y defectos, se conocían y se aceptaban.

¿Cómo explicarle aquello a esos policías uniformados que solo buscaban hechos? Se había cometido un homicidio: ese era un hecho; ella era la última persona que vio con vida a la víctima: otro hecho.

Y por eso, como ellos solo querían saber los datos crudos, en el momento de mayor convulsión de su corta existencia, mayor aún que el día que supo que su madre se había quitado la vida, tuvo que volver a revestirse de la



máscara de frialdad e indiferencia para afrontar el interrogatorio, sacar fuerzas de su voluntad entrenada para no quebrarse y aullar de dolor, repetirse hasta creerlo que así lograría vengar aquella muerte injusta.

—Entonces —le dijo uno de aquellos uniformados—, ¿vio usted al presunto asesino? ¿Sabe lo que pudo haber sucedido?

La joven recordaba muy bien el rostro de los tres chicos, supuestos autores del crimen, con los que ella se cruzó al regresar con el cambio. Recordaba sobre todo al que se había acercado a pagar las bebidas. Extrañada porque se fueran corriendo, sin el alcohol y sin reclamarle el billete, entró en el Súper guiada por un mal presentimiento. Eso fue lo que les contó.

No había nadie detrás del mostrador, al menos de pie. Fue en el suelo donde encontró a Anita, con una herida de bala justo en el centro del pecho. Mantuvo la sangre fría y llamó al 911 para solicitar una ambulancia y ayuda médica. Y había que decir que fue muy rápida, aunque solo llegaron a tiempo de certificar que Anita falleció en el acto por un disparo mortal. Y luego habían llegado ellos, la policía, dado que al llamar indicaron que era producto de un ataque con arma de fuego.

—¿Que qué buscaban? No lo sé, la verdad es que no lo sé —les dijo ella reteniendo las lágrimas.

Seguía siendo incapaz de asumir que alguien tan inocente hubiera desaparecido así, en un instante, en los diez minutos que le supuso la diferencia entre morir o seguir con ella. Porque, de eso estaba segura Josefina, si no la hubiera enviado a aquel recado, podría haber hecho algo por defenderla, quizá hasta salvarle la vida.

En todo aquel tiempo, la chica fue consciente de que la policía registraba el establecimiento y que ella tenía el paquete de Fernando aún en su mochila. ¡Fernando! ¿Qué sucedería ahora con él?

Sintió una mirada penetrante en su espalda y se giró para ver al dueño de

la misma. Era un policía, joven, muy atractivo, que parecía observarla con una mezcla de lástima y algo más.

—Inspector Gálvez —dijo otro de los uniformados dirigiéndose al policía en el que se había fijado Josefina—. Ella es la que nos dio el aviso.

\*\*\*

Pedro Gálvez, inspector de la División Sur de Operaciones, permitió que le presentaran a la hija de Tomás Hernández, aunque la conocía perfectamente. Le gustó que ella se mostrara sorprendida de que una persona tan joven ocupara ese cargo; al fin y al cabo, tampoco se llevaban tantos años, ¿no? Solo ocho... Pero ¿en qué estaba pensando él, por el amor de Dios? Si Josefina era aún una niña comenzando a ejercer de mujer. ¿Qué derecho tenía él a mirarla como si fuera alguien capaz de corresponderle? Por lo que sabía, no alternaba con chicos, salvo aquel mozalbete de su instituto. Y era tan hermosa... A Pedro se le paralizaba el corazón solo con visualizar su piel cobriza, el cabello oscurísimo y los ojos almendrados que por sí solos podrían hacer naufragar la razón de un hombre.

Había entrado en la tienda de ultramarinos en cuanto recibió el aviso y no pudo dejar de notar a la chica. Allá donde fuera, un radar invisible le avisaba de su presencia. Y parecía sufrir tanto, parecía sincera en sus demostraciones de dolor... De hecho, ella, que siempre se mostraba tan impertérrita, tenía la voz quebrada cuando hablaba de la mujer. En el curso de la pesquisa, le hizo entrega de una tarjeta de visita donde figuraba su móvil del trabajo. «Para que me avises de cualquier cosa», le dijo. Continuaron hablando hasta que un detalle hizo que se mostrase de repente seria y taciturna. Alguno de sus hombres mencionó que iban a traer a los perros. Era la oportunidad de comprobar si se guardaba droga en el local, como sospechaban desde hacía tiempo.

—¿Puedo irme, inspector? Los perros... les tengo miedo.

La mentira era evidente. ¿Cómo aquella joven tan decidida y fría podía asustarse de un animal doméstico? No, la respuesta estaba en algo más complejo, y cuando vio la mochila de Josefina lo comprendió de inmediato.

Las miradas de ambos se cruzaron. No sabía si ella entendía la gravedad de lo que estaba a punto de acontecer. Podía arrestarla en ese momento y finalizar los quebraderos de cabeza de su padre. Se lo había prometido solo unos días antes...

—¡Inspector, mire!

Gálvez giró la cabeza para atender la demanda, y fueron suficientes esos segundos para que Josefina desapareciese de su vista.

## Capítulo 9

—Tomad, no he podido hacer la entrega.

Josefina entró en la habitación al fondo del billar con grandes zancadas y lanzó con desprecio el paquete encima de la mesa.

En la habitación estaban Ricky y Miguel. La miraron un tanto sorprendidos por su actitud. Minutos antes habían recibido la noticia del asesinato de Anita, y el primero de ellos se disponía a avisar a Fernando. Sabían que iba a ser un duro golpe para el Devoto. Por ese mismo motivo, y sabiendo la relación tan estrecha que tenía la chica con la fallecida, les extrañaba su actitud desafiante, sin ningún rastro de lágrimas.

—¿Estás bien? —se interesó Miguel.

La mirada de desprecio de la chica pareció indicarle que era mejor guardar silencio.

—Estoy bien —confirmó—. Quiero mi dinero.

—¿De qué hablas? —intervino Ricky.

—Yo he hecho mi parte. He ido allí y he protegido la mercancía de la poli. Unos minutos más y los perros me habrían descubierto. Pero he conservado el paquete, y os lo traigo de regreso, así que quiero mi dinero.

Los dos chicos se miraron. No podían entender aquella fría actitud. «Realmente no se parece a Melissa», pensó Ricky. Y luego dijo en alto:

—Te daré la mitad. Lo que cuenta es llevarlo a su destino y no ha sido así. Pero has corrido riesgos por la pandilla, y no quiero que pienses que no cuidamos de los nuestros. —El joven se acercó al cajón de la mesa donde ella dejó el envoltorio y sacó un sobre. Extrajo unos billetes y le dio el resto a Josefina.

—¿Vas a darme otro encargo? —preguntó ella mientras se guardaba el dinero en el bolsillo.

—Sí, por supuesto.

—¿Cuándo?

Ricky no era estúpido. Intuía lo que estaba pasando por la cabeza de la chica.

—Pronto, Josefina. —No utilizaba a menudo su nombre, y ella se sobresaltó al oírlo. El otro frunció el ceño y le dijo a Miguel—: Déjanos a solas.

\*\*\*

Josefina sintió la puerta cerrarse y tragó saliva. No había querido desaprovechar la oportunidad de incrementar sus ahorros para la fuga. Después de lo sucedido con Anita, no deseaba en absoluto permanecer en el barrio. Y también estaba la amenaza de su padre de enviarla a Pueblo Nuevo. Debía irse de allí cuanto antes.

—No lo hagas —advirtió Ricky como si leyera sus pensamientos.

—¿Qué?

—Estás pensando en irte. Por eso haces este trabajo. ¿Crees que no lo sé? Ella arrugó la frente.

—Tú, en mi situación, harías lo mismo. Esta vida es una mierda.

Ricky pareció enfadarse y Josefina se apartó dos pasos cuando él comenzó a gritarle:

—La vida de Fernando «sí» es una mierda. Su padre le pega desde hace tanto tiempo que ya ni lo recuerda. Y él es un matón porque no ha aprendido a hacer otra cosa que defenderse de las palizas que le dan. Lo único bueno en su vida era su madre, y acaban de matarla. ¡Eres una perra egoísta!

—¡Yo tampoco lo he tenido fácil!

Él la aferró del brazo y la zarandeó.

—Mucho más fácil que cualquiera de nosotros, créeme. ¡Pero tú solo sabes quejarte!

Ricky sabía que ella se estaba conteniendo las ganas de plantarle cara, y se aprovechó de eso. La chica tenía suficiente fuerza como para emprenderse a golpes con él, pero le importaba más conservar su trabajo.

—¿De verdad quieres irte? —preguntó entonces Ricky, soltándola.

—Sí —replicó Josefina, suspicaz por el cambio de tono en la conversación.

—¿Estás realmente convencida?

—¡Sí, joder! ¿Quieres una firma con sangre?

Ricky se apartó más de ella y se situó detrás de la mesa. Cuando le oyó decir lo siguiente, la chica comprendió por qué se había situado allí. Puede que no hubiera podido evitar lanzarle un puñetazo de tenerle más cerca.

—Hay una forma mucho más rápida de conseguir el dinero que necesitas para irte. —El tono de su voz no dejaba lugar a dudas.

—No voy a hacer la calle, si eso es lo que sugieres. —Los ojos de Josefina estaban entrecerrados, como una fiera a punto de saltar.

Ricky carraspeó, inseguro de seguir con su propuesta.

—Hablo de ser la compañera de un solo hombre, no una furcia de esquina.

Los dientes de la chica rechinaron por el esfuerzo que hacía por controlarse.

—Sigo sin estar interesada. Ningún hombre me usará como su juguete. Ninguno. Grábatelo bien en la cabeza. Y díselo a quien te pregunte.

Josefina hubiera querido mencionar al Boss, pero no era buen momento. Si era el jefe de aquel cártel, tampoco le convenía darle una negativa directa. Pero ansiaba conocer su identidad. De seguro era algún barrigón calvo, ansioso de carne fresca con la que saciar su lujuria. Ese solía ser el retrato de los hombres a quienes sus conocidas del instituto «acompañaban» para vivir con más desahogo.

Ricky levantó las manos en gesto pacífico.

—No volveremos a tocar el tema.

—Me alegro.

—Hablemos de otra cosa —dijo el chico—. Queremos *vendetta* contra los asesinos de la madre de Fernando. ¿Tú podrías identificarlos?

Ella sacudió la cabeza con gesto afirmativo.

—Buena chica. Entonces iniciaremos la caza en breve. Ellos no estaban allí por casualidad. Iban rondando la droga. Seguramente Anita se puso terca y le dispararon para acallarla, pero no era el objetivo.

Al oír el nombre de su amiga, Josefina sintió un dolor agudo en el pecho, como si algo afilado le estuviese perforando el pulmón. Sin embargo, su expresión facial no mostró signos de su dolor interior.

—No te preocupes —dijo Ricky en aquel momento, admirado del dominio de la joven.

—¿De qué hablas? ¿Por qué no debo preocuparme?

—Hablo de tu futuro. Sé que te preocupas, pero no debes hacerlo. Cuidaremos de ti, eso es lo que hacemos con los nuestros. Intentaré darte trabajos mejor pagados, ¿de acuerdo?

Ella asintió y se despidió en voz baja.

Cuando atravesó la puerta sintió la mirada de todos los del local sobre ella. Por primera vez no hubo silbidos, aunque seguían observándola con la procacidad habitual. El único que no parecía interesado en verla atravesar el local, como estaban haciendo los demás, era el hombre del día anterior. Aprovechó que no la miraba para hacerlo ella. Solo distinguía su espalda ancha y musculosa. Tenía un refresco al lado y ojeaba el periódico. Josefina experimentó una emoción extraña, un irrefrenable deseo de acariciar aquel cuerpo. Se mordió la lengua para que el dolor desviara aquellos pensamientos perturbadores de su cabeza y salió sin decir una palabra.

Solo cuando la puerta se cerró tras Josefina, y el resto de los presentes regresó a su entretenimiento habitual, el hombre de la barra se giró. Y dirigió una larga mirada pensativa hacia el lugar por el que ella acababa de desaparecer.



## Capítulo 10

—Entonces, ¿no vio nada fuera de lo común?

—No, inspector. Solo a la chica que le comenté.

Gálvez se acarició la barbilla en un gesto que se estaba haciendo cada vez más habitual. Por dondequiera que preguntase, la versión era casi unánime: nadie recordaba en concreto a los tres jóvenes, presuntos autores del homicidio, pero Josefina era otra cuestión. Iba con mucha regularidad al Súper y varios así lo indicaron.

Si al menos la cámara de seguridad de aquel ángulo hubiera estado grabando en aquel momento. Pero parecía que la dueña la había desconectado, como si pretendiera usar el televisor para algo. Sobre la mesa estaba un antiguo casete de vídeo, y esa parecía ser la explicación. Estaba al lado de la que se acababa de quitar y que había interrumpido la grabación. Entrego aquella cinta y las dos que sí estuvieron registrando lo sucedido en el resto de la tienda, para que el equipo las analizase. Tardarían en tener respuestas. Josefina, sin embargo, estaba más disponible para interrogarla.

Después de su desaparición, en el oportuno momento en que iban a llegar los perros, el inspector le dio vueltas al sentimiento contradictorio que experimentaba. Por una parte, sabía que había perdido una oportunidad de relacionar al Pockets y la pandilla del billar con el Súper de Anita. Tenía la firme sospecha de que Josefina y Fernando trabajaban para un cártel de droga. Por otra parte, sabía que la chica se hubiera metido en un serio apuro si la encontraba con droga encima. Tenía edad suficiente para ser juzgada como un adulto, y su padre no podría soportar, dado el tono de la conversación que mantuvieron la última vez, otro disgusto de ese calibre.

Josefina se había escabullido, sí, y con bastante seguridad llevaba la droga en su mochila. Pero en el fondo se alegraba de que fuera así. ¿Eso en

qué lo convertía? ¿En un farsante? ¿En un hipócrita? No le gustaba nada el modo en que aquella muchacha le hacía perder el juicio. Y lo más irónico del asunto era que ella ni siquiera le prestaba atención como hombre. Era un uniforme, solo eso. Un uniforme de los que prefería evitar.

—Estévez, ¿puede resumirme qué tenemos?

Su ayudante le hizo una panorámica de la situación. Ana Sandoval. Más conocida como «Anita». Casada con Fernando Arévalo. Tenían un hijo de veintiún años de igual nombre al marido. Era el que trabajaba en el Súper por las noches. Todos conocían la situación doméstica de Anita. Su marido se había quedado sin trabajo y, para poder mantenerse, las familias de ambos les ayudaron a montar el Súper de Anita. Legalmente era propiedad conjunta, pero la verdad era que el marido hacía poco por el negocio. Siempre había sido muy religioso, pero el sufrimiento dejó vía libre a la agresividad. La gente sabía que pegaba a su mujer, pero mucho más a su hijo, el cual intentaba recibir las palizas destinadas a su madre. Padre e hijo se odiaban, pero les unía Anita, que intentaba velar por ambos, convencida de que su marido solo necesitaba otra oportunidad, en forma de trabajo estable. ¿Tenía enemigos Anita? Era muy improbable. Las únicas broncas que tenía la mujer eran con los que fiaba y luego intentaban escaquearse de la deuda. Con ellos era implacable. Pero lo cierto era que muchos casi la reverenciaban, siempre tan dispuesta a hacer favores y escuchar los problemas ajenos.

La sospecha del inspector Gálvez, aparte de la teoría del robo, que era la versión oficial que deseaban difundir, mucho antes incluso de oír el informe de Estévez, era que dentro del Súper se cocía algo, y Anita era la víctima inocente de una disputa de pandillas por tener el control del abastecimiento de metanfetamina en aquella zona. Se resistía a hacer venir a declarar a Josefina —no soportaba pensar en todas las mentiras que le contaría y dudaba que ella fuese sincera—, pero no tenía más remedio si quería hacer bien su

trabajo.

Marcó el número con una ansiedad que le preocupó. ¿Y si descolgaba ella? Temía y deseaba al mismo tiempo escuchar aquella voz ligeramente ronca que le provocaba estremecimientos en la piel. ¿Qué le diría? Quizá si la citaba para acudir a una rueda de reconocimiento de posibles sospechosos ella se sentiría incapaz de negarse debido a su estrecha amistad con la difunta.

Sin embargo, en el domicilio de Tomás Hernández nadie parecía dispuesto a descolgar el teléfono. ¿Sería porque era viernes? El buzón de voz saltó con una señal y Pedro, con cierta vacilación, se vio obligado a dejar aquel recado con una voz menos firme de lo que hubiera deseado.

\*\*\*

Tomás no escuchó el mensaje del contestador hasta el domingo por la tarde, a su regreso de Pueblo Nuevo.

Después de la reunión con la supervisora, en la que le habían roto todos los esquemas y nuevos planteamientos de organización con su hija, tomó la decisión de ir a pasar el fin de semana con sus padres y hablarlo con ellos. La madre de Olivia le había dicho que Josefina podría alojarse en su casa, y este le dejó instrucciones a su hija para llamarla a ciertas horas y saber que todo iba bien.

Sus padres le acogieron como si aún fuera un estudiante de enfermería que asistiera a clases de lunes a viernes y el fin de semana regresara al hogar paterno. Se sentía así: seguro, arropado, en un ambiente cálido y acogedor. Su madre, una mujer algo corpulenta pero con una belleza sensual que no menguó con los años —Tomás muchas veces pensaba que su hija había heredado aquel rasgo de la abuela, más que de Melissa—, siempre le hacía sus platos favoritos. Y su padre, al tanto de que en Pueblo Viejo no había tantos recursos, se lo llevaba a los grandes centros comerciales, donde se metían en los departamentos de bricolaje y gastaban como niños en su pasión

favorita: la carpintería.

El padre era alto y fibroso, Josefina era como él en ese aspecto. Tomás no tenía esa anatomía, pero había gastado muchas jornadas en el taller junto con su padre y su cuerpo estaba tan fortalecido como el de un asiduo al gimnasio. Era importante tener fuerza física para trabajar la madera, y ellos acababan sudorosos y agotados cada vez que emprendían un nuevo proyecto.

Entre turno y turno de desbastar la madera, y entre plato y plato reconfortante, el hombre les fue relatando a sus padres los problemas de su casa.

—Josefina ni siquiera sabe de qué murió su madre. No me atreví a decírselo, pero quizá si le hago ver las consecuencias de la droga reaccione y deje la pandilla.

—¿Por qué no ha venido a vernos? —preguntó el padre de Tomás—. No sabemos nada de ella desde el funeral de Melissa.

—No he querido forzarla —explicó su hijo—. Está estudiando, por fin, así que he decidido aprovechar esa buena disposición para dejarla en casa de su amiga.

—Debería haber venido —opinó la madre—. Me hubiera gustado hablar con ella.

Tomás meneó la cabeza.

—Créeme, mamá. No quiere escuchar sermones. La obligo a cenar en casa conmigo y es una batalla campal. ¿Cómo no voy a preguntarle qué hace? Pero se lo toma muy mal.

Sus padres se miraron entre sí, en una conversación muda que su hijo no captó.

—Tienes que hablar con ella —le dijeron casi al mismo tiempo.

—¡Ya hablo con ella!

—No —refutó la madre—. La sermoneas, y eso es lo que Josefina no

soporta. Debe comprender cuánto te importa su bienestar.

—Y darle espacio —añadió su marido.

—Espacio —confirmó su mujer—. Está en una edad en la que necesita privacidad para sus cosas.

—Siempre es necesario tener privacidad.

Tomás se admiró de la compenetración de sus padres. Se miraban a los ojos y parecía que ya se habían dicho media conversación.

—Hijo, no te preocupes —dijo su madre al verle el rostro angustiado—. Mañana, en misa, rezaremos para que tu familia salga adelante.

—¿Te refieres a Josefina y a mí?

—¿Quiénes si no? Seguíis siendo una familia, aunque os falte Melissa. Quién sabe si con el tiempo...

Tomás imaginaba por dónde iban sus insinuaciones, pero el gesto de su mano no impidió que su madre continuara.

—Es pronto para considerarlo, lo sé, pero tú eres un hombre joven. Apenas tienes cuarenta años, posees vigor para muchos años todavía.

—¡Mamá!

—Dentro de poco... —intervino el padre—, Josefina se irá de casa y te quedarás solo. Es la ley de la vida. Pero eres viudo, puedes volver a casarte y tener una segunda juventud.

—Ni siquiera puedo pensar en...

La madre cruzó una mirada de advertencia con su marido.

—Por supuesto, hijo, aún es pronto. Pero debes estar abierto a las oportunidades. No te cierres en seco, por favor.

Tomás comprendería el sentido de aquella conversación al día siguiente, después de la misa dominical. Habían llegado pronto y luego se quedaron haciendo la acción de gracias después de la comunión. Él aprovechó aquellos momentos para pedirle luces a Dios sobre lo que debía hacer. La homilía del

sacerdote le dejó impactado. Versó sobre algunas familias de la parroquia que se habían quedado desamparadas por culpa de la droga y de la violencia. Eso era precisamente lo que Tomás quería evitar. Sabía lo que era sufrir las consecuencias de la adicción en su hogar. Jamás quiso creer que Melissa fuera consumidora de metanfetamina. Ni siquiera cuando los síntomas se le revelaron evidentes. Eso podía suceder en otros sitios, pero no en su casa, un sitio feliz. O eso creía él.

Encadenó una oración con otra, pidiendo a Dios que le ayudara a criar a su hija. Ni siquiera dándole cariño, una familia estable, estudios, parecía estar libre de peligros. Él ya no podía hacer más de lo que hacía. Pero Dios, Él sí tenía la fuerza y el poder para cuidar a su Josefina.

—Hijo, ¿has terminado?

Su madre le tocaba el hombro desde el banco de atrás. Tomás levantó el rostro y abrió los ojos. Se había quedado ensimismado.

—Sí, sí.

—Ven, sal afuera, que queremos presentarte a una vecina.

Dirigió una última mirada al sagrario y se incorporó del banco donde estaba sentado. Se arrodilló un instante en el reclinatorio frente a él y fue avanzando por la nave poco iluminada de la iglesia hacia el exterior.

—Luz, sí, dame luz... —musitó todavía pensando en el objeto de sus rezos.

Lo primero que vio cuando sus ojos se acostumbraron de nuevo a la claridad fue a una mujer de cabello castaño, con un discreto vestido verde.

—Hola —dijo Tomás, sorprendido al verla.

—Gabriela es nuestra vecina —dijo su madre, presentándola—. Ha venido a Pueblo Nuevo por trabajo.

Conversaron unos minutos, en los que Tomás apenas dijo nada porque estaba demasiado ocupado observando a la mujer, ante el regocijo de sus

padres.

Tenía un cierto aire a Melissa, pensaba él, aunque sus rasgos físicos fueran casi opuestos. Su mujer era muy morena, y esta era castaña clara. La piel de Melissa era de un precioso tono cobrizo, y la que tenía delante era blanquísima. Daban ganas de protegerla del sol.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó su padre con un codazo cómplice cuando se despidieron de ella y emprendieron el regreso a casa.

Tomás los miró como si acabara de descubrir alguna fórmula alquímica en ese preciso instante.

—¡Los ojos!

—¿Qué pasa con sus ojos?

—Tiene los ojos de Melissa, papá. Llevaba un rato pensando en qué me recordaba a ella. Sí, son los ojos de mi mujer. Grandes, muy oscuros, y con esas pestañas espesas que te daban tanta envidia, mamá. Eso es lo que me había parecido familiar.

—¿Quieres decir que... —comenzó a preguntar el padre.

—... todo este tiempo la mirabas porque se parecía a Melissa? —completó la madre.

Tomás afirmó con un gesto enérgico.

—Puede que sean parientes —insinuó, pero al ver el gesto de sus padres se retractó—. No lo veis posible, ¿verdad? En el fondo, yo tampoco. Quizá solo quiero ver a mi mujer otra vez.

## Capítulo 11

—No sabes cuánto lo siento, hija.

Cuando Tomás regresó de Pueblo Nuevo se encontró en el contestador el mensaje del inspector Gálvez. En las tres ocasiones en las que llamó a su hija, esta no le mencionó la muerte de Anita; él se enteró al devolverle la llamada al inspector.

No solo había sabido de la muerte de Anita; el policía lo puso al corriente de que su hija estuvo en el lugar minutos antes del homicidio y que pudo ver a los presuntos autores, por lo que deseaban que acudiese a prestar declaración y a una rueda de reconocimiento. El enfermero dio su permiso y le rogó al inspector Gálvez que lo mantuviera al tanto.

En el trayecto de regreso de la casa de Olivia a la suya, Josefina se había encerrado en un mutismo absoluto, y las pocas preguntas corteses que le hizo Tomás fueron ignoradas. Él, sin embargo, venía con propósito de ser paciente y no mostró enfado ante su actitud.

Fue ya durante la cena cuando Tomás le reveló que estaba al corriente de lo sucedido.

—No sabes cuánto lo siento, hija.

Pero Josefina, después de mirarle con desdén, se levantó de la mesa dispuesta a irse.

—Espera un momento, jovencita. —Tomás arrugó el ceño. Se había mostrado paciente y comprensivo, y aquella mocosa seguía comportándose como una malcriada—. Lo primero de todo, vas a comenzar a hablarme, que soy tu padre, no una pared.

Josefina lo miró a los ojos con aparente indiferencia.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Lo mejor será que ahora escuches. Siéntate.



En los diez minutos siguientes, ante una interlocutora que parecía muda y sorda, Tomás le expuso sus preocupaciones, y cómo los abuelos y él habían pensado varias opciones para protegerla.

—No me iré con ellos. —Josefina habló con voz firme pero que no sonaba enfadada—. Te lo dije la otra vez, y no he cambiado de opinión.

—Entonces —dijo Tomás—, eso significa que vas a vivir conmigo.

Ella pareció querer replicar, pero se contuvo. Su padre aguardó un instante antes de añadir:

—Si vives en mi casa, acatas mis reglas. —Levantó una mano deteniendo el gesto de protesta de su hija—. No estoy hablando de encerrarte, Josefina. Tampoco quiero eso. Pero soy tu padre y me importa lo que te suceda. Por lo tanto, mientras vivas bajo mi techo, quiero saber adónde vas y con quién. Y veré si autorizo ese tipo de salidas y de amistades.

—¡Soy mayor de edad! —explotó la joven.

—Y yo soy tu padre, y no estoy ciego, sordo o mudo. No puedo fingir que no existes y no preocuparme por ti. Si vives aquí, te cuidaré. Esa es mi tarea como padre.

—No quiero vivir contigo. No quiero que nadie me controle. ¡No soy una niña!

Josefina se puso en pie, pero la mirada de su padre le impidió irse de la cocina.

—Muy bien —dijo él, ante la sorpresa de su hija—. Si quieres independizarte, estás en tu derecho. Como muy bien has dicho, ya eres mayorcita.

Ella lo miró y abrió la boca para replicar, pero pareció pensarlo mejor.

—Lo que imaginaba. —Tomás suspiró—. No tienes dinero para vivir por tu cuenta, y yo no pienso pagarte otro piso cuando podemos compartir esta casa. Así que vamos a hacer un trato.

—¿Un trato?

—Sí. ¿Cuánto te queda para terminar el bachillerato?

Josefina lo miró, hacía esfuerzos para seguir su razonamiento.

—Estamos en abril. Los exámenes son dentro de mes y medio. Si los apruebo todos, tendré el título en junio.

Tomás levantó el dedo índice y el anular, indicando el número dos.

—Eso es un par de meses, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien, entonces te propongo lo siguiente. Te quedas en casa, sigues las reglas y estudias mucho para sacarte el título. Y luego te independizas.

—Pero...

—Yo te ayudaré.

—¿Qué?

—Si realmente deseas irte, no me opondré. Incluso te ayudaré, siempre y cuando te saques el título.

Josefina estaba tan desconcertada que, por un instante, no supo qué decir.

—¿Hay trato? —le preguntó su padre.

—Sí —dijo ella en voz baja. Luego pareció animarse ante la perspectiva —. Sí, tenemos un trato.

## Capítulo 12

Había cedido sin analizar las consecuencias. Se dio cuenta en el mismo instante en que le comunicaba a Ricky, ese lunes, que había decidido dejar de trabajar de «correo» para la pandilla.

—No es buen momento —le dijo él, sentado detrás de la mesa, con la mirada perdida. Le pareció mayor que nunca.

Josefina comprendió de inmediato. Se refería a Fernando. La muerte de su madre debió dejarlo tocado. Y ahora ella también renunciaba al trabajo.

No sabía qué decirle a Ricky. Después de su última conversación, parecía dispuesta a cualquier trabajo bien remunerado que la ayudara a escapar de allí. Y ahora venía con la historia contraria.

—No es buen momento —repitió el joven, como si ella no le hubiera oído la primera vez. Y al ver la expresión del rostro de Ricky, Josefina comprendió.

No podía renunciar. Estaba atrapada en aquella realidad, quisiera o no. Era una más del equipo. La pandilla había sido atacada y querían devolver el golpe. ¿Qué le dijo el joven cuando ella volvió del Súper de Anita? «Cuidamos de los nuestros, no debes preocuparte». Y ella pretendía dejarlos tirados.

¿Qué podía suceder si rompía el trato con su padre? En primer lugar, tendría que inventar nuevas excusas. Pero si él descubría que ella aún iba con la pandilla se volvería atrás en su decisión de ayudarla a independizarse. Y eso qué le importaba a Josefina. Si seguía en el negocio, podría reunir lo suficiente como para hacerlo por sus propios medios.

Sí, todo iba a salir bien. Y no le hacía falta desairar a Ricky y los suyos. Podría ayudarlos a identificar a los pandilleros homicidas. Y, por último, existía una razón oculta que apenas se atrevía a reconocer incluso para sí:

quería conocer al Boss. Quería saber si, como sospechaba por su conversación con Anita, él estaba obsesionado con ella.

—Ricky —dijo Josefina alzando la voz para que el aludido la mirase. Él lo hizo y ella le sonrió.

—Soy una de los vuestros. Me quedo.

Él también le sonrió, aunque era un gesto más cansado que alegre.

—Sabía que dirías eso. Por eso tengo algo especial para ti.

Abrió uno de los cajones del escritorio y puso dos sobres encima de la mesa. Estaban lacrados, y Josefina se interesó. Nunca antes había visto un lacre. Debían de ser muy importantes si tenían ese mecanismo para evitar que alguien los fisgoneara. No sería ella, desde luego. Al darles la vuelta para cogerlos, vio que estaban rotulados: «Control de plagas», decía.

—Esta es la dirección.

Le tendió un papel doblado, que ella abrió. Era una dirección del barrio de Santa Rosa. Nunca había ido allí porque era el centro neurálgico de los pandilleros del narco.

—¿Algún problema? —preguntó Ricky al observar el gesto de sorpresa de la chica.

—Ninguno.

—Muy bien.

Josefina comprendió por qué aquel joven era tan idóneo para el puesto. Era implacable. Si ella le hubiese dejado tirado... prefería no pensar en las consecuencias.

\*\*\*

La casa que se correspondía con la dirección era modesta, de color salmón y ventanas con las persianas bajadas. Eran las seis de la tarde, pero la calle estaba desierta. Se aproximó a la cancela y comprobó que estaba abierta. Al empujar, chirrió en sus goznes. Entró y dejó apoyada dentro la bicicleta.

Mientras avanzaba por un patio de losetas sucias observó con curiosidad el exterior. Era de una sola planta, bastante ancha, y parecía que una parte se correspondía con el garaje. La otra tenía una puerta blanca que necesitaba una mano de pintura urgente, al igual que el resto de la fachada.

Por fin llegó hasta la entrada, y tocó el timbre, que la sobresaltó. El tono era estridente y pareció oírse en toda la calle. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Tenía la molesta sensación de que la observaban, pero allí no había nadie.

—¡Pasa!

La voz surgió del interior, y era masculina.

—¡Pasa! La puerta está abierta.

Josefina no pudo obviar la repetida invitación y giró la manija, todavía extrañada de que en aquel barrio alguien fuera capaz de dejar la puerta con el cerrojo sin echar. Asomó la cabeza al diminuto vestíbulo y no vio nada. No solo las persianas estaban bajadas, también el interior permanecía a oscuras. Se filtraba algún rayo de sol por las lamas que no terminaron de cerrarse bien, pero no había luces de paso que la ayudaran a situarse.

—Sigue adelante por el pasillo. Estoy en la habitación del fondo. No hay pérdida.

La voz sonaba tranquilizadora, y ella se dejó guiar por las indicaciones. A derecha e izquierda distinguía el contorno de las puertas, que palpaba para asegurarse de que no se abrirían de repente. Pronto se dio cuenta de que la única luz procedía de debajo de la puerta del fondo. Era un resplandor rojizo que la inquietó. ¿Qué estaba sucediendo ahí dentro?

—Ya casi has llegado —le dijo la voz.

Pero ella se detuvo, espantada ante la visión de aquella luz roja.

—¿No quieres pasar a conocer mi trabajo? Debes disculparme por no haber terminado antes de que llegaras. Merece la pena verlo, créeme.

Y la puerta se abrió, sobresaltando a Josefina, que ahogó un pequeño

grito.

—Siento haberte asustado —dijo el hombre frente a ella. Iba vestido con vaqueros y una camiseta blanca. No era especialmente atractivo, pero tenía un porte muy viril: espaldas anchas, cadera estrecha y piernas delgadas.

—¿No quieres pasar a ver?

Josefina reaccionó al verlo señalar hacia la habitación, ahora abierta. Estaba a oscuras, salvo por un resplandor rojizo que parecía proceder del techo.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Es mi sala de revelado. —Ante el gesto de la chica, añadió—: Un laboratorio fotográfico.

Ella se sintió estúpida por haberse asustado de algo tan nimio. Pero debía reconocer que nunca había estado en uno.

—Te he traído algo —dijo introduciendo la mano en la mochila. Él cogió los sobres que ella le tendía.

—Muchas gracias por acercármelos. Me haces un favor.

Josefina estudió a su espalda el interior de la habitación. Había dos cuerdas parecidas a las de tender, atravesándola, y pinzas sujetando trozos de cartulina.

—Pasa, por favor. Me encanta enseñar lo que hago.

\*\*\*

La siguiente hora transcurrió como si fuera un suspiro. Armando —así le dijo el hombre que se llamaba— hacía unas instantáneas maravillosas. Estaban impresos multitud de amaneceres y ocasos de la sierra de Santa Rosa, pero también otro tipo de fotografías más sociales; retratos de familias de Pueblo Viejo, niños en bicicleta, mujeres en el mercado, hombres en la cantina. Era impresionante el modo en que el objetivo calaba el alma de cada persona.

Armando hablaba con mucha pasión de su afición fotográfica, e incluso la

invitó a ejecutar el proceso de revelado. Ella, por su parte, se sentía increíblemente a gusto con aquel hombre. Era una experiencia nueva ser tratada de aquel modo, con deferencia, no como si solo fuera un cuerpo o un «correo».

Cuando finalizaron el revelado, Armando la condujo al cuarto de estar y encendió las luces. Josefina hubiera querido reírse de las malas pasadas que juega la imaginación. Lo que antes se revestía de un aire tenebroso ahora resultaba ser un sencillo pero acogedor saloncito, donde tomó asiento en el sofá para disfrutar el refresco que el hombre le ofrecía.

—¿Resides por aquí? —le preguntó él.

—Bastante cerca, sí. Tenemos una casa cerca de mi instituto, Copper High School.

—¿Vives con tu familia?

Ella afirmó.

—Con mi padre. Mi madre se suicidó hace unos meses.

—Lo siento.

Josefina se encogió de hombros.

—Me estoy haciendo a ello.

—¿Estás segura? —Armando pareció mirarla dentro de los ojos. Se inclinó hacia delante y los músculos se le definieron a través de la camiseta. Josefina tragó saliva.

—No, en realidad no.

Y ambos rieron.

—Mi padre es un pesado. Un controlador. Me muero de ganas de irme de casa.

—Cómo te entiendo.

Ella lo miró sorprendida.

—Pero tú no vives con nadie. —Enrojeció de repente—. Quiero decir, no

con tus padres.

Armando se rio ante la confusión de ella.

—Vivo solo, sí. Pero mi padre sigue queriendo interferir en mi vida de vez en cuando.

—Y tú, ¿qué haces?

—No se lo permito.

—Si fuera tan fácil...

El hombre la miró a los ojos.

—Más de lo que crees, Josefina.

Aunque se habían presentado, era la primera vez que usaba su nombre, y le gustó cómo sonaba al pronunciarlo él.

—Creo que se me hace tarde —dijo mirando el reloj de pulsera.

—Puedes volver cuando quieras. Si quieres desahogarte, tengo la capacidad de escucha muy desarrollada.

—¿Y eso?

—Madre y cuatro hermanas, ¿te parece poco? Y mi padre habla más que todas ellas juntas.

Cuando Josefina salió al exterior, el sol ya se ponía en las montañas. Recogió la bicicleta en la que había llegado y se puso a pedalear. Hoy iría al gimnasio de Lope. Necesitaba desfogarse.



## Capítulo 13

Cuando la tarde siguiente Josefina llegó al Pockets iba con la secreta ilusión de que le tocara llevar otro sobre a Armando. Estuvo pensando en él toda la noche y se avergonzaba de algunas de las imágenes que su mente había proyectado. No era un adonis, pero tenía una voz grave que le gustaba, y lo mismo podía decir de su físico. También le atraía que fuese mayor que ella; le había contado cosas que no sospechaba y disfrutó oírlo. Esperaba que se trataran más porque se sintió muy conectada a él.

Ricky, sin embargo, parecía tener otros planes.

—Buenas noticias, Josefina. Hemos encontrado a los pandilleros del Súper.

Un escalofrío la recorrió. Sabía lo que eso significaba. Querían venganza, y eso implicaba hacer daño. Mucho daño.

—Quiero que vayas a estudiar sus movimientos. Te acompañan Toni y Marcelo.

Como invocados por su voz, Josefina vio entrar por la puerta a dos chicos de la edad de Ricky.

—¿Y Fernando?

—A Fernando le dejamos la gala final. De momento, solo se trata de observar, ¿de acuerdo? Queremos que nos confirmes que son ellos.

Ella asintió, y hasta comprobó con sorpresa que había sepultado con rapidez la decepción de no ver a Armando. El solo hecho de que la convocaran a la acción le disparó la adrenalina.

\*\*\*

Habían avistado a los pandilleros en la zona de Escuelas Pías, dentro del barrio de Santa Rosa. Toni, Marcelo y ella se habían dividido los tramos de la calle y establecieron las señales para comunicarse. Josefina entró en un

callejón y luego buscó la escalera de incendios para encaramarse al tejado. Allí no había edificios de más de dos pisos, así que la visión era buena. Se dispuso a observar el movimiento de la calle.

Transcurrieron varias horas de vigilancia. Josefina había identificado movimientos sospechosos, pero ninguno de los perfiles se correspondía con los chicos que buscaba.

Vio surgir, de la sombra de los callejones, a varios tipos que hacían sus entregas caminando por la acera, como si se dirigieran a otro sitio, y que en el trayecto dejaban caer en el bolsillo del cómplice el pequeño paquete. Había varios recorridos, que comenzaban en un callejón del inicio de la calle y terminaban en otro. Cuando había polis de paisano, a los que ya debían tener fichados, cambiaban la ruta avisando así de la presencia de la policía al otro compinche.

Josefina disfrutó memorizando estas maniobras. Qué distinto era de las aburridas clases en el instituto. Subida a aquel tejado, sentía que tenía un don especial para aquella tarea.

No obstante, en todo aquel tiempo no logró ver a ninguno de los tres chicos que debía identificar. Hizo la señal convenida a los otros y se fue corriendo, literalmente, a su casa. Su padre le iba a echar el rapapolvo de su vida.

No se equivocaba al pensar en el estado de ánimo de Tomás. Era casi medianoche y el enfermero dudaba en aquel momento si debía llamar al inspector Gálvez y pedirle como favor personal que le ayudara a buscar a su hija. Había repasado la lista de compañeros del instituto, chicos y chicas, y telefoneado a cada uno de ellos para saber si conocían su paradero. Olivia, que hubiera sido una buena fuente de información en ese sentido, solo supo darle la dirección del gimnasio de Lope, y hasta allí fue Tomás.

Le disgustó mucho el ambiente. Olía a sudor y el aire estaba enrarecido.

Viendo los torsos brillantes por la transpiración de los chicos subidos al cuadrilátero, se escandalizó de que su hija hubiera entrenado allí. ¿Cómo se vestiría Josefina? ¿Llevaría un top, tan provocador para ellos como lo sería para Josefina la visión de sus cuerpos semidesnudos?

Habló con Lope, y fue lo único positivo de aquella visita. Le pareció que el expugilista apreciaba de verdad a su hija y la cuidaba. Incluso se ofreció a cerrar el gimnasio y ayudarlo a buscarla.

—Ayer estuvo aquí —le dijo Lope—. Hacía tiempo que no venía, y me explicó que era por los exámenes. Pero se ve que no pudo aguantar la morriña. —Su ascendencia gallega se coló en la conversación—. Y vino a dar unos golpes.

»Tu hija tiene un don, Tomás —siguió diciendo el hombre—. No solo por su condición física, sino por su cabeza. Hace falta tener resistencia, voluntad férrea y mente fuerte para poder triunfar en esta disciplina. Y tu chica reúne todas las cualidades. Ojalá fuera mi hija. La entrenaría para ser una campeona.

—Lope...

La voz cansada de Tomás Hernández hizo que el otro disminuyera su entusiasmo.

—Ya, ya sé lo que vas a decirme. Que es tu hija, no la mía.

Tomás apoyó una mano en el hombro del otro.

—No, no era eso. Comprendo que es tu profesión, que vives de ello. Has peleado en combates y ahora disfrutas enseñando a otros. Pero ¿para qué lo usan ellos? ¿Has pensado en eso alguna vez? Uno de cada cien seguirá tus pasos y lo convertirá en un deporte noble. Pero el resto, Lope, vive aquí. Y en Pueblo Viejo ese tipo de «habilidades» tiene una salida muy obvia: las pandillas. Con la cantidad de droga que entra y sale de México, y por nuestra situación geográfica, somos ruta de paso para el contrabando. Hace falta

gente con buena condición física, rápida de puños y de piernas. Como tus chicos.

Lope meneó la cabeza.

—Sí, entiendo que pienses así, pero razonaré del mismo modo. Tú eres enfermero, ¿no? Y tienes acceso a las drogas; a la morfina y otras sustancias. Conoces las dosis adecuadas y sabes dónde obtenerlas. Podrías, con esos conocimientos, convertirte en un proveedor de sustancias, ya que tienes fácil acceso a ellas y aquí, como bien dijiste, estamos en un lugar donde existe demanda. ¿Acaso te has planteado tomar ese camino alguna vez?

—No —dijo Tomás con rotundidad.

—¿Y por qué no?

—Iría contra mi ética, contra mis creencias.

Lope le apuntó con un dedo en el pecho.

—Ahí es donde quería llegar. Yo enseñé boxeo, igual que a ti te enseñaron lo que sabes en la Escuela de Enfermería. Pero lo que hace que usemos bien nuestros conocimientos es algo mucho más profundo, y no lo hemos aprendido fuera, sino en nuestras casas, en nuestras familias.

—¿Me estás diciendo que si Josefina elige mal es por mi culpa, por no haberle sabido inculcar lo que es correcto?

—Ni mucho menos. Yo solo te digo que tú has cumplido tu parte, lo habrás hecho lo mejor que has podido, pero las personas somos complejas.

Tomás suspiró.

—Sé que mi hija usará sus puños para la violencia, y el solo hecho de pensarlo me aterra.

—Vuelve a casa, Tomás, seguro que tu hija ha regresado. Y no la castigues demasiado.

En efecto, como el viejo pugilista había predicho, Josefina estaba en la cocina. Estaba hambrienta después de la larga guardia en el tejado.

—Llegas tarde —le dijo ella al verle aparecer.

Tomás se dio cuenta de que ella ignoraba que la estuvo esperando en casa y que luego había salido a la calle a buscarla.

—Ha sido un día agotador —replicó él.

—Para mí también —confesó su hija entre bocado y bocado.

Al observar su apetito, Tomás decidió que no le vendría mal un tentempié. Preparó otra tanda de sándwiches para Josefina y para él, y se los comieron entre comentarios banales pero amables.

Por primera vez en semanas tuvieron una cena sin reproches. Tomás se dijo que, por una vez, estaba bien descansar de ser padre.

## Capítulo 14

El miércoles, como era habitual, Tomás estaba de guardia de doce horas, así que Josefina aprovechó para hacer una salida después del instituto. No podía dejar de darle vueltas a su encuentro con Armando. Tomó su bicicleta para dirigirse a aquella dirección, aun considerando que quizá se estaba metiendo en un problema por visitar a uno de los destinatarios de los paquetes de los chicos del billar.

Sin embargo, desde el momento en que estuvo en casa de ese hombre sintió que podían conectar, y era mayor el interés por pasar más tiempo con él que el temor a meterse en problemas. ¿Qué edad podría tener Armando? Quizá treintipocos; podría haber sido uno de sus profesores del Copper High School. En cualquier caso, demasiado mayor para ella. ¿Qué estaba haciendo pensando en él de aquella manera? Por otra parte, ¿por qué no? Si los hombres mayores se encandilaban con mujeres más jóvenes, ¿acaso no podía suceder a la inversa?

—Buenas tardes, Josefina. No te esperaba por aquí. —La sonrisa con la que le saludó Armando fue suficiente para hacer desaparecer las inquietudes de los últimos minutos.

La chica había dejado la bicicleta en aquel patio de losetas, como la primera vez. No iba vestida para coquetear: pantalones de deporte, camiseta amplia y deportivas. Su idea era ir al gimnasio después de visitarlo. Sin embargo, al contemplar el aspecto de Armando se arrepintió de ello. Él llevaba una camisa blanca, muy ajustada al cuerpo, con las mangas remangadas por encima del codo, y vaqueros de tono claro. Estaba sencillamente impresionante. Josefina vislumbró los bíceps bajo aquella prenda, y no había nada que le atrajera más que un cuerpo bien trabajado. Acostumbrada a contemplar a los chicos del gimnasio, la musculatura

masculina no le era desconocida. La valoraba y admiraba.

El físico de Armando, que el otro día le pasó bastante desapercibido con la camiseta holgada, ahora se le revelaba en toda su plenitud. Tenía espaldas anchas, que le inspiraban un deseo de refugiarse en él como si se tratara de su protector. Algo parecido le sucedió con su pecho amplio, un muro sólido contra el que a sus nudillos le hubiera costado trabajo impactar; aunque de lo que en realidad sentía deseos era comprobar con sus manos hasta qué punto estaban definidos aquellos músculos.

Estos pensamientos la estaban desasosegando; era incapaz de despegar la vista de su fisonomía y alzar los ojos para enfrentarse a los de Armando. Temía que él pudiese leer en su rostro, ingenuo en ese tema, lo que ella misma quería negarse; sí, deseaba a aquel desconocido, pues eso era para ella. Apenas habían compartido una tarde y quería conocer más de él.

—Estás muy callada, Josefina, ¿sucede algo?

—No, no. Estaba pensando en pedirte un favor.

—Claro, por supuesto.

—¿Podrías hacerme una fotografía?

Armando la contempló como si la viera por primera vez. La mirada del hombre, haciendo un barrido visual de arriba abajo, la hizo ruborizar.

—Sí —dijo—. Algún día te la haré, pero no hoy.

Josefina disimuló su decepción, no quería parecer una niña caprichosa. Decidió cambiar de derrotero en la conversación.

—¿Podrías volver a enseñarme la fotografía del otro día?

—Josefina, ¿sucede algo?

—No, no me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Supongo que estoy sorprendido de que te encuentres aquí. He pensado que quizá habías venido a desahogarte como te sugerí que hicieses en caso de que tuvieras algún problema.

—Sí, eso es. —Josefina se aferró a aquella excusa para justificar su visita a Armando—. La verdad es que sí estoy preocupada por un tema. ¿Puedo pasar y contártelo?

El hombre se hizo a un lado. A diferencia del día anterior, que se había encontrado con la casa a oscuras y las persianas bajadas, ahora se sorprendió al ver el pequeño cuarto de estar iluminado por luz del exterior. Había una cierta calidez en el ambiente, fomentada por la luz natural y el color claro de la tapicería de los muebles. Josefina tomó asiento en el sofá e hizo un gesto a Armando para que se sentara a su lado.

—Estoy ocultando a mi padre el trabajo que hago —le explicó en cuanto él se sentó—. Sé que tarde o temprano acabará descubriéndolo, pero antes necesito reunir el dinero suficiente para irme.

—¿Estás pensando en dejar Pueblo Viejo? —Armando alzó una ceja.

—No me queda más remedio. En casa estoy controlada, como si fuera una prisión de máxima seguridad. Y yo tengo mis propias ambiciones, aunque no haga unas fotografías espectaculares como tú. —Josefina lo dijo con un tono ligeramente coqueto, que a ella misma le sorprendió.

—Imagino que llamas «trabajo» a entregar paquetes como el que me enviaste ayer.

La joven se quedó pensando unos instantes. ¿Qué era exactamente lo que le había llevado a Armando? No era droga, de eso estaba bastante segura. Había llevado algo más, y aquellos sobres rotulados como «Control de plagas» contenían algo diferente. Eran de tamaño folio, bastante planos. Podían tener documentos. Puede que un cuaderno. El único que podía confirmarle de qué se trataba era el propio Armando, pero no pensaba interrogarlo. En todo caso, no lo veía con perfil de consumidor, intermediario o traficante. Ni siquiera parecía alguien relacionado con el mundo de la droga, aunque eso no dejaba de ser una apreciación suya, y bien podía ser



equivocada.

¿Acaso no le hizo llegar un paquete de parte de los chicos del billar? De algún modo estaba involucrado con Ricky, Miguel, Fernando y el resto del equipo. Y también había un aspecto que hasta ese momento no consideró: ¿A qué se dedicaba Armando? Era un tipo solitario que se dedicaba a hacer fotografías, pero dudaba que esa fuera la fuente de su sustento.

—Tú me preguntas qué hago aquí —comenzó a decir Josefina—, y lo que me estoy preguntando yo es a qué te dedicas. Porque me dijiste que la fotografía era tan solo un *hobby*.

—Eres una chica muy inteligente. Un poco curiosa quizá. —Le dio un toque en la nariz con la punta del índice—. Es cierto, la fotografía solamente es una afición. Yo me gano la vida de otra manera. Podría decirse que soy un «especialista». ¿Sabes lo que es eso?

—Lo sabré si me dices en qué estás especializado. —Josefina sonrió—. Tal y como lo has pronunciado, a mí me suena a actores de Hollywood que corren riesgos por los demás.

—No vas muy descaminada, sobre todo en lo de correr riesgos.

—¿Vas a contarme algo más?

—Todavía estoy decidiendo si puedo fiarme de ti.

—Los del billar se fían de mí.

—Eres una chica lista, Josefina. —Sonrió—. Tienes razón, si ellos te tienen por persona de confianza, yo no tengo por qué dudar. ¿Quieres la versión larga o la corta?

Josefina experimentó una punzada en algún lugar de su pecho al escuchar aquella frase. Era lo que ella le decía a Anita cuando comenzaba alguno de sus largos desahogos. Todavía con la mente prendida en el recuerdo de aquella mujer, respondió sin dudarle:

—La versión larga, por supuesto. Siempre es la más interesante.

—Entonces creo que lo mejor será empezar por el inicio.

Armando le ofreció una bebida y ella dijo que tomaría un refresco.

—También tengo cerveza sin alcohol.

Al darse cuenta de que él iba a tomar una lata de estas últimas, ella le pidió otra. Le dieron un largo sorbo, sentados de nuevo, y entonces Armando comenzó su historia.

Era hijo de trabajadores migrantes de Georgia, en la zona este de los Estados Unidos. Se habían trasladado a la costa opuesta, a Arizona, y llegaron hasta Pueblo Viejo. Eso sucedió más de cuarenta años atrás; sus padres ni siquiera se conocían por aquel entonces. Trabajaban en la misma fábrica, en las afueras, allí coincidieron. Se encontraban de vez en cuando en alguna de las reuniones de la comunidad hispana, pero la fábrica fue realmente el punto de unión. Tuvieron un noviazgo breve y una boda sin luna de miel.

Eligieron vivir en el barrio de Santa Rosa porque allí las viviendas eran más baratas, a pesar de que ya era un lugar tan conflictivo desde entonces. Existían tantas pandillas que había reyertas casi a diario. Armando era el menor de una familia de seis hermanos. El mayor era otro chico, de nombre Eduardo, aunque le llamaban Eddy. Entre ambos, cuatro chicas.

Eddy y él habían sentido la responsabilidad desde jóvenes de proteger a sus hermanas, lo que les obligó a aprender la fuerza de los puños. Era diestro, pero su hermano Eddy tenía una característica que lo hizo destacar sobre la gente del barrio y lo convirtió en líder; un cerebro frío y analítico. Por mucho que lo retasen, acusándole de «maricón», «huevón» o epítetos parecidos, él nunca aceptaba los desafíos «en caliente». Esperaba un tiempo para responder y asegurarse así de que el golpe que le iba a dar a su contrincante lo hundiría de modo definitivo. De este modo logró deshacerse, una a una, de todas las pandillas; en realidad, lo más adecuado sería decir que se convirtió

en el único líder de todas ellas, al deponer a los cabecillas y aglutinarlas.

—¿Me estás diciendo que tu hermano Eddy es el líder de una pandilla? ¿Aquí, en Pueblo Viejo?

—Sí, aunque eso haga que pierda puntos en la opinión que puedas tener de mí.

Josefina lo observó para intentar descubrir si bromeaba. En algunos sentidos, todavía se veía muy ingenua, y este era uno de esos momentos.

—No tengo derecho a pensar nada acerca de ti. En realidad, no te conozco.

—Y sin embargo —dijo Armando sin dejar de mirarla—, he pasado de ser un fotógrafo al hermano de un jefe de un cártel de las drogas. ¿No sales huyendo?

—Supongo que tendría que preguntarte cuál es la relación que mantienes con tu hermano, o con el cártel. —Josefina mantenía la vista fija en él, desafiando de algún modo su mirada inquisitiva.

Armando asintió.

—Tienes razón, no puedes juzgar sin conocer todos los hechos. Quisiera poder decirte que mi hermano y yo somos personas diferentes, que hemos seguido caminos distintos, que sus decisiones no son las mías. Pero lo cierto es que el destino de Eddy y el mío están más entrelazados de lo que me gustaría, y, sí, debo admitirlo, lo que soy ahora es consecuencia de lo que mi hermano eligió en su día.

La chica continuaba mirándolo; no terminaba de entender qué era lo que debía pensar acerca de aquella confesión.

—Lo que te estoy diciendo —aclaró Armando— es que yo también me vi metido, de algún modo, en la vida que eligió mi hermano. Lo que hago es consecuencia de esas decisiones. Eddy, por ser de la misma sangre, tenía una confianza infinita en mí. Así que me entrenó para que me convirtiese en una

especie de lugarteniente.

Josefina se incorporó del sillón donde estaba sentada.

—Creo que debo irme.

—Me imagino que no volverás, sobre todo después de lo que te acabo de contar.

—No lo sé —dijo ella—. Estoy bastante confundida.

Armando también se incorporó de su asiento y se acercó a ella. El movimiento no la asustó, fue tan suave que incluso Josefina tuvo deseos de eliminar la poca distancia que quedaba entre ambos y abrazarlo. No podía evitarlo. Se sentía atraída de un modo difícil de explicar.

—No te vayas así, por favor —dijo él—. Me gustaría que no fuese la última imagen que te lleves de esta casa, así que voy a hacerte un obsequio. Espera un momento.

Lo vio desaparecer por el pasillo, y Josefina dedujo que se dirigía al cuarto de revelado. En efecto, oyó cómo se abría la puerta del fondo, y un par de minutos después se escucharon sus pasos acercándose. Llevaba algo en la mano.

—Toma, esto es para ti.

Era una fotografía, de él, de Armando.

—Si no nos volvemos a ver, me gustaría que te quedaras esto. Así alguna vez pensarás en mí.

—¿Y si no quiero?

—Los regalos no se rechazan. En todo caso, siempre puedes tirarlo a la basura en cuanto salgas de aquí.

Josefina se dio cuenta de que él había interpretado su frase de otro modo. Se refería a no pensar más en él. De todas formas, decidió guardar silencio.

—Está bien, me la quedaré.

—Entonces, me debes una —le dijo Armando, divertido—. Tienes que

volver para que pueda hacerte una fotografía y que sea yo quien guarde tu imagen esta vez.

Ella lo miró, pero no hizo comentario alguno. Esbozó una sonrisa y se encaminó hacia la salida. Josefina no terminaba de saber cómo habían dado aquel giro de ciento ochenta grados: entró en la casa de Armando haciendo una petición y, al salir, aquello se convirtió en algo completamente diferente. Había una lectura paralela debajo de cada frase que intercambiaban; el significado nunca terminaba de salir a la luz, pero ambos comprendían qué era lo que estaban diciendo en realidad bajo aquellas frases en apariencia banales.

Nunca se había sentido así. Sentía un deseo físico hacia él, pero había algo que le atraía todavía más. Percibía la fuerza y el poder de Armando tanto como apreciaba la experiencia pugilística de Lope. Si verdaderamente el hombre era el tipo de especialista que ella sospechaba, quería que Armando fuera su mentor, percibir el fluir de la adrenalina; él debía haber experimentado aquellas descargas en muchas ocasiones por el puesto que ocupaba al lado de su hermano. ¿Juzgarlo? En realidad se juzgaba a sí misma por sentir envidia de algo así. No estaba segura de si Armando se daba cuenta de hasta qué punto le descubrió un panorama hasta entonces invisible para ella.

Había creído que el boxeo sería la válvula de escape para todos sus problemas, que desfogarse en un cuadrilátero, enseñar a otros aquellas técnicas, le servirían para encauzar su exceso de energía. Pero ahora comprendía que la atracción que experimentaba hacia Armando tenía una base. Si él realmente era un sicario, entonces ella también quería serlo: ejercer ese poder con los puños sin sentirse culpable o reprimida, enfrentarse a algo desconocido con la certeza de que realmente poseía las cualidades para resolverlo.



## Capítulo 15

Salió de la casa de Armando, recogió la bicicleta del patio y mientras pedaleaba de regreso comprobó que aún le quedaba tiempo hasta que regresara su padre de la guardia, a las ocho de la tarde. Decidió que podía acercarse al gimnasio. Aunque había ido el lunes para desfogarse, ahora le apetecía pasar la tarde con Lope y sus chicos y practicar *kickboxing*.

Hizo una parada en la casa familiar para dejar la bicicleta. Como ya estaba cambiada de ropa, no se entretuvo más que el tiempo de abrir el frigorífico y sacar una fiambarrera con restos de macarrones, la cena de la noche anterior. Ni siquiera se molestó en calentarlos en el microondas. También se bebió una lata de Coca-Cola.

El gimnasio estaba cerca de su casa, y le gustaba andar. Se puso los auriculares, encendió la radio del móvil y comenzó a caminar a paso ligero. Aunque estaba absorta en la música, detuvo su paso en seco al reconocer al joven que acababa de salir de una calle lateral, unos centenares de metros más adelante. No esperaba verlo, pero no cabía duda de su identidad: era el mismo que, con aire desafiante, le había entregado a Anita un billete de tanto valor que Josefina tuvo que salir a buscar cambio. Sí, era él, uno de los tres presuntos autores de aquel disparo mortal que se había llevado a su amiga.

¿Qué hacía tan lejos del barrio de Santa Rosa? Las miradas de ambos se encontraron, y la del pandillero le dio la respuesta. No se había perdido, ni era casualidad su presencia allí. La buscaba a ella.

Él también se detuvo, y se observaron durante unos momentos eternos. Sin embargo, todo transcurrió muy rápido. El joven hizo un amago de llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón, y Josefina no necesitó más indicaciones para comprender que estaba a punto de sacar un arma. El instinto de supervivencia prevaleció y, dando media vuelta, comenzó a correr

en dirección contraria, intentando alcanzar el final de la calle para poder situarse fuera de su campo de visión.

Mientras corría, y después de doblar la esquina, la chica tuvo la idea. Si conseguía llegar a una de las avenidas, la presencia de peatones y tráfico harían que el pandillero se lo pensara dos veces antes de sacar su arma. Sin embargo, le sorprendió comprobar que a pesar de que ella cruzaba por en medio de la carretera a toda velocidad, evidentemente huyendo de alguien, él no cejaba en su persecución.

Continuó corriendo por calles que para ella eran muy conocidas con la esperanza de que no lo fueran para el chico. Torció por la esquina donde estaba el Súper de Anita y el solo recuerdo de aquella mujer, que tan bondadosa había sido con ella, la estimuló para intentar atrapar a uno de los causantes de su muerte.

Sabía que dos callejones más adelante había una serie de cubos de basura que podrían ser un buen parapeto mientras hacía una llamada a la policía. Tal y como lo pensó lo hizo, y en cuanto consiguió agazaparse tras los contenedores sacó su móvil. Tecleó el número personal de aquel inspector tan atractivo que dijo llamarse Gálvez. Después de que él le entregó su tarjeta había guardado el contacto en el móvil. Se dijo que no dejaba de resultar chocante que apenas unas horas antes estuviera hablando con alguien muy próximo al jefe de un cártel y ahora estuviese llamando a la poli para entregarles a aquel delincuente.

Cuando pulsó para establecer la llamada, un sonido familiar le anunció que la batería estaba a punto de agotarse.

—No puede ser posible.

Tenía que salir del callejón y buscar una tienda en la que le permitieran cargar el móvil un momento. Sucedió, sin embargo, lo que temía. En aquel sitio estuvo resguardada, pero en cuanto se asomó a la avenida principal el



pandillero, que parecía estar detenido en mitad de la acera de enfrente decidiendo dónde había perdido la pista de la chica, la divisó enseguida. Comenzó a andar hacia ella. Su semblante, ya decidido, pareció oscurecerse aún más cuando vio el móvil en la mano de Josefina. Dedujo que él se creía traicionado por alguna llamada, lo que solo reafirmaba su decisión de acabar con ella.

Estos pensamientos duraron apenas unos segundos, los que tardó en descubrir que había un comercio con la puerta abierta a menos de cincuenta metros y que ahí podía encontrar refugio. Cuando estaba por llegar, comprobó con horror que el joven se lanzaba a cruzar la calzada, sorteando el tráfico, para impedirse. Lo que ninguno de ellos esperaba era que un coche, circulando a gran velocidad, colisionara con él y se lo llevase por delante. Fue como si el tiempo se hubiera congelado. A Josefina le costaría recordar bien los detalles.

El conductor no se detuvo, quizá seguro de haberse cobrado una víctima mortal. Se dio a la fuga y ella, más preocupada por lo que acababa de acontecer, ni siquiera se tomó la molestia de intentar memorizar la matrícula. Avanzó unos pasos hacia la calzada. El pandillero estaba bocabajo, y el suelo cerca de su cabeza salpicado de manchas oscuras. «Sangre», pensó. Echó un vistazo rápido a las manos del joven, desnudas, y comprobó que no había ningún bulto en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Dónde estaba la pistola?

Josefina tuvo el coraje, mientras la gente se arremolinaba en torno al chico, de buscarla. La localizó debajo de un coche estacionado en un lateral, la cogió y la escondió con disimulo en su mochila. Luego corrió a casa.

\*\*\*

—Hija, ¿qué sucede?

Tomás no pudo evitar preocuparse cuando vio el rostro desencajado de su hija al entrar en la cocina. Josefina dejó caer la mochila en el suelo y, sin

previo aviso, se lanzó a los brazos de su padre.

—Papá...

No fue capaz de continuar durante un buen rato. No se puso a llorar — creía haber perdido esa capacidad después del funeral de su madre—, pero temblaba con violencia mientras su padre la estrechaba entre sus brazos, sin comprender muy bien aquella actitud de su hija. Cuando al fin consiguió que se separase de él, la miró a los ojos.

—Tienes que contármelo, Josefina, dime qué es lo que ha ocurrido.

—El asesino de Anita... él... ha intentado matarme.

Tomás entró en pánico. Quería gritarle a su hija, decirle lo estúpida que era por haberse puesto en peligro de esa manera por pertenecer a una pandilla. Estaba seguro de que no la hubieran perseguido de no ser así. ¿Por que tenía que estar involucrada en la investigación de un asesinato? La gente de la que ahora se rodeaba su hija era mala gente; lo mínimo que le podía suceder algún día era terminar en la cuneta con un disparo. Eso, si no le hacían algo peor antes de matarla.

Pero cuando miró a Josefina a los ojos se sintió incapaz de manifestar en alto todos aquellos pensamientos. La hubiera hundido, justo en el momento en el que ella acudía a él como un soporte fuerte, firme, buscando una seguridad que creía que Tomás podría darle.

Josefina había visto demasiado pronto su debilidad, cómo se hundió tras la muerte de Melissa; había sufrido sus interrogatorios diarios sobre lo que hacía o dejaba de hacer, por su falta de interés por lo que la rodeaba. Pero no era eso lo que estaba buscando ahora: ella apelaba a ese cariño libre de egoísmos que toda persona espera de sus padres, pues saben que son los únicos que les van a querer por encima de sus defectos, fuera lo que fuese que hubieran hecho. Y no se equivocaba: él quería lo mejor para su hija.

Por lo tanto, lo que hizo fue encerrarla en un abrazo aún más estrecho si

cabía, pasarle la mano por el pelo como antes de la muerte de su mujer, cuando aún tenía aquella melena tan larga. Le dio unos ligeros golpecitos en la cabeza, calmándola, hasta que ella tuvo la suficiente serenidad como para desprenderse de su abrazo y sentarse en una silla próxima a él. A continuación le relató todo lo sucedido a su padre.

—Debes llamar al inspector Gálvez y contárselo. Según lo que me has dicho, ese pandillero puede estar herido, quizá ha muerto. Y tú eres la última que le vio.

El pensamiento de Josefina viajó hacia el arma escondida en su mochila, pero guardó silencio. Tendría que pensar muy bien cuál iba a ser su relato, porque si mencionaba la pistola, lo más probable era que intentaran buscarla en los alrededores del lugar del accidente, y por supuesto que no la iban a encontrar.

—Iré mañana.

—¿Mañana? Vas a llamar a la policía inmediatamente.

El rostro de Josefina se tornó lívido. Hubiera necesitado un poquito más de tiempo para encarar al inspector, pero comprendió que no podía protestar. Aquello hubiera sido sospechoso. Permitió que su padre se levantara y marcara el número que ella misma había intentado pulsar apenas una hora antes. Eso le recordó que estaba sin batería, y, mientras su padre llamaba, entonces conectó el cargador a uno de los enchufes y puso a cargar su móvil.

Tomás Hernández le explicó en pocas palabras al inspector Gálvez lo que acababa de suceder. Al otro lado de la línea el policía no perdió la oportunidad que se le brindaba de escuchar la voz de Josefina, así que le pidió a su padre que se la pasara al teléfono.

—Toma, es para ti.

La chica se mostró sorprendida cuando su padre le acercó el móvil, y su «¿Sí?», esbozado con timidez, le pareció encantador al inspector.

—Josefina, ¿cómo te encuentras?

Ella volvió a tener esa extraña sensación, la misma del Súper, al oír su nombre pronunciado por el inspector. De seguro era su imaginación, pero le parecía que él le hablaba de un modo especial, suave, como si la acariciara. Mientras ella cavilaba sobre esto, el policía le hizo unas breves y certeras preguntas para ponerse en situación.

—Mañana acércate a la comisaría —le indicó—, te enseñaré unas fotografías de archivo de los sospechosos. En cuanto al que te has encontrado y que ha tenido el accidente, solo puedo decirte que nadie ha dado aviso a la policía. Puede que alguien de su pandilla le haya recogido, quizá esté en algún hospital. Así que haremos unas cuantas averiguaciones. Por favor, pásame a tu padre.

Tomás escuchó de labios del inspector Gálvez un resumen de la conversación con su hija; Tomás le aseguró que él mismo se encargaría de acercar a Josefina a la subestación de Policía. Cuando el inspector mencionó que estaban decididos a llamar a cada hospital pensó en aquel donde trabajaba, el University Medical Center. Podría acercarse a comprobar si hubo algún ingreso con esas características.

Un vistazo a su hija le hizo cambiar de opinión. Era la primera vez en muchos meses que la veía con aquel aire de desconsuelo, realmente impactada por lo que acababa de suceder. Decidió que, en ese momento, el lugar donde debía estar era a su lado.

## Capítulo 16

El jueves, antes de ir al trabajo, Tomás acercó a su hija a la subestación de Policía en el barrio Santa Rosa. Había pasado cerca muchas veces, pero nunca llegó a entrar. Ocupaba un amplio espacio de terreno vallado, con un parque automovilístico para los coches policíacos en la parte delantera, y un edificio de grandes dimensiones, blanco, con elementos azules. Había dos tipos de entrada, una de ellas destinada al público, con su zona de aparcamiento separada. Hacia allí condujo Tomás.

La puerta era acristalada. En la entrada había un grupo de uniformados hablando tranquilamente. La mayoría llevaba en una mano un café en vaso desechable, y un cigarrillo en la otra. Por la puerta giratoria entraban y salían personas del edificio de modo constante.

Tomás dejó a su hija en la entrada, y Josefina atravesó la puerta giratoria con cierta expectación. Era la primera vez que se encontraba en un lugar así. Las paredes eran tan blancas como el mobiliario, y una amable mujer, vestida con su uniforme y sentada detrás de un mostrador, fue la encargada de indicar a la chica adónde debía ir.

La oficina del inspector Gálvez se encontraba al final de un pasillo, tan largo y ancho como el de un hospital. Había papeleras metálicas con forma de tubo cada cierto tramo y un par de máquinas de autoventa, que era donde debían surtirse de café aquellos policías del exterior. Se detuvo un instante frente a la máquina de refrescos e introdujo el importe necesario para sacar una Coca-Cola. Evitaba el alcohol, y aunque las bebidas con gas no le convencían demasiado, la cafeína que contenía aquel refresco podía ayudarla a estar más despejada.

Le sorprendió llegar a una sala amplia donde había al menos una veintena de escritorios, y detrás de cada uno de ellos, un policía frente a una pila de lo

que podían ser informes. El único lugar un poco aislado se encontraba al fondo de la sala. Parecía un despacho, pero las paredes eran de cristal y se podía ver perfectamente la figura del joven inspector, sentado detrás de la mesa, inmerso en la lectura de unos papeles.

Como si hubiera intuido la presencia de Josefina, alzó la vista y las miradas de ambos se cruzaron. Ella se sintió un poco ridícula con la lata de Coca-Cola en la mano. El policía salió a su encuentro a sorprendente velocidad. Le estrechó a la joven la mano libre y, con la otra, le apretó un instante el hombro mientras preguntaba:

—Josefina, ¿cómo te encuentras?

Ella volvió a sorprenderse por aquel matiz en su voz, que era una mezcla de ternura y afecto paternal, aunque su rostro se mantuvo inexpresivo. Más le llamó la atención que cuando el inspector retiró la mano de su hombro, sintió un vacío repentino. Hubiera querido que aquel gesto durase más. Incluso, debía reconocerlo, hubiera deseado que la abrazara.

El policía era bastante más alto que ella; aunque Josefina se reconocía menuda, él la hacía sentir todavía más pequeña. Era una sensación extraña la de querer abandonar sus preocupaciones en manos del inspector Gálvez. Por un instante, sintió la loca tentación de revelarle sus pensamientos: las inquietudes acerca del futuro, hablarle del control de su padre, de la pandilla y su cuestionable «solidaridad», de su deseo de comenzar una nueva vida quizá dedicada al boxeo, y de la ocurrencia que había tenido al salir de la casa de Armando, abandonarse a sus instintos bajo el liderazgo de un jefe de la droga.

Sin embargo, se mantuvo en silencio, mirando a los ojos del inspector mientras parecía hacerle una muda pregunta: «¿Puedo confiar en ti?». Y en los ojos de él casi podía adivinar, o eso deseaba pensar, que la respuesta era un rotundo «Sí».

En cambio, la respuesta a su pregunta de cómo se encontraba fue escueta a propósito, para evitar que él continuara interrogándola.

—Bien, me encuentro bien. ¿Vamos a ver esas fotos?

Él la contempló a los ojos una vez más, como si pudiera leerle el pensamiento, y finalmente sacudió la cabeza en un gesto afirmativo. Le indicó con la mano que la siguiera hasta su despacho.

—Por aquí.

Una hora después, Josefina hubiese querido gritar de impotencia. Había revisado centenares de fotografías y ninguna de ellas le ofrecía los tres rostros que ya tenía grabados en la cabeza.

¿Qué significaba aquello? ¿Cómo era posible que tres pandilleros, a los que ella había visto en acción en el barrio de Santa Rosa, no estuvieran aún fichados por la Policía?

—Tenemos otro material —le dijo él—. Las grabaciones de la tienda. Pero eso supone más tiempo. Ya quedaremos para que te acerques.

Ella asintió y comentó que debía irse al instituto. Se fue, dejando al policía sumido en sus propias reflexiones.

\*\*\*

Tomás aún no podía creerlo. La tarde anterior habían ingresado a un joven con todas las características de ser arrollado por un coche. Llevaba una cazadora vaquera, como Josefina le indicó, el pelo rapado en la parte posterior, tatuajes en el brazo... Tenía que ser él. Lo habían operado de urgencia, pero su estado parecía crítico.

Aprovechó la pausa del desayuno para acercarse a la Unidad de Reanimación Postanestésica, la URPA. En ese momento, solo había dos personas ocupando las camillas, separadas por cortinas verdes. Había un mostrador de monitorización justo enfrente de ellas, y reconoció a la enfermera que se encontraba ahí sentada.

—Buenos días, Marga. ¿Cómo está yendo la mañana?

—Hola, Tomás. Por aquí tranquilo, ya sabes.

El enfermero miró hacia los ocupantes de las camas.

—Veo que tienes trabajo.

—A uno de ellos se lo llevarán dentro de un rato. El que tiene el estado más crítico es el joven.

—¿Qué le ha sucedido?

—Un accidente de coche. Casi no lo cuenta. Pero su juventud juega a favor.

—¿Se recuperará? —Tomás intentó que su voz no sonase en exceso interesado.

—Yo apostaría que sí, que saldrá de esta.

—¿No tiene familiares?

—Nadie ha preguntado por él, tampoco sabemos quién le trajo aquí. Cuando recupere la consciencia, intentaremos averiguar algo de su familia.

En ese momento sonó el teléfono fijo del mostrador. La enfermera descolgó y frunció el ceño al oír a la persona al otro lado. Cuando cortó la llamada se dirigió a Tomás con tono de queja:

—Estoy cansada de mi compañera. Siempre llega diez minutos tarde, pero bien que se enfada si soy yo quien se lo hace en su turno.

—¿Te refieres a Sandra?

—Mira cómo lo has adivinado. Claro, a quién me voy a referir. El caso es que otro día no me hubiera importado, pero hoy quería coger puntual el autobús. Tengo mucha compra que hacer para el cumpleaños de mi marido.

—Vaya, le felicitas de mi parte. Pero si quieres que alguien te cubra unos minutos, a mí no me importa quedarme.

—¿Estás seguro?

—Me has dicho que Sandra está de camino, ¿no? Te prometo que no me



supone nada. Estoy en mi pausa del desayuno.

Marga lo observó unos instantes, sopesando la oferta. Miró su reloj y luego se levantó del asiento.

—Espera un momento aquí, por favor, Tomás, voy a ver si lo soluciono.

De inmediato, después de que ella saliera, Tomás se acercó a la camilla del joven accidentado. Este tenía los ojos cerrados y el cuerpo cubierto casi totalmente por vendas. No podía ver los tatuajes que le mencionó. Lo único que se mostraba de su cuerpo estaba enrojecido o amoratado. En otras circunstancias le hubiera provocado una gran compasión, pero recordó que aquel pandillero había amenazado a su hija con una pistola pocas horas antes.

No sabía cuándo regresaría Marga, disponía de solo unos minutos. Revisó el gotero al lado de la cama del joven. Sería tan fácil inyectar algo en el suero del que ahora se alimentaba... Tanto, que hasta le dio escalofríos.

Su conciencia, por otra parte, le golpeaba con fuerza diciéndole que esa no era la solución. ¿Qué sucedería con Josefina si lo atrapaban? Eso también tenía que considerarlo. Se quedaría sola, sin madre, con su padre en la cárcel. Bastante había sufrido en su corta vida. No debía complicar lo que ya lo era de por sí.

Se alejó tres pasos de la cama, y en ese momento reapareció la enfermera.

—Tomás, has tenido suerte. Una amiga que sale a la misma hora del turno me acerca en coche al súper. Va a esperarme hasta que llegue Sandra, y me dará tiempo a todo. Puedes terminar tu pausa con tranquilidad. No quiero entretenerte más.

Él disimuló su decepción con una sonrisa amplia.

—Me alegro mucho de que se haya solucionado, Marga. Te veré otro día.

Salió con rapidez para no parecer ansioso por quedarse. Por el momento, parecía que el destino se aliaba para salvar la vida de aquel joven.

## Capítulo 17

La visita a la comisaría había dejado muy frustrada a la joven. Estuvo todo el tiempo con la cabeza en otra parte durante las clases. Olivia le daba codazos para que atendiese cuando le hacían alguna pregunta, pero ella alegaba una y otra vez que tenía jaqueca, hasta que obtuvo el permiso para regresar a casa. En su lugar, fue al gimnasio.

Lope la recibió como a una hija pródiga, y Josefina se sorprendió del abrazo que le dio.

—¡Nos tenías muy preocupados!

En pocas palabras le hizo saber que el martes por la noche su padre estuvo allí, buscándola. Josefina se dio cuenta de que había sucedido el día que estuvo espiando a los pandilleros y llegó a su casa a medianoche. Entonces le sorprendió no encontrar allí a su padre, aunque él apareció poco después y no le dijo nada.

—No sabía que me estaba buscando.

—¡Cómo no lo va a hacer! Eres su hija. —Lope la contemplaba como si ella fuera un ser sin corazón, y quizá ahí estaba el problema.

—Bueno, pues no me pasó nada... —Josefina quiso agregar «ese día», pero decidió dejar las cosas tal y como estaban. Añadió—: Me gustaría subir a dar unos golpes, si no te importa.

El pugilista retirado la contempló con cierto aire de lástima, y le dio permiso con un gesto de la mano. Luego ordenó a uno de los chicos que subiera arriba con ella, y se sorprendió de la brutalidad con la que atacó la joven. Tuvo que detener varias veces la pelea para que no se propasara.

—¿Qué te sucede? ¡Estás boxeando, esto no es una pelea de pandilleros!

Al oír esas palabras, Josefina se retiró a una esquina del cuadrilátero y se quitó los guantes.

—Me voy.

Y eso hizo, sin dar las gracias ni mirar atrás.

\*\*\*

La puerta del Pockets se abrió y la joven entró sin perder de vista la mesa del billar del fondo. Volvió a escuchar los acostumbrados silbidos, pero no hizo caso. Sin embargo, no pudo evitar mirar de reojo hacia la figura del desconocido que siempre le daba la espalda. En esta ocasión, llevaba una camisa blanca ajustada y vaqueros claros, y le vino una imagen a la cabeza. ¿Sería posible que...? El único modo de comprobarlo habría sido acercarse a la barra, y aquello no era inteligente. Ya se lo habían advertido.

—Hola, Josefina —dijo Ricky cuando la vio aparecer por la puerta—. No te esperaba por aquí.

—¿Y eso? —dijo ella, sorprendida.

—Me han dicho que te atacaron.

—Las noticias vuelan. Quería saber qué tenías.

—¿Quieres trabajo o información?

—Cualquiera de las dos cosas me sirve.

Ricky le sonrió con un gesto torcido.

—No tengo información, aparte de la que fuiste a buscar a Santa Rosa con Toni y Marcelo. Pero hemos conseguido identificarles de otro modo, y los chicos se encargarán de seguir con el trabajo. Después de lo que te ocurrió, no queremos problemas. Ya sabes...

—... «cuidamos de los nuestros» —finalizó ella.

—Eso es. ¿Algo más?

Josefina no sabía cómo decirle que había estado en la comisaría, aunque supuso que Ricky ya lo sabría.

—¿Cómo está Fernando? —preguntó, en cambio.

—Bien, bastante mejor de lo que creíamos. Se ha mudado de casa, ahora

que su madre ha fallecido. Llevaba tiempo deseando hacerlo. Sin el bruto de su padre al lado, se encuentra mejor.

—¿Y el Súper?

—Cerrado definitivamente. Con un poco de suerte, su viejo querrá alejarse de todo esto y se mudará a otra zona.

Ella se quedó en silencio y Ricky la miró unos momentos.

—Vete, Josefina. Vamos a dejar pasar unos días antes de recuperar la normalidad. Primero, la *vendetta* de Fernando. Luego, todo lo demás. Aprovecha y estudia.

La chica torció el gesto, y cuando salió de la oficina observó en dirección a la barra para intentar reconocer al hombre. Pero se había ido.

Se fue a su casa, deseosa de lanzar unos cuantos golpes al saco de boxeo.

\*\*\*

La mañana del viernes su malhumor continuaba. Había cenado el día anterior con su padre en un silencio casi completo. Él no le preguntó ni por sus estudios ni dónde había estado. Comenzó a hablarle de una noticia del periódico, y cuando se terminó el tema se quedó callado, con la vista en el plato, inmerso en sus pensamientos. Josefina nunca lo había visto así. Quiso preguntarle si era verdad lo que le dijo Lope, pero decidió que por una vez que no regañaban, no iba a sacar el tema. Cuando se acostó, sintió el bulto del revólver, escondido también en la funda del colchón, junto al dinero que había ahorrado. Eso le hizo mantenerse despierta buena parte de la noche, reflexionando.

El inspector Gálvez le había fallado, Lope la censuraba, Ricky le daba «vacaciones» y su padre parecía ausente, así que solo veía a alguien capaz de prestarle atención: Armando. Esa mañana, incapaz de soportar una tanda de clases, se dirigió pedaleando a su casa.

El corazón le latía un poco más deprisa por la expectativa. Después de la

última conversación había contemplado varias veces la fotografía del hombre en su habitación. En la instantánea él estaba más discreto que con aquella camisa ajustada que le había revolucionado por dentro. ¿Sería él el hombre del Pockets? ¿La ignoraba con deliberación? En todo caso, le dolía su indiferencia porque ella deseaba su compañía por muchos motivos. La clientela babosa deseaba acercarse a ella y, en cambio, Armando, si era él, ni siquiera se molestaba en admirarla.

Apartó aquellos pensamientos de la mente e introdujo su bicicleta en el patio de la casa del hombre. Con paso firme se acercó a la puerta blanca de entrada y llamó. Se oyó un «ya voy» lejano. Imaginó que estaría en la sala de revelado, y esperó. Su impaciencia la hizo comenzar a morderse la uña del pulgar. ¿Se habría imaginado aquel «ya voy»? Llamó de nuevo al timbre, pero nadie respondió. Se mordisqueó otra uña y emitió un pequeño grito de protesta cuando se hizo sangre. Miró el reloj. Por lo menos habían pasado cinco minutos. Se sentó en las escaleras de la entrada, intentando ser paciente.

Diez minutos después se abrió la puerta. El rostro sin rasurar de Armando era una máscara, y por un instante ella se arrepintió de haberlo molestado. Tenía el aspecto de haber acabado de levantarse de la cama. Llevaba puesta una camiseta arrugada y unos pantalones de chándal.

—Puedo irme si quieres.

Él se frotó los ojos, como si la luz le hiciese daño, y negó con un movimiento de cabeza.

—Pasa, iba a hacerme un café.

Josefina entró en el pequeño cuarto de estar y contempló el desorden de la habitación. Sobre los sillones había restos de envoltorios de comida y un par de revistas abiertas. Al menos media docena de latas de cerveza —con alcohol, observó ella— estaban encima de la mesa auxiliar de cristal.

Armando vio lo que ella estaba contemplando.

—Sí, anoche me monté una fiesta solitaria. Lo hago alguna vez. Disculpa el desorden.

La joven comprendió que probablemente tenía resaca, y que ese era el motivo de que hubiese tardado tanto en abrir.

—En serio —dijo Josefina—. Si quieres me voy. Puedo volver esta tarde.

—Solo necesito un café. Enseguida estoy operativo. Y una ducha, eso también me vendrá bien.

—Yo puedo ir preparando el café —sugirió la chica, sorprendida de su atrevimiento.

Él se encogió de hombros y le señaló una puerta.

—Adelante. La cocina es tuya.

Ella se puso manos a la tarea mientras oía correr el agua en la habitación vecina. La cocina era una estancia pequeña pero ordenada. No había cacharros apilados y el fregadero estaba limpio. Encontró en el segundo estante de una alacena lo que necesitaba para rellenar la cafetera, preparó el filtro y el agua, y volcó un par de cucharadas repletas de algo que indicaba «Café natural 100%». Se imaginó que era ese el que le gustaría al dueño de la casa. Enchufó el aparato y, mientras el agua borboteaba, fue al cuarto de estar a recogerlo un poco.

Ya tenía servida una bandeja con dos tazas para ambos cuando Armando regresó. Se había cambiado de ropa, usaba un ligero jersey que le quedaba holgado, de color azul. En contraste con su piel morena, le favorecía. No se había rasurado el rostro, pero le gustaba ese efecto desaliñado, estaba muy atractivo.

Josefina intentó sacudirse esos pensamientos y se concentró en servirle una taza conforme a lo que le pedía en ese instante.

—Solo con mucha azúcar, por favor. —Observó a su alrededor y dijo—:

Gracias por adecentarme esto. No tenías que haberte molestado.

La chica murmuró algo como «no fue nada», dejó caer tres cucharadas del azucarero y luego se sirvió para ella un vaso de leche con apenas un poco de café que lo manchase.

Después de unos minutos en silencio, en los que ambos bebieron sin pronunciar palabra, Armando dijo:

—Espero que no vengas a hacerte la fotografía, porque tardaré un poco en recuperar mi actividad neuronal.

Se miraron a los ojos un instante y Josefina se quedó en blanco, sin saber cómo decirle lo que deseaba.

—¿Ocurre algo?

Aquella pregunta pareció infundirle fuerzas para hacerle la pregunta que le venía rondando.

—Quiero venganza, Armando.

—¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

—Han intentado asesinarme. El mismo que acabó con la vida de Anita.

El hombre se quedó detenido un instante, con sorpresa, en el sorbo que iba a dar a su bebida. Se levantó.

—Espera, creo que necesito oír esto bien despejado. Voy a por algo más fuerte que este café.

Se incorporó y Josefina le vio irse a su habitación. Oyó el sonido de un cajón que se abría y cerraba, y él regresó con algo en la mano, que se tragó echando la garganta hacia atrás. Luego bebió un sorbo.

—Enseguida me hará efecto.

Ella no se atrevió a preguntarle qué se había tomado, pero miró al suelo, incómoda.

—Solo es una ayuda. No estoy enganchado a ninguna sustancia. —Oyó que le decía él como si leyera sus pensamientos.

—Claro.

Intentó que la respuesta no trasluciese la ironía que en realidad le provocaba. Melissa, su madre, bien podría haber dicho lo mismo. ¿Acaso no se había tomado un bote entero de barbitúricos?

—Bueno —dijo Armando—. Cuéntame despacio eso de que te han ido a por ti.

Josefina le resumió como pudo cómo había transcurrido la persecución, deteniéndose solo cuando le hacía preguntas.

—¿Avisaste a Ricky? —le preguntó.

La chica intentó no sorprenderse de que conociese al chico del billar. Al fin y al cabo, ¿acaso no estaba él también en el Pockets?

—No —dijo, recordando que el primero a quien había pensando llamar era al inspector Gálvez.

—¿Por qué no?

—Me quedé sin batería en el móvil. —Era una verdad a medias, pero intentó decirla de modo convincente.

—Déjame tu teléfono.

Josefina entró en pánico. Iba a ver el registro de la última llamada, y ¿qué excusa tenía ahora? Con renuencia, comenzó a buscar en la mochila su móvil, pero no lo encontró.

—No lo tengo —dijo, preocupada, después de buscar en los diferentes bolsillos.

—¿Es posible que te lo hayas olvidado en casa?

La chica recordó que lo había dejado cargando la noche anterior.

—Sí, eso es lo que ha pasado. Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Solo quería grabarte mi número personal.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Y eso?



Armando giró la cabeza a su derecha, evitando confrontar sus ojos.

—Si vuelve a suceder algo parecido, quiero que me llames.

Movió la cabeza de nuevo para observar su reacción. Josefina estaba sin palabras.

—¿Crees que volverá a suceder?

—Es más que probable. Eres una testigo peligrosa.

—No tengo miedo. —Aquella frase sonaba muy audaz, pero realmente ella lo sentía así. Estaba preparada para la siguiente vez. Recordaba el tacto de la pistola en su mano.

—No sabes lo que dices.

—Entonces, ayúdame, Armando.

Fue el turno de él de mostrarse sorprendido.

—¿Qué quieres de mí?

—Entréname.

El hombre se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Ahora quieres aprender a tomar fotografías?

—No disimules. —Josefina frunció el ceño y se puso en pie, acusándolo con un dedo—: Tú eres un especialista. Eres un sicario, ¿verdad?

—Nunca he pronunciado esa palabra frente a ti.

—No importa, sé que lo eres. Tu hermano no te mantendría junto a él si fueras solo un fotógrafo. Sabes manejar un arma, seguro.

Sus miradas se enfrentaron durante unos largos minutos.

—¿Qué pretendes, Josefina?

—Resolver esta venganza por mí misma. Tengo capacidad más que suficiente. Pero hay alguna laguna en mi «formación» con la que tú me podrías ayudar.

—No sabes lo que estás diciendo, ni en qué mundo estás pidiendo introducirte.

—Sí, sí que lo sé. El mundo de Fernando, de Ricky, de Miguel.

Armando negó con un gesto.

—No, ese no es el mundo de ellos, por mucho que lo pienses. Ricky... bueno, él puede que sí, pero hay niveles más oscuros, mucho. Y cuando emprendas ese camino no habrá vuelta atrás.

—No me importa.

—¡Escúchame antes de decidir, maldita sea!

El hombre se levantó del asiento y se puso a la altura de la joven. Sin previo aviso, la cogió de un brazo y la empujó hacia él, hasta que sus rostros estuvieron tan cerca que Josefina pudo oler el aroma del café que se acababa de tomar.

—No hay vuelta atrás —repitió—. Y tú no serás la misma de nuevo. La Josefina que conozco morirá en este momento, si eso es lo que decides.

Había tan poco espacio entre ambos que ella ni siquiera podía asentir con la cabeza, así que tuvo que decirlo.

—Sí, es lo que quiero.

Y como si la pregunta hubiera sido otra, él cubrió la escasa distancia hasta sus labios y la besó.

No fue algo tierno ni romántico. Parecía más bien un acto desesperado, pero no le dio tiempo a protestar, porque acabó casi tan rápido como empezó.

—De momento, me conformo con esto —dijo Armando—. Mañana comenzaremos con tu primer entrenamiento.

Josefina lo contempló horrorizada. Acababa de percibir que aquel hombre no le iba a hacer ningún favor gratis. Si la ayudaba, le pondría un precio que no estaba segura de querer pagar.

Armando pareció leerle el pensamiento, porque se apartó de ella un par de metros.

—No tengas miedo de mí. No pienso obligarte a hacer nada que no

desees. Pero ese beso me lo debías. No puedes mirar a un hombre como llevas haciendo desde que me conociste y pretender que sea inmune a tu mensaje. Por lo menos, no a alguien como yo. Tenlo en cuenta para la próxima vez.

La joven no podía negarlo. Había observado a Armando con deseo, con una emoción que era algo más que pura atracción física. Así que sacudió la cabeza, recogió la mochila y se fue en dirección al gimnasio, a volver a desahogar su rabia. Aunque, al menos, algo iba a salir de aquel encuentro.

## Capítulo 18

—Buenos días, ¿cómo se encuentra el accidentado?

El inspector Gálvez había localizado por fin al presunto homicida en el University Medical Center. Se desplazó aquella mañana de viernes hasta allí, y al enseñar su placa en la recepción le indicaron que se encontraba en la URPA.

Una parte de él deseaba que el pronóstico del herido fuese grave. Que la naturaleza se cobrara la venganza que él no podía tomarse por su mano sin ser víctima de su conciencia o de la ley de los hombres.

—Disculpe —dijo la enfermera a cargo de la sala—. ¿Puede mostrarme su identificación?

El policía sacó de nuevo la placa y ella la tomó. Luego lo observó:

—¿Qué deseaba?

Gálvez leyó el nombre de la enfermera en su identificación y dijo.

—Buenos días, Marga. Creo que tenéis aquí un chico accidentado. Me gustaría saber cómo está.

Ella dirigió una rápida mirada hacia una cama que se encontraba justo enfrente y él siguió la dirección de sus ojos. Un joven, cubierto casi por completo por vendajes, estaba acostado en ella.

—¿Es aquel?

—Ahora está sedado. ¿Le busca su familia?

El inspector optó por no responder directamente.

—¿Cuál es su pronóstico?

—Favorable. Se recuperará.

—Bien.

Volvió a girar la cabeza, pero no hizo ningún intento de aproximarse. La tal Margaparecía vigilarlo como una leona a sus cachorros. Aun así, se dio

cuenta de que miraba su reloj de pulsera con cierto nerviosismo.

—¿Sucedo algo?

—Nada, es el cambio de turno. Ahora viene una compañera a relevarme.

El policía vio allí su oportunidad.

—Puede irse, yo me quedaré aquí unos minutos.

—Pero el paciente... —comenzó a decir ella.

—No se preocupe por él. Solo deme su informe médico y lo leeré mientras espero a que llegue su reemplazo.

Ella pareció dubitativa, pero le buscó el informe en el ordenador y se lo imprimió. También sacó una copia de una autorización, que el inspector firmó con diligencia. Habían pasado cinco minutos y el nerviosismo de la enfermera iba en aumento.

—Está bien, me iré. Le dejo a su cargo.

Él asintió y se quedó junto al mostrador leyendo. En un tiempo récord, Marga recogió sus cosas del escritorio y se puso una ligera rebeca sobre el uniforme.

—Muchas gracias.

Cuando el policía se quedó solo no dudó en acercarse a la cama donde estaba el chico. Parecía dormido, pero la enfermera le había dicho que era la consecuencia de los sedantes que le estaban administrando. Le puso una mano en el hombro y lo zarandeó hasta que abrió los ojos.

—Buenos días, muchacho, ¿me escuchas?

El chico parpadeó y luego abrió mucho los ojos al ver el uniforme de Policía.

—¿Puedes decirme cómo te llamas? ¿Sabes por qué estás aquí?

El joven no contestó, y comenzó a revolverse en su cama emitiendo una especie de sonidos guturales que Pedro no consiguió descifrar.

Una voz a espaldas del policía exclamó:

—¿Qué está haciendo aquí?

Era su padre, el doctor Gálvez, que pareció tan sorprendido como él de encontrarlo allí.

—¡Pedro! No me has avisado de que venías.

—Es pura rutina de trabajo.

Su padre lo miró un instante, y luego al chico que se revolvía en la cama.

—Me he dado cuenta de que le estabas haciendo preguntas al paciente. Eso es contraproducente en su estado, ¿entiendes? Yo te avisaré cuando sea posible interrogarle.

Pedro lo observó con cierto aire de fastidio y asintió con un gesto. Se alejó de la camilla, y aunque su padre parecía dispuesto a preguntarle, el aviso de una enfermera, indicando que había un caso de urgencia, evitó que insistiera, ya que tuvo que salir de la sala. El policía miró por última vez al ocupante de aquella cama. Era en ese momento o quizá no tendría otra oportunidad. Se acercó a la cabecera y el joven lo observó con los ojos muy abiertos. «¿Será capaz de leer en mi rostro que no pretendo nada bueno?», pensó Gálvez. Y eso le hizo dar dos pasos hacia atrás.

En ese momento, la enfermera del siguiente turno hizo por fin su aparición. El inspector le explicó que la anterior ya se había ido y él mismo se despidió con prisa. No quería levantar sospechas.

\*\*\*

—¿Vuelves a irte?

Josefina estaba sentada frente a su padre, en la pequeña cocina-comedor, y detuvo el gesto de morder la *pizza* que habían encargado para la cena de aquella noche cuando oyó que su padre se iba el fin de semana.

—Sí, me voy a ver a tus abuelos.

Tomás miró un instante a los ojos de su hija, pero no llegó a preguntarle si deseaba acompañarlo. Conocía la respuesta.

—He hablado con la madre de Olivia —prosiguió—. No hay inconveniente en que duermas allí.

Del mismo modo que Tomás sabía que Josefina no deseaba ir a Pueblo Nuevo, ella no se molestó en preguntarle si podía quedarse sola en casa. Su padre jamás lo hubiera permitido. Así que hizo un gesto de afirmación con la cabeza y dijo:

—Vale. Dales recuerdos.

—Lo haré.

Tomás se fue a la mañana siguiente, después de acercar a su hija a la casa de Olivia. Se dieron un fugaz beso en la mejilla, algo que era un avance en su relación desde la muerte de la madre.

Cuando se alejaba en el coche, Tomás miró un instante por el espejo retrovisor la imagen de Josefina, detenida en medio de la calzada. Le pareció más desamparada que nunca, una versión añorada de su mujer, con tanta insolencia en su exterior como inseguridad interna. Tuvo el impulso de dar media vuelta, pero él también necesitaba su propio consuelo. Quería desahogarse con los que habían sido sus guías en sus peores momentos y hallar la luz para tomar la decisión correcta.

\*\*\*

En la siguiente visita al hospital, aquel sábado, el inspector Gálvez iba preparado. Se había informado previamente del estado del sospechoso: no iba a poder interrogarlo, pero al menos le permitirían verlo.

De nuevo se encontró con aquella enfermera llamada Margarita, que le dedicó una sonrisa tímida. Gálvez sabía que su superior había llamado previamente al hospital para avisar de que él iría.

—Inspector, el joven está despierto, pero preferimos que no le interroge hasta que veamos el alcance de su conmoción.

—De acuerdo.

Estuvo toda la mañana junto al paciente, esperando conocer los resultados de las pruebas y ver si en algún momento le permitirían hablar con él. Las horas pasaban y Gálvez se temía que iba a regresar a la subdivisión sin ninguna pista, hasta que llegaron dos enfermeros que se dispusieron a cambiar los vendajes del chico.

Él se hizo a un lado, pero observó con curiosidad la operación. Tardaron más de media hora porque eran numerosas las vendas que le cubrían, pero cuando vio que estaban manipulando las del brazo se acercó un poco para comprobar un dato.

Sí, no había duda. Aquello era un tatuaje, y no tuvo reparos en decir a los enfermeros que debía sacar una foto, algo que hizo de inmediato con el móvil. Había conseguido una pista, y ya no hacía falta que permaneciese allí.

Se despidió de la enfermera, envió las fotografías al subcomisario y lo llamó una vez fuera del hospital.

—Podemos averiguar algo de la pandilla a la que pertenece gracias a los tatuajes —indicó.

—Dame quince minutos para que tus compañeros las comparen con imágenes de archivo.

Pedro esperó la llamada sentado detrás del volante de su coche. Por enésima vez en aquellos días transcurridos desde la visita de Josefina a la comisaría, se entregó a recordar su rostro, los gestos de la chica, toda su fisonomía. Y también, por enésima vez, se preguntó si su obsesión era sana, si era una simple atracción física o quería algo más de ella. Josefina, en algunos aspectos, seguía siendo una niña, y él no deseaba acabar con aquella inocencia. ¿Cómo reaccionaría si él se le insinuaba? Quizá solo consiguiera que se distanciase, escandalizada. ¿Sería ella capaz de ver más allá del uniforme y contemplar al hombre?

Una llamada de teléfono interrumpió sus elucubraciones. Era el



subcomisario.

—Gálvez, vaya a esta ubicación que le envío. Una patrulla va también hacia allá.

El inspector comprobó las indicaciones en el móvil y se dirigió a una de las zonas del barrio de Santa Rosa. Conforme se adentraba en las calles, estas le ofrecían el panorama de casas con las ventanas desvencijadas y los muros llenos de pintadas. Había una cancha de baloncesto, donde media docena de chicos jugaban a tiros libres.

Estacionó en las inmediaciones y esperó a la patrulla. Cuando reconoció el coche —no habían ido en el de policía para evitar que salieran corriendo—, y vio que sus ocupantes, dos agentes de paisano, se acercaban a los chicos, salió del auto. Iba de uniforme y no quería espantarlos. Los chicos habían hecho un corrillo alrededor de los otros dos hombres y los miraban, nerviosos. Aun se inquietaron más cuando lo vieron acercarse, pero no se atrevieron a salir corriendo.

—¿Puedes contarme algo de ese tatuaje? —indicó uno de sus colegas señalando el brazo de uno de ellos. El dibujo era idéntico al del joven que estaba ingresado.

Nada más acercarse, Gálvez se dio cuenta de que ninguno de ellos coincidía con la descripción de los agresores del Súper de Anita.

—¿Cuál de todos? —dijo un poco fanfarronamente el interrogado, al tiempo que se levantaba la camiseta y mostraba toda una exhibición de dibujos.

—No nos hagas perder el tiempo —intervino Gálvez fijando los ojos en ellos con seriedad.

A pesar de la juventud del inspector, el uniforme y el rostro impertérrito conseguían el efecto de imponer su autoridad. Los chicos lo observaron, pero no supieron sostener su mirada y acabaron contemplando el suelo.

—Veo que ya no estamos tan graciosos. A lo mejor, podemos empezar a entendernos. ¿Qué tal una visita a la comisaría?

—No nos puede arrestar, agente. No hemos hecho nada.

—Eso —apostilló otro—. Conocemos nuestros derechos.

El resto coreó su defensa, pero el inspector Gálvez decidió continuar adelante.

—Estamos en el curso de una investigación; no es una detención, es un interrogatorio.

En el último instante, decidió no llevarse a nadie. No iba a sonsacarles nada, su lealtad a la pandilla sería mayor que cualquier amenaza que pudiera hacerles. En todo caso, solo lograría crearles problemas a los chicos con sus colegas, si estos sospechaban que habían dicho algo inconveniente.

—Os dejo seguir jugando por hoy. —El inspector cogió el balón de manos de uno de los jóvenes y efectuó un tiro a la canasta. El balón se encestró limpiamente.

Hizo un gesto a sus compañeros policías y se despidió.

Cuando se dio la vuelta, los chicos se dispersaban. Con seguridad, no querrían quedarse a comprobar si cambiaba de opinión.

## Capítulo 19

Olivia contempló a su amiga mientras ambas veían la televisión en el dormitorio de la primera. Era sábado por la noche y habían puesto Netflix para ver alguna comedia. La madre de Olivia llamó un par de veces al dormitorio para comprobar que no estaban con alguna película poco aconsejable, pero después de la segunda visita decidió que podía fiarse de ellas.

—¿Desde cuándo te vigila tanto?

—Desde que me pilló viendo *Cincuenta sombras de Grey*.

—¿La película?

Olivia asintió.

—¿Estaba bien?

—Floja. El libro es mucho más descriptivo.

—¿Te lo has leído? Mi padre me mataría.

—La mía también si llegara a enterarse —dijo y rio la amiga—, pero es que da la casualidad de que el libro lo tenía mi madre. En su cuarto de baño, escondido debajo de las toallas de repuesto. —Bajó la voz—: Y había páginas bastante señaladas.

—Eres una perversa, Olivia. Pensar que mi padre me deja venir contigo porque te cree una buena compañía...

Ambas rieron.

—Bueno, aunque tenga dos años menos que tú, soy lo bastante mayor como para saber que lo que se cuenta en esa novela es pura ficción. Tendrías que haber escuchado el rapapolvo moral que me largó mi madre. ¡Será falsa! Después de que ella tenía el libro más que sobado de releerlo.

—A lo mejor se lo prestaron ya así. No saques conclusiones.

Olivia se quedó pensativa un instante.

—Pues no lo había pensado. De hecho, tendría bastante sentido.

—Claro —dijo Josefina—. Y lo estaba leyendo para aconsejarte sobre lo que no debes leer. —Le guiñó un ojo a Olivia.

—¡Por supuesto! —dijo esta, risueña—. Y como me he adelantado a ti, puedo decirte que no merece la pena que gastes tiempo ni en el libro ni en la peli.

—No pensaba, la verdad.

Fue en ese momento cuando Olivia la contempló con cierto aire de conspiración.

—Venga, puedes contármelo. Sabes que siempre te he cubierto.

Josefina se giró para mirarla con extrañeza.

—¿De qué hablas?

—De él. Del hombre con el que sales.

—No salgo con nadie.

—No es lo que dicen.

—Olivia, no sé qué es lo que murmuran, pero te digo la verdad. No estoy con nadie. Lo de Miguel se terminó, y no tengo intenciones de comenzar algo con otra persona.

Su amiga frunció el ceño y dejó caer la cabeza en la almohada.

—Estás faltando mucho a clase.

—Es cierto, pero no para escaparme con un chico.

—Te han visto entrar en casa de un hombre.

Josefina se quedó callada. Eso no podía negarlo. Había ido a casa de Armando más de una vez, aunque jamás supuso que alguien la pudiera controlar.

—Sí, lo he hecho. Pero no es mi novio ni nada parecido. No hay sexo entre nosotros.

Olivia la miró con interés.

—¿Te has dado cuenta de cómo lo has dicho? Lo has dicho como con... lástima, como si lamentaras que fuera así.

Josefina suspiró y echó la cabeza hacia atrás.

—El último día que nos vimos me besó.

—Eso es bueno, ¿no?

—No estoy segura. Él me gusta, pero...

Olivia le dio un codazo para que continuara la frase.

—Pero también me impone, Oli. Más que una caricia fue un acto de dominación. Y si algo tengo claro es que no quiero ser el juguete de ningún hombre.

—Entonces deberías dejar de verle, ¿no?

Josefina asintió.

—Sí, supongo que debería.

«Pero no voy a hacerlo», completó en su pensamiento.

\*\*\*

—Ha sido una homilía muy inspiradora, ¿verdad?

El padre de Tomás miraba a su hijo mientras almorzaban. Acudieron a su parroquia de siempre a la misa dominical, pero el padre se había percatado del extraño silencio de su hijo. Con el habitual intercambio de miradas cómplices con su mujer, intentaba dar conversación en la mesa, pero Tomás no parecía muy receptivo.

—¿Ah, sí? —dijo este—. Creo que me distraje.

—Era la parábola del hijo pródigo. Esa me encanta. El vástago que lleva una mala vida, pero que al final regresa a casa.

Tomás alzó los ojos del plato.

—¿Sí? ¿En serio era esa? También es mi favorita. Cuánto siento no haberme enterado.

La madre le tomó una mano y contempló a su marido. Sabían que su hijo

estaba con la cabeza en otras cosas porque ni siquiera había dado muestras de reconocer a la pobre Gabriela, la vecina, que se arregló especialmente para que Tomás se fijara en ella, avisada de que este vendría.

—Quizá estabas pensando en Josefina. ¿No es cierto?

—Siempre pienso en ella. Viene con el puesto de padre. —Tomás intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—¿Vuestra relación no mejora?

—Ahora hemos llegado a un estado de indiferencia. Incluso le ofrecí ayuda para independizarse si dejaba la pandilla, pero no debió ser suficiente estímulo.

—¿Ha sucedido algo?

En pocas frases, les habló del joven que intentó disparar a su hija.

—¡Eso es horrible! —exclamó escandalizada su madre—. Debes sacarla de allí cuanto antes.

—Si la obligo a venirse a Pueblo Nuevo me odiará.

—Y si la dejas allí —remachó el padre—, puede que la próxima vez no tenga tanta suerte.

Tomás apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cara con ambas manos.

—¿Y si ya es demasiado tarde?

—Mientras estés a su lado —dijo su madre apretando con fuerza su antebrazo—, jamás es demasiado tarde.

Tomás los escuchó hablar intentando llenarse del optimismo que traslucían sus palabras. El que intentó asesinar a su hija sobreviviría. Ya había sufrido suficiente. Perder a Melissa, saber que ella le ocultaba un secreto como su adicción, el distanciamiento de Josefina...

Él creía que ya era demasiado tarde para su hija. Había sido culpa suya, por no estar más pendiente. Lo mismo sucedió con Melissa. No sabía cuidar de los suyos, y si eso era cierto, ¿por qué Dios le había permitido formar una

familia? ¿Por qué no encontraba la respuesta a sus problemas?

\*\*\*

—Oli, ¡no me puedo creer que no me lo contaras anoche! Tanto preguntarme si tenía novio... y tú no me hablas del tuyo.

Josefina y su amiga habían ido al centro comercial el domingo por la tarde, antes de que la madre de Olivia llevase a la primera de regreso a casa para esperar a su padre, que llegaba ese día de Pueblo Nuevo.

No había muchos sitios divertidos abiertos en domingo y que los padres de Olivia les permitiesen, así que el centro comercial, justo en el límite entre Pueblo Viejo y Pueblo Nuevo, era la mejor opción. Se llamaba Miramontes, igual que la carretera multicarril.

Acababan de tomarse un batido de frutas con mucha nata por encima, y la amiga de Josefina aprovechó para confesarle que ella tenía otros motivos para querer venir al centro comercial: había quedado allí con su novio, y esperaba que a la otra no le importase darles un tiempo a solas.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —preguntaba Josefina, intentando recordar en qué momento su amiga se había comportado de modo extraño.

—Le conocí mientras salías con Miguel. Como ya no me hacías caso —dijo haciendo una mueca simpática—, tuve que buscarme compañía.

—¿Quién es?

—No le conoces. Se llama Héctor y trabaja en la cafetería que está enfrente del Copper High School. Se está sacando el bachillerato nocturno.

—¿Trabaja de camarero?

—Ni siquiera eso. Es el chico de los recados. Trae las provisiones, barre el local, hace arreglos... un poco de todo. La cafetería es de su tía.

Josefina silbó.

—Creo que hace meses que no voy allí. No sé quién es. Pero me alegro por ti.

—Vamos despacio —informó Olivia—. Aunque tampoco es que tengamos mucho tiempo para vernos. Los recreos, alguna clase que me salto y estas citas en el centro comercial, en las tardes que no trabaja. Así es difícil ir deprisa en una relación.

—Oye, pues si quieres pasa toda la tarde con él. Yo puedo entretenerme en algo. Ir al cine, no sé.

El rostro de Olivia se iluminó. Parecía que era eso exactamente lo que había querido pedirle a su amiga desde el inicio.

—¿De verdad lo harías? No sabes cuánto te lo agradezco.

Y la propuesta pareció llegar justo a tiempo porque en ese momento apareció un chico alto y desgarrado, con pelo rojizo y un flequillo que le tapaba parte del rostro pecoso.

—Héctor, mi mejor amiga, Josefina. Aquí tienes a Héctor. —Olivia hizo las presentaciones.

Su amiga pensó que no podían encajar mejor. Olivia tenía una bonita melena castaña que se aclaraba en verano hasta parecer cobriza, piel muy blanca y ojos pardos. El chico era una versión masculina de Oli, hasta el punto de que hubieran podido pasar por hermanos.

—Hola. —El saludo de Héctor fue tímido, pero aun así no tuvo reparos en besar ligeramente a su novia en los labios.

Conversaron apenas un minuto porque Josefina se escabulló en cuanto tuvo oportunidad.

No pensaba perder el tiempo hasta que la madre de Olivia las recogiese. Se le ocurrió una idea mientras paseaban por el centro comercial. Uno de los pocos negocios que abrían ese domingo era un chico que arreglaba zapatos y hacía copias de llaves. En su negocio también vendía herramientas, y le parecía que era un buen momento para proveerse de ciertos «esenciales», y eso fue lo que hizo. Sacrificó parte de sus ahorros en adquirir una llave



*bumping*, un juego de ganzúas, un rollo de alambre, unos alicates y una llave hexagonal. Con todo aquello, y unas horquillas que le cogió «prestadas» a Olivia, no habría puerta que se le resistiera, y estaba segura de que tarde o temprano iba a necesitar esa habilidad.

\*\*\*

—Es una especie de ouroboros —dijo Arredondo.

—¿Y eso qué es? —preguntó Tomás con sorpresa.

Al llegar el lunes al trabajo, el enfermero se encontró con su amigo y colega, y este no tardó en decirle que había alguien de una pandilla ingresado en la URPA.

Tomás decidió disimular, aunque Marga podría ponerlo en un apuro si comentaba su visita allí. Así que oyó toda la información que Alfredo le estaba dando como si fuera nueva. Sabía lo de los tatuajes por otro compañero que estaba en el turno de urgencias cuando el chico ingresó, pero no lo había relacionado con una pandilla.

—Le trajeron el miércoles por la noche —dijo Arredondo—. Le habían atropellado y casi no lo cuenta. Como lo vendaron como a un faraón, tampoco se fijaron en el detalle. Pero el poli lo vio a la primera.

—¿Qué poli? —Tomás intentaba seguir el hilo de la conversación.

—El hijo del doctor Gálvez. Pedro, creo que se llama. Vino a ver al paciente porque estaba buscando a un pandillero, y mira por dónde.

—Alfredo, no te sigo.

—Que era él; un pandillero, quiero decir. El hijo de Gálvez estuvo delante mientras le cambiaban las vendas y sacó fotos cuando vio el tatuaje. Me lo contó Enrique. Y yo también lo he visto esta mañana, cuando he ido a hacer un cambio de vendajes. Es un ouroboros.

—¿Y eso qué es? —preguntó entonces Tomás con sorpresa, impactado con cada nueva pieza de información que su compañero le soltaba.

—Un ouroboros es una serpiente que se muerde la cola. Es circular. Y, en este caso, también es el símbolo de una de las pandillas de Pueblo Viejo. Una que tiene su radio de acción en Santa Rosa.

Tomás contempló con admiración a su compañero.

—¿Cómo es posible que sepas tanto, Alfredo?

Este se encogió de hombros.

—Soy observador —dijo con modestia—. Me gusta fijarme en los detalles.

—Serías un buen policía —comentó el otro.

Arredondo hizo una mueca.

—Prefiero ser enfermero. Me parece que ambos trabajos son vocacionales, pero elijo el mío.

—Yo también, aunque claro, tampoco sirvo para nada más.

—¿Estás seguro? —La mirada del enfermero era inquisitiva.

—Sí, claro.

—Hubo un tiempo en que no fue así —le dijo Alfredo.

—Eso es tiempo pasado, y lo sabes bien.

—En todo caso, siempre puedes retomarlos si quieres.

Tomás negó con la cabeza.

—Fue una necesidad del momento. He elegido bien mi profesión, y no me arrepiento.

Arredondo estudió su rostro como si pudiera leer la veracidad en su respuesta, y Tomás se giró para esconder cualquier signo que lo delatara.

No pensaba echar por la borda en cinco minutos los veinte años que llevaba dominándose.

\*\*\*

—Estoy lista.

Nuevamente Josefina había elegido faltar a las clases del instituto. El

entrenamiento con Armando era su nueva prioridad. Se había ataviado con prendas deportivas, intentando que fueran lo menos llamativas posibles. No deseaba que él creyese que quería llamar su atención. Por una parte, no le hubiera importado que él la besara de nuevo si fuera una caricia más parecida a los besos de Miguel, y no aquel roce brusco con el que la asustó; por otra parte, le parecía que era añadir preocupaciones a las que ya tenía en ese momento. ¿Y si se enamoraba de Armando y eso la llevaba a decidir quedarse en Pueblo Viejo? Debía recordar quién era él: hermano del jefe de un cártel. Ella tenía que salir de ese ambiente lo antes posible. Lo haría cuando se cobrase su venganza por el asesinato de Anita.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en lo que había sucedido aquel día. Recordaba que intentó sonsacarle a su amiga cierta información sobre un hombre que estaba interesado en ella. Buscaron la cinta de grabación y comenzaron a verla. Luego llegó aquel chico con su billete imposible de cobrar y ella se fue al bar de Rafael. Al regresar se cruzó con los chicos y tuvo un mal presentimiento. Finalmente, llegó la pesadilla al ver el cadáver de Anita. Recordaba también la voz acariciadora del inspector Gálvez, la tarjeta que le entregó, la forma en que la miraba. Era atractivo, mucho. De un modo diferente a como lo era Armando, aunque latiera la misma fiereza en los ojos de ambos.

Deseo. Una emoción capaz de generar actos irracionales. También un motor para destruir o construir. Ella se había olvidado de la cinta durante esos días, pero ahora regresaba a su pensamiento. Debía de tenerla la policía. Quizá estuviese en poder del inspector Gálvez. ¿Podría conseguirla? Solo había dos modos de conocer el contenido de aquella conversación: por la cinta o de labios del propio Fernando. Aunque esta segunda posibilidad no era factible. Ni siquiera sabía dónde encontrarlo. Pero quería saber quién era la persona que la deseaba. Alguien poderoso. ¿Quizá Eddy, el jefe del cártel?

De camino a la casa de Armando recibió una llamada al móvil, y vio que era el número de su padre. Asustada, respondió, aunque se suponía que estaba en clases.

—¿Qué ocurre, papá?

Tomás Hernández puso a su hija al corriente de la conversación que tuvo con Arredondo. Le habló del tatuaje y de la zona donde se reunía la pandilla, en una de las canchas de baloncesto del barrio de Santa Rosa, según le comentó este.

—Ten cuidado con esa gente —le dijo a su hija.

—No te preocupes por mí, papá.

Le mandó un beso de despedida y colgó. Estaba llegando a la casa de Armando.

—Estoy lista —fue su saludo al hombre en cuanto este le abrió la puerta.

—Veo que sigues decidida. Pasa —dijo.

En la hora siguiente, Armando le enseñó varios movimientos de defensa. Golpes directos empujando la cadera y el puño, impactando con los nudillos; patadas frontales hacia la ingle, patadas de rodilla, ataques desde el suelo. La mayoría los practicaba ya gracias a sus entrenamientos deportivos, así que pronto cambiaron de tercio. Por una parte, estaba la práctica de tiro; también le habló de cómo debía aprender a escalar y saltar a rapel; por último, debía aprender a conducir todo tipo de vehículos y saltar de ellos en movimiento.

—Otra habilidad que te será útil es aprender a enfrentar emboscadas y detectar asaltos sorpresa. Lo que más te ayudará, en cualquier caso, es el arte de ser invisible.

—No estarás pensando en una capa de la invisibilidad, ¿verdad? —comentó Josefina socarronamente.

—No —dijo él sin seguirle el tono de humor—. Hablo de ver sin ser vista. Y te puedo asegurar que tus contrincantes te llevan años de experiencia

en ese arte.

—Entonces tendré que practicar.

Armando la escrutó con un gesto peculiar.

—Debo decirte algo más.

—¿Sí?

—Eres una mujer. No lo olvides.

—Qué observador —ironizó Josefina intentando controlar su enfado.

Él pareció darse cuenta.

—Si este es el camino que deseas emprender, acabarás luchando con todas tus armas. Y tu aspecto físico, la atracción que provocas en otras personas, puede ser también un recurso cuando otros fallan.

—¿A ti te parezco atractiva? —preguntó ella sin poder evitarlo.

Armando no sonrió. Su mirada parecía haberse vuelto más oscura.

—Sabes que sí. No juegues conmigo. Te sometería aquí mismo si no fuera porque he prometido dejar que seas tú quien tome la iniciativa. Me excita mucho más. —Josefina abrió los ojos con desmesura al oírlo—. Pero que no te quepa duda: acabaremos siendo amantes.

Algo en la mirada del sicario impidió que ella le replicase. De repente, la atmósfera se había vuelto densa e irrespirable.

Se despidió, y cuando salía se dio cuenta de algo. No le había contado a Armando lo del tatuaje ni el resto de información que le dio su padre. ¿Sería por el efecto que le causaron sus palabras? No. En el fondo, lo reconoció para sí misma, lo único que sucedía era que deseaba ser ella quien llevase a cabo la *vendetta*.

## Capítulo 20

La subestación de Policía de la División Sur estaba en plena ebullición en ese momento. Josefina descendió de la bicicleta y la dejó atada con una cadena a un poste, en el aparcamiento reservado al público. Probablemente no había otro lugar con más vigilancia, exceptuando quizá a la subestación de la División Norte. Sin embargo, su propósito no era ocultarse de las cámaras, sino llevar a cabo su misión delante de todas ellas.

Enfiló el largo pasillo hasta llegar a la oficina que había visitado apenas tres días antes.

—¿Podría hablar con el inspector Gálvez? —preguntó al policía sentado más cerca de la puerta.

Este dirigió la mirada hacia el despacho acristalado; estaba vacío.

—Me temo que no se encuentra aquí.

—¿Podría localizarle, por favor? —El rostro de Josefina era una máscara de inocencia.

—Claro —dijo el agente, ablandado—. Espere aquí un momento.

En cuanto el policía salió de la sala común, ella se dirigió sin titubeos a la mesa más cercana al despacho acristalado. Había una mujer policía sentada detrás de ella, y alzó la mirada con gesto interrogante cuando Josefina se acercó.

—Buenos días, señora agente. Estuve aquí el otro día, reconociendo rostros. Me han dicho que podría ver algo interesante en las grabaciones de la tienda.

—¿Las grabaciones?

—Las cintas de seguridad. Creo que se las trajeron del Súper de Anita, ¿no es así?

—¡Ah! Ahora sé a lo que te refieres.

—El inspector Gálvez opinaba que podía ser una buena idea que las vieses.

—Sé que quería que las vieses, pero no me ha avisado de que ibas a venir.

—En realidad, debería estar en clase —reconoció Josefina—. No creo que el inspector pensara que iba a aparecer aquí esta mañana.

—Te comprendo, pero debes visionarlas con supervisión.

—No hay ningún problema.

La mujer policía asintió y abrió la puerta del despacho acristalado, y luego, un cajón del que extrajo unas cintas en formato VHS.

—Puedes ir a la sala de informática, aquí al lado. Hay un agente en la puerta. Le avisaré por el remoto.

Ella le dio las gracias, y luego se acercó al policía al que había preguntado primero.

—¿Pudo hablar usted con el inspector Gálvez?

—¡Ah, sí! Iba a comentártelo, pero de repente ya no estabas aquí. He hablado con él, y me ha dicho que si quieres verle, él calcula que llegará sobre la una de la tarde.

Josefina consultó el reloj. Eran las once pasadas. Tendría que darse prisa con las cintas.

—Muchas gracias —le dijo al policía.

En la puerta le aguardaba el agente de la sala de informática. La condujo a la estancia, donde en una mesa doble se alineaban una serie de ordenadores. Estos estaban separados en diferentes compartimentos individuales por paneles de madera a ambos lados, lo que permitía no distraerse con lo que hacía la persona del puesto contiguo. El policía le preparó una de las pantallas, los cascos y el reproductor de vídeo. Josefina nunca había visto un aparato de aquellos; lo más parecido era el viejo aparato del Súper. Se sentó a la mesa y observó las tres cintas que le dejó la agente. Dos de ellas se

correspondían con el día del asesinato, la tercera era la que Anita le buscó para que oyese la conversación de Fernando con el desconocido.

Fue avanzando rápido la reproducción del vídeo, hasta que llegó a una escena, sucedida a las tres de la mañana, en la que sonaba el móvil de Fernando y este se acercaba a la mesa donde lo había dejado. El chico se sentó en una silla para contestar la llamada.

—¿Diga? —se oyó decir a Fernando.

—...

—¡Ah! Eres tú. ¿Por qué usas eso de la llamada oculta conmigo, tío?

—...

—Vale, vale, ya sé que tengo mucho que aprender. ¿Qué querías?

—...

—Sí, ningún problema con Josefina.

—...

—¡Pero si no la conozco! Es mi madre la que es su amiga.

—...

—No, tío. No me vaciles. Es verdad que está buena, pero qué quieres que te diga. Melissa era un bombón... reconócelo. A ti también te gustaba más que la hija. —Rio.

—...

—Somos unos degenerados. Teniendo en cuenta cómo acabó... Nunca voy a poder olvidar que me obligaste a cerrarle los putos ojos.

—...

—Supongo que es mejor que pasara así. Aunque al Boss se lo llevaran los demonios. Con lo cerca que estuvo de tener a Josefina. Podría haberse quedado con la madre, pero no, quería a la hija. —El gesto de Fernando se tornó serio. Se incorporó del asiento.

—...



—¡Te juro que no he dicho nada! ¡Nada, tío! Me lo contaste en confianza, y yo soy de ley.

La llamada finalizaba ahí; se suponía que el interlocutor había cortado la comunicación con enfado.

Josefina tenía los ojos arrasados en lágrimas. Y llorar era algo a lo que había renunciado, supuestamente. Pero había mucha información en aquella cinta; era como si le hubieran quitado una venda de los ojos. ¿Hasta qué punto intuiría Anita que Josefina estaba involucrada en una pandilla? Y, no obstante, fue maternal hasta el punto de querer advertirle sobre aquel hombre que la quería como amante.

¡El Boss! Su corazonada era cierta. Era ese malnacido el que andaba detrás de ella. Debía ser Eddy, el hermano de Armando. Pero había algo detrás de esas conversaciones que no terminaba de comprender. Sonaba como si Fernando conociera muy bien a su madre. ¿Y qué era eso de que le cerró los ojos? ¿La había visto muerta? Eran demasiadas preguntas, pero sabía a quién hacérselas. Aunque no le gustara contestar.

\*\*\*

—Decidme que no sois tan estúpidos como me estáis pareciendo ahora.

Ricky y Fernando estaban reunidos en la casa del Boss, poniéndolo al corriente de las últimas novedades. Era la primera vez que Fernando asociaba aquel nombre a un rostro, lo que suponía una muestra de confianza dentro de la pandilla. Ni Toni, ni Marcelo, ni Miguel, por citar a algunos, sabían cuál era la verdadera identidad del Boss. Pero después del asesinato de la madre de Fernando, este parecía haberse ganado una reputación por su modo de actuar. La policía nunca llegó a hablar con él porque, sencillamente, había desaparecido. No quería exponerse a que lo sometieran a un interrogatorio. Y, de momento, seguía oculto y trabajando para la pandilla.

Pero esa mañana Ricky y Fernando habían recibido un chivatazo de la

comisaría del Distrito Sur de Pueblo Viejo. La policía tenía unas cintas en su poder que podían ser comprometedoras, y al menos dos personas las habían visto: el inspector Gálvez y Josefina, que las solicitó aquella mañana.

—Fernando, te creía más inteligente. ¿Cómo es posible que no te hicieras con las cintas?

—Eran una pista para la policía.

—¡Precisamente por eso! —rugió el Boss—. Todas esas grabaciones nocturnas indican tu nombre como el letrero luminoso de un puticlub.

»Ellos solo necesitaban las cintas de la mañana —continuó diciendo—. Pero les has dejado material más que suficiente para que te incriminen a ti y a Josefina.

Ricky comprendió en ese momento por qué el Boss estaba tan cabreado. Probablemente le fastidiaba tanto porque ponían en riesgo a su «preciosa» jovencita.

—¿Qué tienen las cintas? ¿O sois tan inútiles que aún no lo sabéis?

—Solo tienen tres —dijo Ricky—. Y dos de ellas son del día de... —No se atrevió a decir asesinato delante de Fernando.

—¿Y la tercera?

Ambos se miraron. Fernando sospechaba cuál era la cinta que su madre estaba viendo en aquel momento. El día posterior a la llamada de Ricky, cuando este se enfadó porque lo creyó un indiscreto al decir en alto que el Boss estaba obsesionado con Josefina, su madre le había preguntado por Melissa.

Al inicio se sorprendió; nadie sabía que él y Ricky conocían a la señora Hernández, mucho menos que eran sus proveedores. Pero su madre parecía bastante segura de que la conocía.

—No lo niegues —dijo—. Tú has dicho que te parecía muy atractiva.

—La he visto alguna vez de lejos. Y sí, estaba cañón. Pero vaya

preguntas que me haces, madre. Si la pobre diabla está muerta.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Y dónde la has visto exactamente? Ni siquiera tratas con Josefina, ¿cómo vas a conocer a su madre?

—Trabajaba en el hospital —dijo Fernando, inspirado de repente—. Como su marido. La vi allí.

—¿Y tú qué hacías allí?

Estaba claro que no iba a librarse del interrogatorio de una manera airosa, así que decidió zanjarlo por las bravas.

—Madre, tengo veintiún años. No me interrogues.

Y, sorprendentemente, consiguió que dejara de hostigarlo. No había vuelto a pensar en aquella conversación hasta el chivatazo que les dieron desde la comisaría a Ricky y a él aquella mañana. Su informador les dijo que una chica —y describió a Josefina— fue a ver unas cintas; el topo también se tomó la molestia de averiguar el contenido de ellas. La que les había preocupado a ellos era la tercera porque no pertenecía al día del robo, y podía mostrarse a Josefina escondiendo las entregas o las escapadas nocturnas de Fernando.

Pero al saber la fecha de la cinta, el hijo de Anita comenzó a atar cabos. Era la noche en la que habló con Ricky, cuando él se enfadó porque Fernando se pavoneó de saber aquel «secreto» del Boss: su encaprichamiento por Josefina y el dilema en el que había puesto a Melissa a causa de ello.

Fernando no conocía a la joven, salvo algún vistazo de lejos. Le había parecido una copia sencilla de la deslumbrante belleza de la madre. Melissa, sin maquillarse apenas, era realmente guapa. Tampoco entendía qué había visto ella en Tomás Hernández. No era alto, tampoco musculoso, y sus facciones eran normales. Pero estaba enamorada de él, de eso nunca tuvo duda. La piropeaban de modo constante, y no hacía caso; solo tenía ojos para

su marido. Debía de ser muy buena gente, pensaba Fernando, para haberse podido hacer una mujer así, y mantenerla.

Cuando Melissa comenzó su adicción, tanto Ricky como él procuraron convertirse en sus proveedores. Era triste decirlo, pero en determinadas etapas del «enganche» la persona podía llegar a hacer cualquier cosa por conseguir la *Cristina*, o lo que fuera. Y, en secreto, ambos anhelaban el día en que ella decidiera entregarse a uno de los dos para seguir teniendo lo que deseaba. Era despreciable aquella actitud, pero suministrar droga gratis también hubiera sido un riesgo.

En todo caso, el sentimiento que prevaleció cuando Ricky y él descubrieron que Melissa se había suicidado no fue la lástima. Lo que contemplaban era un despojo de la hermosa mujer que habían deseado meses atrás. No solo ya no era atractiva, sino que se convirtió en un problema gordo. Morir de una sobredosis volvía a hacer saltar las alarmas sobre el consumo de drogas en Pueblo Viejo, y eso significaba problemas para el negocio. Y si tenían problemas, él, Fernando, no conseguiría ahorrar para salir de su casa llevándose a su madre.

Después de la muerte de Melissa, un día Ricky tuvo el arrebató de contarle el «secreto» del Boss, y experimentó dos tipos de reacciones. Euforia por descubrir una debilidad de quien siempre estaba poniéndoles la bota en el cuello; y temor, porque si algún día el Boss llegara a saberlo, estaba seguro de que no vacilaría en prescindir de él.

En ese momento, viendo el terrible enfado del Boss, comprendía hasta qué punto Josefina le interesaba. Por mucho que Fernando y él no compartiesen su punto de vista, lo cierto era que su jefe estaba obsesionado con una chica casi salida de la adolescencia. Y no era un capricho pasajero. Por lo visto, llevaba meses detrás de conseguirla.

La forma fácil hubiera sido la que ideó el Boss usando a Melissa como

instrumento. Quién sabe si no fue él el que introdujo a la mujer en el consumo de *hielo*. Por lo poco que conocía de aquel hombre, era una opción bastante plausible. Una persona enganchada era capaz casi de cualquier cosa, o al menos eso habían creído los tres, cada uno con sus intereses personales. Ricky y él esperaban acostarse algún día con la mujer a cambio de una dosis gratis. Pero el Boss hilaba más fino. Él quería a la que entonces todavía era una niña: deseaba a Josefina.

Fernando pensó que su jefe había infravalorado el cariño que una madre tiene por su vástago. Él tenía el ejemplo al alcance de la mano. La de palizas que Anita soportó del vago de su marido, que antes y después de ellas se santiguaba, como pretendiendo que algo lo había poseído y pretendiera exorcizarse. De él aprendió aquellos gestos de falso devoto. Cuando tuvo edad suficiente eligió ser el saco de boxeo de su padre, oyéndole recitar padrenuestros y avemarías antes de recibir una paliza que, como mínimo, terminaba con una costilla rota. Y, como buen hijo, imitó aquella forma de actuar de Fernando padre cuando fue él quien comenzó a pegar por mandato de otros. Era curioso, pero comprobó que rezar lo aliviaba. Como si se viera obligado a realizar algo que su mente no quería. Alguien —el Boss a través de Ricky, normalmente— le encargaba apalear a una persona, y él cumplía con su cuerpo, pero no con su mente. Sus pensamientos quedaban vendados, ocultos en algún compartimento oscuro, ciegos a las súplicas, al terror reflejado en otros ojos, al dolor que traslucían los gritos. Y luego, como un bálsamo curativo, rezaba de nuevo una oración que pretendía mantener su conciencia en aquella cámara oscura. «El Devoto», lo llamaban. Practicante de la ley de la fuerza y el miedo, ateo del perdón.

No creía en aquello de pasar página y recomenzar. Quien ha nacido mala hierba, muere mala hierba. Por eso tenía pánico al Boss. Nunca le vio un rasgo de bondad que no fuera interesado. Aquello de «entre nosotros nos

ayudamos» escondía, en realidad, otro mensaje. «Te irás cuando yo te diga, y con los pies por delante».

Pero se le iban los pensamientos. Y lo que en realidad le venía a la cabeza era cómo el Boss la había «cagado» con Melissa. Si realmente buscaba que ella le entregase por propia voluntad a la niña, a cambio del suministro indefinido de droga —cualquiera en su juicio se daba cuenta de que la esperanza de vida de un adicto a la *meta* era menor a un año, por lo que salía ganando él—, había fracasado con todas las de la ley. Melissa, antes que «venderle» a su niña, prefirió matarse. Fernando imaginaba que era para evitar posibles tentaciones, ya que el mono la podría haber llevado a flaquear.

Y allí estaban ellos, encogidos como conejos asustados porque su jefe se había encaprichado con una nena e intentó manipular a su madre —con mal resultado—, y ahora el nombre de esa nena aparecía en una cinta ligada a su nombre, «el Boss». Bueno, no. Lo único bueno de aquella situación era que el Boss aún desconocía el contenido de la grabación, o Ricky y él ya hubieran sido pasto de buitres.

Pero en ese momento su jefe pronunció la temida sentencia «de muerte».

—Me vais a conseguir esa cinta de vuelta, y voy a ver con mis propios ojos qué es lo que saben el inspector y Josefina, ¿estamos? Aunque antes tengo un encargo para vosotros.

## Capítulo 21

Josefina no recordaba haber estado nunca en el University Medical Center. Ya desde pequeña odiaba los hospitales. No podía comprender por qué sus padres eligieron trabajar rodeados de virus, heridas, inyecciones y sufrimiento. Estaba claro que era algo más que una profesión. Debía de ser una auténtica llamada, como la que la abuela decía que experimentó cuando era más joven que Josefina, y por la que decidió ser monja. Al final, en el convento le dijeron que no le veían vocación, así que no llegó a estar de novicia más allá de unos meses. Luego, con el tiempo, conoció en una misa al abuelo y con él fundó su familia. Habrían querido tener muchos hijos, pero un error médico los dejó solo con Tomás, el primogénito. Puede que aquello hubiera influido en la decisión de este por hacerse enfermero. Había oído demasiadas veces, siendo pequeño, la historia.

Pensó en aquello mientras recorría los pasillos de paredes verdes, un color que tranquilizaba, según decían los estudios. La auxiliar de la entrada le dijo que su padre estaba en la segunda planta, en Dermatología, e iba en su búsqueda.

—¿Josefina?

Se giró al oír su nombre, y casi enrojeció al reconocer al policía. Era el inspector Gálvez.

—Me habías parecido tú... ¿vienes a buscar a tu padre? ¿Sucede algo?

La joven se quedó detenida en mitad del pasillo, sin atreverse a contestar. Todavía estaba impactada por la información que encontró en el vídeo, y le costaba decidir quiénes podían ser sus aliados a la hora de saber la verdad.

—¿Inspector? —dijo intentando ganar tiempo—. ¿Qué hace usted aquí?

Él la observó, como decidiendo hasta dónde contarle.

—He venido a visitar a un posible sospechoso. Espero que hoy me dejen

interrogarlo.

Por la forma en que la miró, ella comprendió de quién se trataba.

—¿El que asesinó a Anita? ¿El que me persiguió?

El inspector Gálvez parecía pensar a toda velocidad.

—Sí, el mismo —reconoció al fin. Clavó los ojos en los de ella y añadió

—: Tú podrías reconocerle, ¿no es así?

Ella sacudió la cabeza en gesto afirmativo.

—Pues si no te entretengo mucho, me gustaría que me acompañases a la URPA.

Comenzaron a caminar, pero Josefina no terminaba de encontrarse cómoda. Si quería llevar a cabo su venganza personal era mejor no enredarse con la policía.

—¿No tiene una fotografía? —preguntó de improviso, deteniéndose en mitad del pasillo.

—No.

—Es que... la verdad es que no puedo ir con usted. Estaba buscando a mi padre.

—No me trates de usted, Josefina. —Otra vez aquel modo de pronunciar su nombre que le producía el mismo efecto que una caricia—. ¿Sucede algo? ¿Puedo ayudarte?

Ella agitó la cabeza.

—No, no. Es un tema familiar.

—Está bien.

—Envíeme... envíame una foto. Yo le diré... yo te diré si es él.

El inspector sonrió. Josefina se encontró pensando que aquel joven (sí, era un joven en realidad) tenía una sonrisa muy atractiva.

—No tengo tu número.

—Claro, qué tonta. Yo sí tengo el suyo... el tuyo. —«¿Por qué me estoy



poniendo nerviosa?»), pensó—. Ahora le hago una llamada perdida.

Los dedos le temblaron mientras buscaba el contacto en el móvil, momento que el policía aprovechó para estudiarla con más atención. Se daba cuenta de que cada día la encontraba más atractiva, y que estaba en peligro serio de caer en una obsesión, si es que no había caído ya. El único motivo por el que no la invitaba a salir era porque estaban en medio de un caso de homicidio, complicado con las drogas. El único. Temblaba de expectación sobre lo que haría cuando la excusa del trabajo hubiera desaparecido.

—Ya está.

El inspector miró su móvil y vio que la llamada era rápidamente identificada como «Josefina». Él tenía su número grabado desde mucho tiempo atrás. Ella, por fortuna, no miraba la pantalla.

—Me voy —indicó la chica, y con un leve saludo de la mano se alejó por el pasillo hacia Dermatología.

El policía no tuvo más remedio que seguir su camino, esforzándose por no mirar atrás.

\*\*\*

—Hola, papá. ¿Tienes un momento?

—¡Josefina! ¿Ha ocurrido algo?

Tomás se levantó de la silla donde estaba sentado al lado de su amigo Arredondo. La chica los había encontrado, después de dar muchas vueltas, en la sala de descanso de los enfermeros.

—Nada grave. Pero quiero hablar contigo.

—Alfredo... —dijo el padre, volviendo la cabeza hacia su compañero con intención de hacerle una pregunta que no terminó de formular.

—Vete —le dijo este—. Yo te cubro. Lo que necesites.

Tomás sonrió y luego condujo a su hija a la cafetería. Aunque estaba llena de gente, encontraron un hueco en una mesa del patio abierto.

—Dime, hija. ¿Qué sucede?

Josefina sabía que tenía muchas preguntas importantes que hacer a su padre, pero ahora que estaba delante de ella, no tenía claro hasta dónde podía contarle. ¿Debería mencionarle la cinta de vídeo? ¿Explicarle lo que hacía realmente en el Súper de Anita?

—Papá... —comenzó—. He oído rumores sobre la muerte de mamá.

Tomás experimentó una extraña emoción, mezcla de miedo y alivio. Había temido que llegara ese momento, pero al mismo tiempo también le parecía lógico que su hija conociera la verdad de lo ocurrido, así que ese era el momento, definitivamente.

—¿Qué clase de rumores? Habla sin tapujos, cariño.

—¿Mamá se drogaba? —Josefina lo preguntó de modo crudo.

Su padre exhaló el aire que había estado conteniendo.

—Sí, lo hacía. Era adicta a la metanfetamina.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Desde cuándo? ¿Tú lo sabías?

—No lo sé, puede que varios meses. Y no lo sabía, pese a que tenía la evidencia delante de mí; nunca pensé que me estuviera engañando de ese modo. Se lo pregunté, me dijo que no, y yo le creí.

Se cubrió el rostro con las manos.

—Lo siento mucho, hija. Si hubiera manejado mejor el asunto...

Josefina lo sorprendió colocando una mano encima de las suyas.

—No es culpa tuya. Creerle fue una muestra de confianza y cariño. Lo siguiente que te iba a preguntar es si habíais discutido, o ella te dijo que no te quería. —Tomás la miró con gesto interrogante, y ella se apresuró a aclarar —: Intento entender cómo cayó en esa adicción.

—Basta con que la pruebes una sola vez. Y sin saber que reincidir puede conducirte a un enganche irreversible. En mi opinión, alguien se la suministró

sin avisarle de lo que le daba. El resto fue debilidad.

—¿Y por qué? ¿Por qué ella?

Tomás se encogió de hombros.

—Quizá por puro azar. Porque creyeron que tendría más dinero que otros y era un buen perfil de adicta. Yo no supe que había gastado todos los ahorros de la cuenta en la droga hasta su muerte. Al menos tenía dinero para pagarla, otros deben hacer cosas mucho peores para conseguirla.

—¿Peores? ¿Robar?

—Venderse ellos o vender a sus hijos. —Josefina se horrorizó—. No sería el primer caso —indicó Tomás.

—¿Entonces mamá murió de sobredosis? ¿No fue un tubo de pastillas?

Llegados a ese punto, el padre pensó que su hija merecía conocer la verdad.

—No, Josefina. Tu madre se suicidó. Se inyectó una dosis mayor de la que su organismo resistiría, pero lo hizo de modo deliberado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes eso?

—Porque lo dejó todo preparado. No escribió nota de suicidio, pero fue a los bancos los días previos, y lo que había en su cuenta personal lo transfirió a la nuestra para que yo pudiera disponer del dinero una vez fallecida. Porque tenía la lápida encargada y pagada. Porque...

No pudo continuar, la voz se le quebraba. La noche anterior a su suicidio, había hecho un esfuerzo por hacer el amor con su marido, pero no lo consiguió. Estaba demasiado débil para darle un beso siquiera, así que Tomás solo la abrazó mientras ella le repetía: «Tienes que cuidar de Josefina, cuida a nuestra hija». Él creía que aquella frase era para decirle que ya no tenía fuerzas, que necesitaba su apoyo, pero la cruda realidad era que se estaba despidiendo y le encomendaba a la hija de ambos.

—Mamá te quería, ¿verdad? —le dijo Josefina en ese momento.

—«Nos» quería. A los dos. Las últimas palabras que le escuché fueron que te cuidase.

Su hija lo miró con los ojos muy abiertos. Qué mal había juzgado a su padre. Todo aquel control que ella odiaba, y era la torpe manera en que tenía de mostrarle su cariño.

—Siento no habértelo dicho antes —dijo él—. Quería asegurarme de que lo entendieras, y no la juzgaras con severidad. Era tu madre, y mi esposa. No hubiera soportado que la insultaras.

Josefina lo miró y volvió a extender la mano para estrechar la suya.

—Lo entiendo. Ahora sí me encuentro lista para asumirlo.

Su padre asintió.

—Lo sé. Por eso te lo he contado.

\*\*\*

¡Su madre, adicta! No, la verdad es que nunca lo hubiera sospechado. Creía que se «empastillaba», pero a base de tranquilizantes y antidepresivos. ¿Cómo iba a imaginar que detrás de su deterioro estaba la adicción a la *meta*? Y eso, por supuesto, cambiaba todo el panorama.

¿Venganza? Claro que quería dar su merecido a los asesinos de Anita, aquellos pandilleros que eran rivales del cártel del «Boss». Pero, por otra parte, el cártel del «Boss» era también su enemigo. Habían sido los causantes de la muerte de su madre. Fernando, Miguel, Ricky y tantos otros de los que no sabía sus nombres. Alguno de ellos proveía a su madre de la droga. Por eso Fernando conocía a su madre. Qué hijoputa. Y Ricky sería el que estaba al otro lado del teléfono, seguramente; siempre estaban juntos esos dos. Y el mayor hijoputa de todos, el «Boss». Fernando decía que estaba obsesionado con ella. Pues Josefina también se iba a «obsesionar» con él. No cejaría hasta que lo viera a sus pies suplicando por su vida. Había destrozado a una familia, era el culpable de la muerte de Melissa, del carácter controlador de

su padre, de la tristeza infinita que había llegado a su hogar. Lo pagaría, sí. Todos pagarían.

Abordaría ambos asuntos; no pensaba dejarlos pasar, como su padre. Ella era diferente. Y tenía una buena pista gracias a la información que el propio Tomás le había proporcionado. Su amigo Arredondo, que parecía saber todo lo que sucedía en Pueblo Viejo, le habló del tatuaje del chico ingresado y cómo la pandilla que portaba ese dibujo tenía como lugar de encuentro habitual cierta cancha de baloncesto del barrio Santa Rosa.

Entre su visita a la comisaría, y luego al hospital, había transcurrido una mañana entera; se comió un sándwich en la misma cafetería donde acababa de despedir a su padre tras la reveladora conversación sobre Melissa y tomó de nuevo la bicicleta para dirigirse al lugar de reuniones de los pandilleros.

## Capítulo 22

El sitio estaba desierto cuando ella llegó, pero le sirvió para explorar la zona y decidir desde dónde vigilaría. La cancha se encontraba en medio de un bloque de edificios de dos pisos, donde la entrada ni siquiera tenía puerta. Asomándose al interior se apreciaban enseguida unas escaleras y el acceso a la vivienda de la planta baja. Josefina se asomó a uno de los edificios; había observado que las ventanas del piso superior estaban rotas y con suciedad acumulada. Con un poco de suerte, resultaría ser un piso vacío. La entrada del edificio estaba muy descuidada. En el suelo se amontonaban restos de comida, envoltorios, colillas y también alguna jeringuilla. Con cuidado, intentando no hacer ruido, subió las escaleras. Eran de cemento, como si el constructor no se hubiera tomado la molestia de terminar de rematarlas. El descansillo del primer piso estaba casi igual de sucio que la planta baja, y no pudo evitar un gesto de asco. La alivió un tanto comprobar que toda aquella basura tenía aspecto de llevar meses allí.

La puerta era de madera sencilla; con una simple patada hubiera podido derribarla, pero decidió que debía de tener cuidado por si había alguien en el interior. Sacó el juego de ganchos que compró ese mismo fin de semana y eligió dos para forzar la puerta. Cuando oyó el «clic» sintió un alivio instantáneo; había sido más fácil de lo que pensaba.

Abrió la puerta poco a poco, intentando que los goznes no rechinasen, conteniendo la respiración. Ninguna respuesta al otro lado. Penetró en el interior y fue sintiendo cómo se le disparaba la adrenalina. Había peligro en aquel acto de invadir una vivienda, una cierta dosis de desafío a lo desconocido. El corazón bombeaba a más velocidad y notaba tensos los músculos. Fue avanzando a pasos largos y estudiados. Estaba en una especie de recibidor, pequeño, sin muebles. Las paredes lucían pintadas y el suelo

también estaba sucio. Desde el recibidor se accedía al resto de la minúscula vivienda por dos puertas.

Josefina abrió una de ellas y encontró los restos de lo que podría haber sido una cocina. Dedujo que la otra puerta llevaría hasta el salón. Aplicó el oído y le pareció escuchar un sonido al otro lado, podría haber sido una respiración. De nuevo giró la manilla y abrió la puerta con lentitud. Algo que estaba al otro lado impidió que la abriese del todo. No tenía más remedio que asomarse si quería ver lo que había dentro. Con mucho cuidado, sacó el arma del bolsillo del pantalón. La camufló bajo el sillín de su bicicleta para que no se la detectasen ni en la comisaría ni en el hospital, pero después de aparcar la bicicleta se la había llevado.

Con la pistola por delante, avanzó unos pasos para entrar. Oyó un grito que la sorprendió. En el fondo, esperaba que estuviera vacío.

Cuando terminó de entrar en la habitación la escena la dejó paralizada. El suelo estaba lleno de restos de basura, pero no recientes. Había un colchón colocado de tal forma que impedía que la puerta se abriera del todo. Sobre el colchón, un joven vestido con un chándal sucio, el rostro moreno lleno de suciedad, las mejillas hundidas, ojos grandes y oscuros, y greñas largas la observaba arrimado a la pared. Era un drogadicto.

Josefina vio que su mirada se clavaba en el arma.

—No vengo a hacerte daño. Tranquilo.

El joven no parecía convencido, y se apretaba tanto contra la pared que parecía querer que esta lo engullese.

—No tienes que tener miedo. Mira, ¿ves lo que hago? —Mientras hablaba, Josefina llevó la pistola a la parte de atrás de su pantalón y mostró las manos vacías.

Mientras las miradas de ambos se cruzaban, se oyeron ruidos en el exterior. Josefina avanzó varios pasos hacia la ventana rota y se asomó con

cuidado. Era la cancha de baloncesto. Unos chicos acababan de llegar y estaban tirando a la canasta.

Sintió un movimiento a su lado, y cuando quiso darse cuenta, el joven ya se había incorporado. A una velocidad inaudita se lanzó hacia ella, y Josefina sintió cómo tanteaba a su espalda para quitarle la pistola. Su aliento apestaba a alcohol.

Reaccionó por puro instinto. Le propinó dos patadas de rodilla certeras que derribaron al chico al suelo, y cuando él reaccionó, intentando abrazarse a sus piernas, ella le lanzó un último golpe directo al mentón, que lo dejó tirado en el suelo e inconsciente.

Josefina jadeaba mientras comprobaba que el arma seguía en su poder. Aquel sitio ya no era seguro. No quería disparar al chico porque se oiría en los alrededores, y no deseaba llamar la atención. Y era una lástima, porque él se lo hubiera agradecido, de algún modo. La vida —poca— que le quedaba, iba a ser una pura mierda. Al menos le ahorraría ese sufrimiento.

Bajó hasta el portal y se asomó con cuidado para vigilar lo que ocurría afuera. Comprobó que empezaban a hacerse dos grupos. Uno solo jugaba y otro formaba una especie de corrillo donde los integrantes alzaban la voz y discutían entre ellos.

Josefina aguzó la vista, su intención era reconocer a alguno de los que había ido aquel día al Súper de Anita. Y cuando por fin uno de los del corrillo se dio la vuelta, lo identificó. «Te tengo», pensó.

Aún tardaron un par de horas en dispersarse, cada uno por su lado. Cuando vio la calle por la que desaparecía su objetivo, Josefina salió con prisa del portal.

Pasó por delante de la cancha de baloncesto con la capucha de la sudadera por encima y siguió calle adelante en la dirección que tomó el chico. Este no tardó en desaparecer en una de las viviendas al final de la larga avenida, y



Josefina tomó nota. A su alrededor no había tiendas cercanas que pudieran albergar cámaras de seguridad, precaución que le enseñó Armando. Estudió los alrededores y fichó un par de sitios donde podría esconderse sin ser vista para vigilar. La esquina le pareció perfecta para su fin.

Solo le faltaba un arma, pero algo afilado también podría servirle. Y ya sabía dónde conseguirlo.

\*\*\*

—He perdido la apuesta, Tomás —saludó Marga aquella mañana de martes cuando vio aparecer al enfermero en la URPA.

Él seguía preocupado por los acontecimientos del día anterior. Por fin le había revelado a su hija aquel secreto que lo estaba carcomiendo, pero ella no parecía especialmente impactada. Era como si lo esperase. «Lógico, no es estúpida. Seguro que su percepción femenina le ha permitido adivinar qué le ocurría». De hecho, habían cenado de modo tranquilo con su hija, aunque hubo poca conversación, y ella terminó pronto para subir a estudiar.

Pensar en su hija lo llevó a desear visitar de nuevo a aquel pandillero que había atentado contra su vida, aunque no lo hizo con una intención clara. Se encontraba más sereno que la última vez, en la que permitió que lo asaltasen pensamientos que no tenían nada que ver con la ética aprendida de su familia. «Debo perdonar», se repetía, «todo el mundo merece una segunda oportunidad».

Solo Arredondo conocía un episodio de su vida que prefería dejar enterrado en algún pliegue escondido de la memoria. Alfredo y él se conocían de la Escuela de Enfermería, no había muchos varones estudiando y enseguida se hicieron amigos. Misma edad, mismas aficiones, familias parecidas. Nunca fueron íntimos, pero la capacidad de Arredondo para conocer información de los que lo rodeaban hacía creer a Tomás que su unión era más estrecha. Luego entraron a trabajar en el hospital, y ambos

conocieron a las que serían sus mujeres. Planear un matrimonio no era nada barato, y ninguno de los dos tenía dinero para tirar la casa por la ventana. Así que, con la locura de sus veintipocos años, decidieron montar una especie de negocio complementario que les diese beneficios rápidos. A Arredondo no se le ocurrió un modo mejor que entrar en el mundo de las apuestas.

En el fondo, bien podría haberse dedicado a eso, pues sus dotes para calar a las personas le permitía elegir a sus «víctimas» y convencerlas de entrar en el juego. ¿Y el propio Tomás, qué papel tenía? Uno del que todavía sentía vergüenza cuando echaba la vista atrás. «¿Por qué?», le decía su colega, «tenías un don, no debes sentirte culpable». Pero lo hacía. Hay capacidades que no es necesario explotar. ¿Acaso no era libre para elegir? Y él decidió dejar ese negocio en cuanto ambos ahorraron lo suficiente. Alfredo, sin su apoyo, se desinfló y también lo aparcó. Tomás se preguntaba algunas veces si su amigo le consideraba culpable a él de llevar una vida de clase media-baja porque no lo acompañó en una aventura que podía haberlo convertido en un hombre acomodado, pero Arredondo nunca le reprochó su huida. Puede que, en el fondo, sí que se considerase su amigo, a su modo.

Y en esto venía pensando, en su hija y en Alfredo, cuando se encontró de repente camino de la URPA. En cuanto Marga lo divisó, le dijo aquella frase tan extraña sobre las apuestas, que le recordó a su antiguo negocio con Arredondo.

—¿Apuesta? Creo que me he perdido.

—No me extraña, porque es una costumbre que tengo. Algunas veces hago apuestas para mí acerca del pronóstico de recuperación de un paciente. Y podría decir que acierto el noventa y nueve por ciento de las veces. Pero esta vez me ha fallado la estadística.

—Sigo sin entender.

Marga hizo un gesto hacia la cama del joven que Tomás iba a ver. Estaba

vacía y preparada con sábanas nuevas.

—¿Le han trasladado? —preguntó el enfermero con un palpito raro en el corazón.

Como se temía, Marga lo negó.

—A eso me refería con la apuesta. Yo hubiera jurado que ese chico saldría adelante, pero algo le ha sucedido esta noche. Se le ha parado el corazón y ha fallecido.

—¡No puede ser! —Tomás estaba horrorizado. El sentimiento de culpa, por haber deseado su muerte, lo ahogaba. Insistió—: ¿Estás segura de que ha fallecido?

—Por completo. El doctor Gálvez estaba de guardia y ha certificado su defunción. También ha llamado a su hijo el inspector. Imagino que aparecerá por aquí en cualquier momento.

—¿El inspector? —Tomás se hizo el ingenuo. Marga no debía saber que él también sospechaba de los antecedentes criminales del chico.

—Sí, me dijo el doctor que monitorizara al paciente, que su hijo necesitaba interrogarle, pero solo cuando el chico estuviese bien.

—Vaya...

Buscó una excusa rápida para irse de la URPA y reflexionar. Si aquel joven era el mismo que asaltó a su hija, y también uno de los asesinos de Anita, entendía que Pedro Gálvez hubiese querido hablar con él. Pero al acercarse quizá había asustado a los de la pandilla a la que pertenecía. ¿Y si eran ellos mismos, sus colegas, los que le habían dado muerte? Porque era raro que Marga fallase en sus predicciones. Salvo, claro está, que aquellos chicos, asustados de lo que podía decir, se hubieran aliado para desafiar lo previsible.

\*\*\*

Pedro no recordaba haber estado antes en el Pockets. Lo conocía por fuera, de

tantas rondas y patrullas que hizo por el barrio. Por supuesto, también había oído hablar de los chicos de la mesa de billar. Sin embargo, nunca se aventuró al interior. Hasta ese día.

Había desayunado esa mañana con la noticia de la muerte del pandillero ingresado en el University Medical Center. En un principio tuvo deseos de golpear con los nudillos en la mesa hasta hacerse sangre, tanta fue la rabia que sintió. Pero luego se dijo que eso no lo conduciría a nada salvo a tener que acudir a un centro de salud de urgencias para vendarse las heridas. No, no era inteligente. La segunda opción era analizar el material que tenía hasta el momento y emprender un camino de acción.

Pidió que examinaran las grabaciones de seguridad del hospital para comprobar quién había entrado en la URPA desde su visita del día anterior, donde pudo ver al muchacho aún vivo, y esa mañana, en que apareció muerto. También ordenó hacer la autopsia, aunque tardarían algunas horas en proporcionarle el verdadero motivo del fallecimiento del chico.

Su padre, el doctor Gálvez, le habló de un ataque repentino al corazón, pero ni la edad del joven ni las circunstancias favorecían aquella hipótesis. El inspector estaba seguro de que habían sido sus propios compañeros de la pandilla los que terminaron con él, convencidos de que el policía lo haría hablar y los delataría.

Así que decidió tomar cartas en el asunto e ir a buscar a los pandilleros. Fernando, en este caso. El hijo de Anita, la fallecida, había desaparecido tras la muerte de esta. Pedro sospechaba la razón, pero hubiera necesitado interrogarle, y eso era lo que el pandillero, con su huida, consiguió evitar.

Era lamentable la muerte de aquella mujer, sobre todo porque no tenía nada que ver con el asunto de las drogas, de eso el inspector Gálvez estaba seguro. Su hijo parecía ser harina de otro costal. Y con bastante probabilidad, también estaba enredada Josefina.

El día anterior, lunes, la agente Camacho le habló de la visita de la joven y de cómo había solicitado visionar unas cintas. Era cierto que él le propuso hacerlo, pero le extrañó que no le avisara primero y que no le hubiera dicho algo después, cuando se encontraron en el hospital. Así que sacó las cintas del cajón de la mesa de su despacho, observándolas con nueva curiosidad.

—Agente Camacho, ¿puede venir un momento?

Cuando tuvo a la mujer policía delante de él, le inquirió:

—¿Sabe cuál de estas tres cintas es la que estuvo viendo Josefina?

—No lo sé, pero quizá lo recuerde el agente que custodiaba la sala de reproducciones.

—Le llamaré. Gracias.

Cada vez más intrigado, Gálvez llamó al policía que hizo turno en audiovisuales la mañana anterior. Cuando lo tuvo delante le hizo la misma pregunta, y el agente respondió sin vacilar.

—Esta cinta. Lo recuerdo porque la grabación era nocturna, y las demás son de la mañana del suceso.

El inspector asintió, satisfecho, y comenzó a darle vueltas a la cinta VHS entre sus manos. ¿Qué debería hacer? No tenía tiempo para estudiar con detenimiento aquel material, pero estaba realmente intrigado por saber cuál era su contenido.

Volvió a llamar a Camacho por el interfono.

—Tengo una tarea que asignarle, agente Camacho.

—Usted dirá.

—Necesito que examine esta grabación. Si hay conversaciones, apúntelas y luego llámeme.

—Sí, inspector.

Se quedó más tranquilo después de saber que quizá encontraría alguna información relevante, y luego tomó la decisión de ir a buscar él mismo una

de las piezas que le faltaban para encajar el puzle.

## Capítulo 23

A esa hora de la mañana el Pockets todavía no estaba en su apogeo de clientela. Divisó la mesa de billar al fondo a la derecha, justo en línea recta desde la puerta, con la posibilidad de escabullirse por una puerta blanca que estaba justo detrás. Lo más destacable del sitio eran seis pantallas gigantes mostrando resultados de apuestas. Vio a su izquierda una larga barra corrida donde servían bebidas. Apenas había cinco parroquianos, y todos ellos sin excepción se giraron para contemplar al nuevo visitante. El inspector había dejado por un día su uniforme, cambiándolo por pantalones vaqueros y un jersey ancho de color granate. La barba de dos días le daba un aire diferente, o eso esperaba Gálvez. Como le dieron la noticia estando en su casa, había tenido tiempo de elaborar mentalmente un plan de acción y vestirse de acuerdo con él. Avisó al subcomisario de que esa mañana no estaría en la comisaría, eligió aquella ropa, la más informal que tenía y evitó afeitarse. No parecía un chico malo, pero tampoco un policía disfrazado. Más bien, un joven tímido, que era como se sentía cuando veía a esa belleza morena llamada Josefina.

Se adentró en el local y se dirigió a la barra. Uno de los hombres no le quitaba la vista de encima. Podía tener unos diez años más que él, con el pelo muy oscuro y ropa de colores claros. Estaba bebiendo un refresco, lo cual no dejó de asombrarle.

—¿Te has perdido?

La pregunta la hizo precisamente el hombre que lo estaba observando desde que entró.

—Me parece que no —contestó Pedro con aplomo.

—¿Necesitas algo?

—No sabía que necesitara un motivo particular para estar aquí. ¿Es un

local de acceso restringido?

—Se podría decir que sí. En todo caso, no nos gustan los extraños.

—Pero yo no soy un extraño. Soy un amigo de Fernando, y le estoy buscando.

—¿Y cuál es el nombre del amigo de Fernando?

—Eso se lo diré a Fernando.

El hombre se quedó mirándolo, con un gesto que hubiera impactado en alguien diferente a Gálvez. Se sostuvieron la mirada hasta que el otro soltó la carcajada.

—Los tienes bien puestos, aunque eso no te sirva de mucho aquí. Fernando no está.

—Eso me han dicho.

—Entonces, ¿por qué vienes?

—Pensé que otro de los amigos de Fernando podría darle este recado.

—Puedes dármelo a mí.

—¿Y tú quién eres?

El hombre acercó su rostro a Pedro, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder. ¿Qué pretendía? Pero lo único que hizo fue acercarse a la oreja del inspector para susurrar un mensaje que nadie más oyese.

—El Boss.

Gálvez se encogió de hombros, aparentando indiferencia.

—Supongo que puedo dártelo a ti —dijo—. Está anotado en este papel.

Sin haber llegado a pedir una consumición, se alejó de la barra y salió del establecimiento. Luego echó a andar calle abajo.

El hombre en el bar abrió el papel, curioso, y leyó lo siguiente: «El asesino de Anita ha fallecido. No hagas tonterías».

El Boss volvió a reír.

—Fernando ya lo sabe. —Y arrugó el papel hasta hacer una bola que tiró



con desprecio al suelo.

\*\*\*

Además de disfrazarse de Amanda, Josefina tenía otra debilidad cuando era un poco más pequeña: curiosear en los armarios. De ese modo había descubierto la ropita de bebé intocada de su melliza y algunas cartas que su madre conservaba de la época en la que estuvo interna. Los abuelos maternos habían fallecido mucho antes de que Josefina naciese, y esto suponía que su madre guardaba las cartas como recuerdo de ellos. El armario de su padre también tenía sus cajones ocultos, aunque no entendiera el significado de lo que veía allí. Uno de los objetos que recordaba a la perfección era una especie de navaja inserta en una funda de cuero. La había sacado infinidad de veces, incluso llegó a probar el filo en su dedo y comprobó lo cortante que era. Ahora podía decir con seguridad que no se trataba de una navaja corriente, sino de un puñal, y no uno cualquiera. En todo caso, perfecto como arma.

Después de sopesarlo, decidió que no usaría la pistola. Podía necesitarla para más adelante, y aún debía investigar cómo hacerse con munición. Un puñal o una navaja eran perfectos para lo que pretendía.

Ese martes por la mañana quiso dar normalidad a su jornada, así que decidió ir al instituto. Intentaría colar alguna excusa para disculpar su ausencia del día anterior, pero tampoco le preocupaba mucho lo que dijese. Lo que estaba a punto de realizar esa tarde era más importante que un simple título de bachillerato.

Había escondido en el sillín de la bicicleta el puñal, y decidió actuar con normalidad. Olivia le sonrió cuando se sentó a su lado, y Josefina se sintió con ánimos para guiñarle un ojo y preguntarle cuándo había quedado con Héctor.

—Iré a verle en el recreo. ¿Quieres acompañarme?

—Lo pienso y te digo luego, ¿vale?

Josefina no estaba muy segura de aguantar toda la mañana de clases, pero se obligó a sí misma a prestar atención e incluso tomó notas. Le hicieron alguna pregunta que no supo responder; aunque, en general, la dejaron tranquila, como si celebrasen ya como un triunfo el solo hecho de su presencia en el Copper High School.

Llegó la hora del descanso y Josefina acompañó a Olivia a la cafetería donde trabajaba su novio. Héctor la reconoció enseguida, e incluso la saludó por su nombre cuando se acercó.

—Mi tía no estará en toda la mañana —fue su saludo—. Aprovechaos y pedid, que invita la casa.

Las chicas no se lo pensaron dos veces y pidieron un batido de frutas con nata por encima, que era el capricho que intentaban darse al menos una vez al mes.

—Voy un momento al aseo —dijo Olivia.

Aprovechando que se encontraban a solas, Josefina le dijo a Héctor, medio en serio, medio en broma:

—Más te vale tratarla bien o vendré a buscarte, donde quiera que estés.

—Eso he oído.

La joven se quedó sorprendida.

—No me digas. ¿A quién?

—Pueblo Viejo es más pequeño de lo que piensas. Tengo un colega que entrena en el mismo gimnasio que tú y te ha visto luchar. Jamás se me ocurriría meterme contigo en una pelea.

—Me alegra oír eso. La verdad es que el gimnasio de Lope es muy bueno.

—Debe de serlo —confirmó Héctor—, cuando hasta el mismo inspector acude allí.

—¿A qué inspector te refieres? —Josefina experimentó una extraña sensación en el pecho.

—Al único que tenemos en la zona. Ese que ascendieron tan joven.

—¿El inspector Gálvez?

—Sí, ese.

—Es curioso —murmuró Josefina—, nunca me lo ha comentado.

—Quizá no hayáis coincidido.

La chica asintió.

—Sí, eso debe ser.

Olivia regresó en aquel instante y Héctor se fue para preparar los batidos de ambas. Josefina aprovechó para decirle:

—Cada vez me gusta más Héctor.

Olivia entrecerró los ojos y dirigió un dedo índice acusador hacia ella.

—Como se te ocurra quitármelo, te juro que te mato.

Josefina levantó ambas manos en gesto de rendición.

—Tranquila, todo para ti.

—Sabes por qué lo digo, ¿verdad?

Josefina la miró con gesto interrogante.

—Es imposible que no te des cuenta. Eres una chica superguapa, Josefina. Puedes tener a quien deseas. De hecho, me sorprende que Héctor siga mirándome después de haberte conocido. Te confieso que tenía un poco de miedo de ese momento.

—Eso es absurdo. Tienes rostro de ángel. Una piel de porcelana. Pareces una muñeca. Sería estúpido si no te prefiriese. Probablemente yo atraigo a los chicos malos.

Ambas se echaron a reír. Luego Olivia se puso seria.

—Es una tontería, pero me gustaría contártelo.

—Adelante, ¿de qué se trata?

—¿Tú sigues pensando en Miguel?

Josefina negó con mucha seguridad. Ahora se lo encontraba en las clases, y ambos evitaban mirarse. Ella sentía muy lejanos aquellos días en los que la abrazaba.

—Te aseguro que no. ¿Por qué lo preguntas?

Olivia carraspeó.

—Hay otra persona que parece que también se ha fijado en mí, además de Héctor.

Josefina abrió mucho los ojos.

—¿Te refieres a...?

—Sí, Miguel me buscó después de que cortaseis, y me dijo que en realidad siempre había estado colado por mí.

—¡Será...!

—Eso mismo pensé yo, y por eso le dije que no.

Josefina no sabía si echarse a reír o fingir que estaba molesta. ¡Miguel iba por su amiga! Por ese motivo nunca le hizo demasiado caso.

—No me digas que le rechazaste porque pensaste que me iba a molestar.

—Bueno... —dijo Olivia—. Ese fue uno de los motivos, claro. Pero no el único.

—¿Y cuál fue la otra razón?

Su amiga la miró con el ceño fruncido.

—He oído rumores sobre él. Que anda con los chicos del billar. Y eso no me gusta. Y tampoco me gusta que intentara insultarte.

—Que hizo... ¡¿qué?!

—Tranquila, por favor. No vayas a pegarle. —Olivia parecía asustada de verdad—. Él fue quien me dijo que ibas a casa de un hombre mayor. Y tú no me lo negaste.

—Así que se dedica a espiarme. —Josefina se preguntó cuál era el motivo

secreto detrás de esa labor de vigilancia.

—¿Te parece si cambiamos de tema? —propuso Olivia—. En realidad, quería preguntarte qué tal te encuentras.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno... —La chica se retorció las manos—... Llevas dos fines de semana durmiendo en mi casa porque tu padre se va. Y luego faltas un montón a clase. Y cuando estás, en realidad no estás. ¿Me explico?

—Es verdad que mi padre y yo no lo hemos llevado bien desde la muerte de mamá. Pero ayer tuvimos una conversación que fue un gran avance. Me parece que ahora le entiendo un poco mejor.

—¿Sí?

Josefina asintió con un gesto.

—Y, además, esto se va a terminar muy pronto.

—¿Terminar? ¿Qué se va a terminar?

Olivia la miró con los ojos muy abiertos. Josefina hizo un gesto con el que abarcaba el local y más allá.

—Todo esto. Pueblo Viejo. —En voz más baja, susurró—: Me voy, Oli. No tengo claro dónde, pero sé que voy a irme. Aunque antes debo hacer algo. Ya sé cómo, que era lo más importante.

—¿Cuándo... cuándo te vas?

—Si todo sale bien esta tarde, quizá mañana. ¿Quién sabe?

—¿Estás bromeando! —Olivia la miró sin decidirse a lanzar la carcajada—. Bromeas, ¿no?

Por toda respuesta, Josefina le sonrió y giró el rostro, justo a tiempo de saludar a Héctor, que llegaba en ese momento con sus batidos gigantes.

\*\*\*

—Repíteme eso —dijo el inspector Gálvez a la agente Camacho.

La policía, al otro lado de la línea, buscó una frase y se la leyó:

—«Somos unos degenerados. Teniendo en cuenta cómo acabó... Nunca voy a poder olvidar que me obligaste a cerrarle los putos ojos». ¿Se refiere a eso, inspector? Están hablando de Melissa.

—Sí, esa frase me interesa. Pero hay algo que has dicho luego... sobre un tal Boss.

—Aquí está. Se la leo: «Supongo que es mejor que pasara así. Aunque al Boss se lo llevaran los demonios. Con lo cerca que estuvo de tener a Josefina. Podría haberse quedado con la madre, pero no, quería a la hija. No entiendo esa obsesión del Boss por Josefina. Era cien veces más guapa su madre».

—Eso es. Muchas gracias, agente Camacho. Mándeme ese archivo al móvil, por favor.

Gálvez colgó y se quedó pensativo. Aún seguía vestido de paisano. Acababa de volver del Pockets cuando recibió la llamada de la policía a la que le encomendó transcribir la cinta. Y se quedó sin respiración al oír, por segunda vez en esa mañana, aquel nombre: el Boss.

La grabación, desde luego, no tenía desperdicio. Se mencionaba a la mujer y a la hija de Tomás Hernández, Fernando se delataba al mencionar al Boss, y descubría el interés del jefe del cártel por Josefina.

Todos sabían que el líder del cártel más importante de Pueblo Viejo se hacía llamar Boss. Cuando aquel hombre en el Pockets lo había pronunciado, probablemente pretendía asustarlo, pero no era él, no podía ser él. Sin embargo, el hecho de que Fernando lo mencionara parecía más bien un indicio de que se relacionaba con aquel tipo por cuestión de drogas.

Hizo otra llamada.

—Envíame el expediente del fallecimiento de Melissa Duarte. — Recordaba muy bien el caso porque tuvo que interrogar a su marido a causa de las circunstancias del suicidio. Y porque afectaba directamente a Josefina, por supuesto.

Se sorprendió cuando la agente Camacho recordó otra de sus peticiones:

—Tenemos también los resultados de la autopsia del joven que murió esta mañana en el University Medical Center.

—No me tengas en ascuas, cuéntamelo.

—No fue un ataque al corazón natural. Inyectaron una sustancia en el suero y eso le provocó una parada cardíaca.

—Muchas gracias, agente. ¿Puedes enviarme ambos informes al correo electrónico? Los leeré en el móvil.

El inspector se sentó en el sofá de su casa y comenzó a estudiar con tranquilidad ambos documentos, comenzando por el de Melissa. Después de analizarlo llegó a la conclusión de que Fernando había tenido que ver muerta a Melissa. De hecho, seguramente dispuso la habitación para que pareciera una ingesta excesiva de barbitúricos, que fue el panorama que se encontraron. Si realmente había fallecido por una sobredosis, ¿dónde estaban las jeringuillas? No se encontró ni una sola en toda la casa. Alguien estuvo allí y había borrado sus huellas. Fernando, según lo que decía la cinta, pero también otra persona. No podía ser el Boss, aunque este guardara relación directa con aquella muerte. Se insinuaba, además, que él no había podido conseguir a Josefina a través de su madre. ¿Significaba eso lo que él estaba pensando?

Abrió el informe de la autopsia del chico fallecido en el hospital. Seguía sin identificar, aunque se comentaban una serie de detalles, como el tatuaje que lo condujo a aquella cancha de baloncesto en el barrio Santa Rosa.

Acabó pensando en Josefina. Ella podía reconocer a los pandilleros, pero era muy peligroso involucrarla. Por otra parte, tenía que advertirle que cesara en su relación con los chicos del billar, visto lo que había descubierto.

Y en ese momento cayó en la cuenta de un detalle. La chica ya lo sabía. Había visto las cintas antes que él. A poco que atara cabos, sabría la verdad.

Probablemente conociera al Boss, a Fernando, y al otro que estuvo en la habitación de Melissa. Y si era así, entonces tenía que protegerla. Protegerla de sí misma, del deseo de venganza que le producirían aquellas revelaciones. Del daño que podría hacer a otros si seguía su naturaleza belicosa. Aunque sospechaba que iba a llegar tarde.

\*\*\*

Josefina salió del instituto y se montó en la bicicleta, para dirigirse luego a la cancha de baloncesto. Cuando llegó la encontró vacía, pero sabía que era cuestión de tiempo. De nuevo localizó el portal en cuyo piso estuvo la mañana anterior. Dudaba que el drogadicto hubiera regresado. En efecto, encontró la puerta abierta tal y como ella la dejó, y se encaminó al cuarto de estar. El colchón había desaparecido, se lo llevaría el joven, con bastante probabilidad. Ella, por su parte, cerró la puerta y se apostó junto a la ventana. Comenzó la espera.

Se oyeron las voces una hora y media después. Josefina había terminado sentada en el suelo y se incorporó al oír el jaleo de la cancha. Con mucho cuidado se asomó e intentó distinguir el rostro del pandillero. El corazón le dio un vuelco cuando lo reconoció. Ahora no había marcha atrás. Ya había elegido el lugar para su emboscada, y solo quedaba llevarla a cabo. Con mucho cuidado salió del edificio y fue rodeando la calle hasta dirigirse al lugar que escogió para esconderse y atacar, antes de que el pandillero entrara en su vivienda. Hizo acopio de sangre fría y llegó a asustarse de verse tan decidida: ¿Acaso no estaba hablando de cometer un asesinato? Una parte de ella le decía que sí y la otra trataba de convencerla de que no dejaba de ser un acto en defensa propia, porque seguramente su víctima no se quedaría paralizada, sino que intentaría atacarla. Y entonces ese sería el momento para usar el puñal.



## Capítulo 24

—¿Hola? ¿Quién es?

—Buenas tardes, señor Hernández. Soy Olivia, la amiga de Josefina.

—Perdona, no tenía grabado tu número. ¿Va todo bien?

—De eso quería hablarle. Josefina ha estado esta mañana en clase, pero hemos tenido una conversación muy preocupante a la hora del recreo.

—Cuéntame, por favor.

—Josefina ha dado a entender que tenía que resolver un asunto hoy, y que después se marcharía. La verdad es que me he quedado muy angustiada, y por eso le he pedido a mi madre su número de móvil.

—Has hecho muy bien. Voy a intentar averiguar dónde está mi hija.

El primer número que le vino a la cabeza fue el del inspector Gálvez; se había portado muy bien con Josefina cuando ocurrió lo de su ataque. No tuvo reparos en llamarlo y contarle la conversación con Olivia.

—Me alegra mucho que se ponga en contacto conmigo, señor Hernández. Precisamente, estoy repasando el caso de Melissa Duarte porque hay nueva información al respecto.

Tomás se mostró preocupado.

—No entiendo bien qué tiene que ver eso con lo que le acabo de contar de mi hija.

—En realidad, todo guarda relación. Josefina ha visto un vídeo en el que se cuentan detalles sobre la muerte de su madre, y mucho me temo que esté intentando vengarla.

—¿Cuándo lo ha visto?

—Ayer por la mañana. Antes de la una.

—Entonces ahora entiendo por qué fue a verme al hospital y me preguntó sobre Melissa.

—¿Qué quería saber?

—Josefina no conocía las circunstancias reales de la muerte de su madre. Quiso saber si se drogaba, y yo pensé que tenía esa sospecha desde hacía meses. Ahora veo que no.

El inspector Gálvez resopló.

—El caso es complicado. Fernando, el hijo de Anita, está involucrado; sospecho que era el proveedor de drogas de Melissa. Y Josefina no va a tardar en averiguarlo. Sinceramente, no me gustaría estar en su pellejo cuando lo descubra.

—¿Por qué lo dice?

—Tomás, ¿ha visto pelear alguna vez a su hija? En el gimnasio, me refiero.

—Por supuesto que no. Si pudiera, se lo prohibiría.

—Yo sí la he visto, y es magnífica, pero pobre de aquel que sea su contrincante.

Tomás se quedó un instante pensando. Al final, le dijo a su interlocutor:

—Creo que sé dónde puede estar. Ayer le hablé de una pandilla que se reunía en una cancha de baloncesto.

—¿En el barrio Santa Rosa? Allí estuvimos interrogando a varios chicos.

—Sí, esa.

—Pues voy hacia allá.

—Déjame ir contigo, Pedro —lo tuteó Tomás.

El inspector vaciló solo unos segundos.

—Está bien. Paso a recogerle al hospital en quince minutos.

Cuando se encontraron, en el aparcamiento del edificio, Hernández se había cambiado y vestía con camisa de manga corta y vaqueros. Si se sorprendió al ver a Gálvez de paisano, no dijo nada.

—Mira en la guantera —le indicó el policía cuando se colocó en el

asiento del copiloto y se abrochó el cinturón—. Ahí guardo el móvil del trabajo. Quiero que veas unas fotos.

—¿Quiénes son? —preguntó Tomás mientras buscaba en la Galería de imágenes del teléfono.

—Procede de las cámaras de seguridad del hospital. Me las han enviado cuando venía hacia aquí. Podrían ser los pandilleros que estuvieron aquel día en el Súper de Anita, y que anoche pasaron por la URPA. Aunque se ocultan de las cámaras, parece que fueron ellos los que acabaron con su colega.

—Menudo compañerismo.

—Probablemente les obligasen. Una prueba de lealtad. Muy típico de estas bandas.

Tomás memorizó los rasgos.

—Vamos a ver si les vemos en la cancha de baloncesto.

El inspector aparcó en una calle lateral y ambos salieron del coche. Pedro llevaba la pistola detrás. Se encaminaron hacia el lugar, y cuando lo tuvieron a la vista se ocultaron para observar desde allí.

—¿Reconoces a alguno?

—Son bastante parecidos entre sí.

Los jóvenes de la cancha vestían de modo similar, y todos usaban viseras, lo que impedía verles bien el rostro.

—Ahí, a la derecha. El de la sudadera amarilla. Yo creo que es uno de ellos —señaló Tomás.

—¿El que parece discutir con otro?

—Sí.

—Vamos a ver si conseguimos verle la cara también a su colega.

Después de unos angustiosos segundos de espera, el otro se quitó la visera y les ofreció una imagen nítida de sus rasgos.

—¡Bingo! Es el otro chico de la grabación.

—Fantástico. Ya les tenemos identificados, no podemos perderles de vista. Voy a pedir refuerzos.

—¡Gálvez, se van!

El inspector hizo una llamada rápida, pero se dio cuenta de que era difícil que llegasen a tiempo.

—No puedo dejar que se escapen. Voy tras ellos.

—Te acompaño.

—Ni hablar, eres un civil desarmado.

—Todavía recuerdo cómo lanzar algunos puñetazos.

Pedro nunca había visto a Tomás tan obcecado.

—De acuerdo, pero no hagas tonterías. Ponte siempre detrás de mí.

Aguardaron hasta comprobar qué rumbo tomaban los pandilleros, y fueron en su dirección.

\*\*\*

Josefina esperaba la llegada de su víctima con la paciencia de la araña. La esquina que eligió solo tenía un inconveniente: no iba a poder ver al pandillero hasta que lo tuviera encima. No era eso lo que le hubiera aconsejado Armando; en el fondo lo sabía. Pero tenía confianza en la situación que se generaba: ella no podía verlo, pero lo mismo le sucedería a él. No podría advertir su presencia hasta que fuera demasiado tarde.

\*\*\*

Por Anita, se dijo y se repitió varias veces, como un mantra. Aquel chico era cómplice de su muerte. Debió haber impedido el disparo, pero solo calló, calló y huyó, y por eso ella no pensaba darle la oportunidad de arrepentirse siquiera, como tampoco le dieron una oportunidad a Anita.

Ocurrió en cuestión de minutos. Con el cuerpo tenso, vigilante, lo vio aparecer en su esquina. Ese rostro lo tenía grabado en la memoria como si se lo hubieran marcado a fuego. ¡Asesino! No lo dudó un instante. Era veloz, y

lo sabía. Se abalanzó sobre el chico, con el puñal desenvainado, antes de que este se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. La hoja de acero se hundió en la carne del costado. Fue fácil, y Josefina se encontró de improviso con una sensación húmeda en los dedos. Era la sangre de la herida, que había mojado su mano. Le costó manejar el puñal para sacarlo y dirigirse a un punto vital: la garganta. Ahora que había conseguido derribar a su víctima y tenerla en el suelo, el pandillero aullaba de dolor mientras intentaba detenerse la hemorragia con una mano, solo debía tirar de su cabello hacia atrás y hacer un corte limpio.

Pero hubo un imprevisto. Por la esquina acababa de aparecer otro pandillero. ¿Qué hacía allí? Lo reconoció, cómo no, y casi lo celebró, porque se le acababan de poner a tiro las dos personas de las que deseaba vengarse. El único inconveniente era que no le dio tiempo a prepararse; la misma esquina que la había protegido, también le impidió ver que se aproximaba otra persona.

El segundo pandillero se quedó detenido en el sitio por la sorpresa y el miedo, viendo a su compañero aullar de dolor y a Josefina de pie con el puñal ensangrentado. Parecía estar decidiendo qué hacer, cuando se oyó un grito a su espalda.

—¡Alto, detente! ¡Las manos detrás de la cabeza, que pueda verlas!

¿El inspector Gálvez? ¿Qué hacía él allí? Aquello no estaba saliendo bien. Nada bien. Pero el asunto se complicó aún más cuando el pandillero se giró, sacó un arma y apuntó al policía.

—¡Que se detenga tu pu...!

Se oyeron dos detonaciones. Josefina solo alcanzó a ver cómo el pandillero dejaba caer el arma y comenzaba a trastabillar hacia atrás, hasta que caerse de rodillas. Sintió que alguien la sujetaba de la pierna, y vio que el chico que había acuchillado se aferraba a ella. Se liberó con una patada y

salió corriendo, antes de que el inspector la viese allí.

Gálvez corrió hacia la esquina. Vio a Josefina huyendo, pero la ignoró. Revisó el estado de los pandilleros y comprobó que estaban malheridos, así que giró la cabeza para llamar a Tomás y que los atendiese en tanto llegara la ambulancia.

Pero el enfermero también estaba tirado en el suelo. Pedro corrió hacia él y se encontró con que el disparo del pandillero no había fallado del todo. Gálvez evitó la bala, pero Tomás la recibió más abajo del costado, y no tenía buen aspecto. Llamó de inmediato a una ambulancia.

## Capítulo 25

—Esto te pasa por hacerte el héroe —le dijo Arredondo.

Una de las ventajas de haber sido ingresado en el mismo hospital donde trabajaba era que todos los compañeros se volcaron a asistirlo. Alfredo, que era el que más confianza le tenía, aprovechaba cada segundo para bromear acerca de su papel heroico atrapando a los pandilleros.

—¿Te importaría dejar de repetir eso, por favor?

Pero en el fondo sabía que había disfrutado aquella experiencia, y que volvería a pasar por ello a pesar del pronóstico que le dieron.

La operación a la pierna fue muy complicada, la bala se alojó en la pelvis derecha y se la había destrozado. Ni siquiera la cirugía posterior le aseguraba que volvería a andar con normalidad.

—Qué importa —dijo él—. Ni que fuera a correr los cien metros lisos.

Era bastante probable que le dieran una incapacidad, dependiendo de cómo fuera su recuperación, y eso le parecía incluso un aspecto positivo. Podría pasar más tiempo con su hija, por ejemplo.

Josefina era un tema aparte. Después de lo sucedido con los pandilleros, el inspector Gálvez la había interrogado. Ella negó haber atacado al chico a sangre fría. Afirmó que fue en defensa propia. Claramente, ni Gálvez ni él le creían. La habían visto allí, agazapada, esperando el momento para enfrentarse a aquellos chicos. Tuvo suerte de que ambos estuviesen allí. Puede que hubiera terminado con el primero, pero el segundo le habría disparado un tiro. Y Tomás estaba feliz de haberlo recibido en su lugar.

—¿Cómo te encuentras, Tomás? —Era el inspector Gálvez, que lo visitaba casi a diario.

El enfermero pensaba que había un fondo de culpa en aquella deferencia. No sabía si Pedro se daba cuenta de que él le hubiera acompañado de todas

maneras. Jamás hubiera permitido dejar sola a su hija, sabiendo que corría peligro.

—Hola, Pedro, ¿tienes novedades?

—Creo que tu niña se va a librar del juicio, definitivamente. El fiscal ha estado buscando testigos de lo sucedido, pero es la palabra de Josefina contra la del pandillero, y él en estos momentos está procesado por el homicidio de Ana Sandoval. Aunque no fue quien disparó el arma, resulta que era suya. La encontramos en su domicilio y estaba a su nombre. Las balas coinciden, así que está metido en un buen lío. Aunque intente defenderse, lleva las de perder en un juicio contra Josefina. Todo indica que no se celebrará.

—Pensé que te alegrarías por mi hija.

—Sigo creyendo, y me parece que tú también lo sabes, que Josefina fue allí con afán de venganza, y que si no llegamos a intervenir, al menos uno de los pandilleros hubiese muerto. Por mucho que aprecie a tu hija, yo a eso lo llamo asesinato. Planificado y a sangre fría.

—Oyéndote hablar cualquiera diría que Josefina es un monstruo.

—En absoluto. Si fuésemos monstruos no tendríamos sentimientos, ni siquiera el de venganza; más me preocupa esa frialdad de la que ha hecho gala. Y también me pregunto cómo ha aprendido a manejar las armas de esa manera.

—¿Qué arma? —preguntó Tomás.

—La encontramos con un puñal. Ella dijo que era suyo, es decir, que te pertenecía y que se lo habías regalado.

—Hay una parte de verdad en eso. El puñal me pertenece.

—Pero dudo mucho que tú se los dieras voluntariamente.

—Y sin embargo, si le sirve para defenderse, me parece bien que lo tenga.

—Te aseguro que tiene recursos más que sobrados para hacer frente a un



ataque. Y no necesita ningún arma para ello.

—A no ser que la otra persona tenga una, en cuyo caso ella se encontraría en desventaja.

El inspector levantó las manos como si pidiera una tregua.

—Está bien, está bien. ¿Podrías decirme en qué momento hemos convertido esto en un debate a favor o en contra de las armas?

Ambos se rieron.

\*\*\*

Habían pasado tres semanas desde el incidente de la cancha de baloncesto. En ese tiempo Josefina pudo revisar los errores cometidos en su enfrentamiento a los pandilleros. Debería haber seguido los consejos de Armando al pie de la letra, había sido una niñaata por creerse más lista. Pero la lección estaba aprendida y se felicitaba porque un capítulo, la venganza de la muerte de Anita, había terminado. Y también le producía un placer secreto haberle robado ese triunfo a Fernando. Aunque Anita era su madre, a su vez él era en parte responsable de la muerte de Melissa.

Los días que podía ver a su padre esquivaban el tema de lo sucedido. La únicamente vez que lo hizo fue a propósito del puñal, y fue su padre, para decirle que se lo regalaba:

—Josefina, abre una caja que tengo guardada en el armario, encontrarás una funda negra con un puñal. Quiero que te lo quedes.

Y ella lo había mirado con una mezcla de sorpresa e ironía, siguiéndole la broma.

Pero no todo estaba resuelto para Josefina. Había otra venganza que culminar. Debía encontrar al Boss, ¿y qué mejor atajo que su hermano?

Dejó pasar aquellas tres semanas e hizo una visita a Armando. Estaba en plenos exámenes, lo que significaba que ya no había clases. Solo iba al instituto para las pruebas. Aprovechando esta circunstancia, en una de las

horas libres tomó su bicicleta y pedaleó hasta la casa de Armando.

Encontró el sitio igual. El patio seguía descuidado y las paredes salmón contrastaban con la puerta blanca. Cuando llegó hasta la entrada, tuvo serias dudas sobre si debería llamar.

Al final venció la curiosidad, porque había pasado mucho tiempo sin verle. ¿Seguiría deseándola? En todo caso, no creía que fuera un sentimiento tan tierno como el que veía en Olivia y Héctor, cada día más acaramelados. Debía reconocer que sentía una envidia nada sana.

—Creí que no volverías.

Armando estaba en el umbral, más siniestro y atractivo que nunca, o eso pensó Josefina. En lugar de la camisa blanca llevaba una de color azul marino, tan ajustada como la otra. La miraba de arriba abajo, con total descaro. Josefina intentó no sonrojarse. Sabía que su aspecto exterior había cambiado. Seguía llevando el pelo corto, pero se había hecho un corte más femenino y estaba vestida de modo normal, no con ropa deportiva. Incluso se había maquillado de modo ligero, con un fino trazo oscuro en los ojos.

—Has crecido —observó Armando—. Eres ya una mujercita.

—Crecí hace mucho tiempo, pero entiendo lo que quieres decir.

—¿Vas a pasar o prefieres quedarte afuera?

—Claro, ahora mismo entro.

Él no se apartó del vano de la puerta, lo que obligó a Josefina a girarse hacia él para poder pasar. Y ese fue el momento que él aprovechó para atraerla hacia él y sujetar su cabeza mientras la besaba.

Tampoco en esa ocasión a Josefina le gustó el beso. A pesar de que duró más tiempo, no terminaba de convencerla aquella forma ruda de intentar invadir su boca. Forcejeó para que la soltara, y, aunque parecía renuente, lo hizo.

—Creí que ibas a pedirme permiso.

—Dije que no haría nada que tú no quisieras. Y tú querías esto.

Josefina decidió que no le interesaba seguir por ahí, así que desvió la conversación.

—Siento mucho haber tardado tanto en volver. Mi padre ahora está en casa todo el día y también tengo que estudiar.

—Lo sé —dijo Armando.

Josefina lo estudió durante un momento, hasta que comprendió que una persona con las cualidades de él tenía sus recursos para conocer aquello y mucho más.

—He venido en cuanto he podido.

—No pretenderás que te siga entrenando, ¿no?

—¿Estás enfadado conmigo?

—Me parece que la última vez hiciste lo que te dio la gana en lugar de seguir mis consejos.

—Me faltaba práctica, pero mi error me ha hecho más sabia.

—Me alegra saberlo, porque cometiste un error táctico muy importante al situarte en aquel sitio. Un error que podría haberte costado la vida. Si no fuera por aquel poli y tu padre, quizá ahora no estaríamos hablando.

—Por eso estoy aquí. Necesito seguir aprendiendo. ¿O crees que no merece la pena?

—Claro que merece la pena. Y te entrenaré con una condición. Quiero que salgas una noche a cenar conmigo.

—¿A cenar?

—Solo cenar —confirmó Armando.

—No sé qué decirte —dijo ella con perspicacia—. Si actúas como hace un momento puedes excusarte diciendo que yo te lo pedía con la mirada.

—¡Mi pequeña Josefina! Eres muy lista. Pero será solo una cena. Lo prometo.

—Está bien. Ahora debo irme.

—¿Por qué esa prisa? Siempre vuelves a casa a la hora en que termina el instituto. Si llegas ahora, tu padre descubrirá que no tienes clases durante los exámenes.

Josefina lo miró con una mezcla de enfado y sorpresa.

—¿Te has dedicado a espiarme?

—Digamos que me preocupo por ti.

—Pues no te preocupes tanto. Sé cuidarme solita.

\*\*\*

Fernando sabía que la había cagado con el Boss. No solo no consiguió recuperar las cintas, sino que también se le adelantaron los pandilleros a la hora de liquidar al que estaba ingresado en el hospital. Cuando Ricky y Fernando llegaron, el chico ya estaba muerto. Al que realmente le dolía aquello era a él, porque se quedó sin su venganza. Hasta Josefina lo había hecho mejor, yendo hasta el punto de encuentro y arriesgando el pellejo para rajar a esos tipos. El padre de Josefina también tuvo su momento de gloria, y de ese modo le había demostrado a Fernando por qué Melissa se fijó en él.

Ahora que habían desaparecido todos los motivos para estar en Pueblo Viejo, su madre y la venganza por la muerte de esta, Fernando solo pensaba en irse. Tenía dinero ahorrado del trabajo hecho con las entregas nocturnas, pero sabía que no era libre. No podía alejarse de cualquier modo, sobre todo después de haberle fallado al Boss. Tendría que hacerle un favor y después comunicarle que pensaba irse e iniciar su nueva vida. Melissa le había contado una vez que ella procedía de Pueblo Nuevo. Puede que él también encontrase una mujer así, con la cual tener sus críos y disfrutar en la intimidad.

Pero esa espera lo estaba torturando. Las entregas se habían reducido al mínimo y la policía estaba más alerta que nunca. Habían conseguido una

orden de registro para el Pockets y solo el aviso de su topo consiguió que no les encontrasen con las manos en la masa. Así que pasaban los días y él tenía que mantenerse en su refugio para evitar a la policía, yendo al supermercado solo de noche y bien arropado por una bufanda, a pesar de que era pleno junio.

Miguel sí que había conseguido alejarse de aquel mundillo. Reanudó el instituto, y aunque se hablaba apenas con Josefina, era quien le informaba de los pequeños cambios que iba notando en ella. Pasó de ser el patito feo a un elegante cisne, y no había ningún tío de la clase que no deseara algo con ella. Pero Josefina pasaba de todos. Iba del instituto a su casa, y algunas veces al gimnasio. Y estaba estudiando y aprobando. «Eso debe ser obra de su viejo», le dijo a Fernando, «ahora está todo el día en la casa». Y el tono de admiración con el que lo decía hacía que a Fernando le resultará más patético aún su fracaso. Si un viejo como Tomás era capaz de arriesgarse, ¿qué le pasaba a él para no hacer lo mismo?

Sin trabajo, con un contacto esporádico con sus antiguos colegas, estaba comenzando a deprimirse. Ni siquiera oía noticias de Ricky, lo que le tenía aún más mosqueado, porque si alguien había dado la cara por él desde el principio en la pandilla, ese había sido Ricky. Y en compensación, Fernando le salvó el culo muchas veces.

Le caía bien Ricky, cuando se miraban sabían que tenían muchas cosas en común: un pasado difícil, unos padres que hubieran querido matar con sus propias manos y un ansia de poder que los llevaba a desear incluso a las mismas mujeres. No era casualidad que ambos se hubieran encaprichado con Melissa.

Y pensando en encaprichamientos, a Fernando le regresaba a la cabeza la obsesión que tenía el Boss por la chica. No había vuelto a sacar el tema, pero estaba seguro de que seguía ahí. Y parte de la culpa del cabreo que tenía el

Boss con él se debía a Josefina: a que la había puesto en peligro. Mientras su padre siguiera en el hospital, aquel pensamiento jamás le iba a desaparecer de la cabeza; pensaría que era culpa de Fernando que Josefina se hubiera enfrentado a los pandilleros que el propio Fernando tenía orden de eliminar. Y lo que había terminado bien podría haber terminado de otra forma si no fuera porque el inspector Gálvez y el padre de Josefina estaban ahí.

No se lo dijo ni siquiera a Ricky, pero ya sabía por qué el Boss quería a Josefina y no a otra. El día que se reunieron en su casa, Fernando pidió ir al baño, y no pudo evitar curiosear. Él tenía un sitio secreto para esconder las cosas, la cisterna del váter, y pensó que quizá el Boss usaría el mismo lugar. Aún no se creía su buena suerte cuando abrió la tapa y apareció aquella bolsa de plástico con las fotografías. El Boss, más joven, con cuatro chicas. ¿Serían sus hermanas? Pudiera ser, eran parecidas a él. Aunque una de ellas, qué impresión, qué hijo de puta... era igual que Josefina. El parecido era asombroso.

Fernando no era tan inocente como para no reconocer una obsesión sexual cuando la veía. Aquel hombre se había prendado de su hermana pequeña, y ahora pretendía satisfacer aquel deseo insano con alguien que bien podía sustituirla. Por eso no le interesaba Melissa. Quería a la hija, a la joven, la que era más niña y le recordaba más a su hermana. Otra foto se lo confirmó. Reconocería la fachada de la casa de Melissa Duarte hasta en sueños. Se le había quedado grabada en la retina aquella noche horrible en que la encontraron muerta. Y aunque en la foto era de día, la adolescente que jugaba a ser mujer, ataviada con un vestido vaporoso, sentada en un sillón de mimbre, parecía una réplica de una de las hermanas del Boss. ¡Qué cabrón! Colocó todo como lo había encontrado y regresó a la salita. No, jamás le diría a nadie una palabra.

Cuando aquella tarde el Boss llamó a Fernando, después de su fracaso

con la misión, este casi se santigua.

—¿Me ha llamado?

—Sí, Fernando. Gracias por venir.

El joven no podía dejar de sorprenderse de lo lejos que había llegado el Boss en poco tiempo. Tenía menos de cuarenta años y una trayectoria brillante en el cártel. Los que lo conocían bien decían que no tenía piedad, y que ese era el secreto de su éxito. Perdonar hacía débil a una persona, y le perdían respeto. Así que prefería ser injusto algunas veces, pero actuar antes que quedarse paralizado y no tomar ninguna decisión.

Estaban en su casa, en el mismo sitio donde ya estuvo una vez con Ricky. No le traía buenos recuerdos porque también había sido el último lugar donde habló con él.

—¿Sabes por qué te he hecho llamar?

—No, Boss.

—Sigo necesitando que me consigas esas cintas de vídeo. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Si le soy sincero, me parece difícil, por no decir imposible, sacarlas de la comisaría.

El Boss asintió con un gesto.

—Yo también creo lo mismo. Si fuera medianamente sencillo, nuestro chivato nos las habría conseguido. Pero no ha sido así. Hoy, sin embargo, ha habido un cambio.

—¿Un cambio?

—Hemos conseguido que el inspector Gálvez se lleve las cintas a su casa, así que he pensado que tú serías capaz de entrar allí y cogerlas.

Fernando vio el cielo abierto en ese instante. Un allanamiento de morada no le suponía mayor complicación, y por fin iba a poder reconciliarse con ellos.

—Lo haré esta misma noche.

—Fantástico. Pero antes hay algo que debo decirte. Asómate allí.

El Boss le señalaba una puerta a la derecha. Era la del baño. Comenzó a recorrerle un sudor frío.

—Puedes abrir y mirar, no tengas miedo.

Pero Fernando lo tenía. Él ya estuvo allí, y sabía que había un lavabo, un inodoro y una bañera sin cortina.

Por eso pudo ver perfectamente, nada más abrir la puerta, el cadáver de Ricky, con una bolsa de plástico en la cabeza.

Oyó la voz del Boss detrás de él y sintió la pistola en su costado.

—Quiero esa cinta, Fernando. Piénsalo dos veces antes de fallarme. Hoy le ha tocado a Ricky, pero el próximo serás tú.

\*\*\*

Josefina se sorprendió de la llamada del inspector Gálvez, hasta que recordó que ella misma le había dado su número de móvil.

—Buenas tardes, Josefina. —A pesar del tiempo transcurrido, su nombre seguía sonando de modo especial en boca de aquel hombre.

—Buenas tardes, inspector.

—A estas alturas creo que ya podrías llamarme Pedro. Hasta tu padre lo hace.

Ella hizo caso omiso.

—¿Qué desea, inspector?

—Necesito tu colaboración para una investigación.

—¿Está seguro de que puedo ayudarle?

—Por completo. ¿Te acuerdas de las cintas que viste?

—Sí, por supuesto.

—Las tengo en mi casa y hay algunos detalles que quiero mostrarte. ¿Podrás acercarte?



—Sí, claro. —Josefina pensó que era la oportunidad para que el inspector cambiase su opinión acerca de ella. Sabía, por las conversaciones con su padre, que él censuraba su actitud.

—Te espero a las siete.

\*\*\*

La Josefina a la que el inspector Gálvez abrió la puerta era toda una mujer, y eso le hizo flaquear en sus buenas intenciones. No podía seguir mirándola con inocencia. En el fondo, se contenía por respeto a su juventud, pero ella parecía haber madurado en aquellas tres semanas. El cabello le había crecido un poco y lo llevaba algo marcado. Vestía con una camisa larga, de color burdeos y aspecto sedoso, y un pantalón ajustado. Estaba maquillada de modo ligero, pero con generosidad en los ojos, donde el rímel había potenciado unas pestañas de por sí espesas.

El inspector, que no iba de uniforme, tras un breve vistazo a su atuendo, clavó la mirada en su rostro.

—Siempre he pensado que tienes unos ojos muy bonitos.

Pedro no se reconocía, estaba piropeando a Josefina, cuando en realidad le pidió que fuera para trabajar juntos. Carraspeó, un poco incómodo, y la invitó a pasar al salón.

La joven fue ganando en seguridad al ver la incomodidad de él. «Es tierno», se dijo con cierta burla. «Pero también muy atractivo», añadió, mirando con aprobación su camiseta granate y los vaqueros.

En el salón había una mesilla con ruedas donde estaba colocado el televisor, y en la parte inferior, el aparato reproductor de vídeo. El inspector la invitó a tomar alguna bebida, y cuando ella rechazó su ofrecimiento, decidió comenzar el visionado cuanto antes. Pulsó el interruptor y volvió a poner la escena del teléfono de Fernando, que parecía saberse ya de memoria.

—¿En qué quieres que te ayude?

—¿Le conoces?

Ella contempló la imagen de Fernando. Todo lo relacionado con el cartel parecía haber quedado muy atrás. Lamentaba lo sucedido con Anita, pero eso ya había pasado.

—Sí, de vista. Conocía más a su madre.

—Lo sé. Tú ya has visto esta cinta, ¿verdad?

—Hace unas semanas.

Pedro se giró hacia ella en el sillón y Josefina confirmó lo que sospechaba. Aquel atractivo policía estaba interesado en ella.

—¿Y no hubo nada que te llamara la atención?

Ella cruzó las piernas, y la mirada del inspector bajó un instante hacia su figura, bien marcada por el pantalón, pero se dirigió de nuevo hacia su rostro.

—Muchas, en realidad. Me hizo preguntarme por qué Fernando y mi madre se conocían, y le pregunté a mi padre.

—¿Por qué le preguntaste a tu padre si tu madre se drogaba? ¿Qué te hizo pensarlo?

La chica se revolvió, incómoda.

—Si esto es un interrogatorio, deberíamos estar en la comisaría y yo tendría que tener un abogado.

—Como bien dices, si fuera un interrogatorio. Pero no lo es, Josefina. — De nuevo aquel matiz que hacía que su piel se erizase.

—¿Todo lo que hablemos quedará entre nosotros? —Ella misma no reconocía aquella voz enronquecida con la que le había hablado al hombre. Pero cuando a él le brillaron los ojos, comprendió lo que Armando le dijo aquel día. Su atractivo femenino también era un arma.

—Lo que me cuentes, quedará entre ambos, ¿de acuerdo? No me interesa detenerte a ti, sino a los altos mandos. —Pedro no sabía si aquello era realmente ético, pero no podía dejar ir a aquella mujer. Lo estaba volviendo

loco solo con una sonrisa.

—Está bien. Dime qué sabes y te completaré la información.

—Viste el vídeo y sospechaste que tu madre se drogaba, ¿no? Por eso le preguntaste a tu padre.

—Eso es.

—Y también te extrañaría ver que Fernando conocía muy bien a tu madre. Era su proveedor.

—Sí, lo sospeché.

—¿Qué sabes del cártel? ¿Has oído hablar de alguien llamado Boss?

—¿El que mencionan en las cintas? Es la primera vez que oía ese nombre. ¿Debería sonarme?

Pedro sacudió la cabeza.

—El Boss es muy conocido con ese sobrenombre en ese mundo, aunque nadie conozca su rostro, salvo sus lugartenientes.

—¿Y conocen su nombre verdadero?

—No.

Josefina pensó en Armando, y decidió hacer una jugada.

—Un día me pidieron llevar un paquete a un tal Armando. Me terminó confesando que era hermano del Boss. Fue una relación extraña, me gustó desde el principio.

—¿Y él? ¿También se mostró interesado? —Gálvez estaba haciendo un esfuerzo tan titánico por esconder los celos que sentía que fue lo primero que preguntó.

—Al principio, no. Creo que solo era atracción física. A mí me gustan más otros aspectos de él. Pero es cierto que me ha besado un par de veces. Y hoy me ha invitado a cenar.

—¿Y dices que es el hermano del Boss?

—Eso lo deduzco yo por lo que me ha contado. Me dijo que su hermano

Eddy se había hecho un hueco en el mundo de las pandillas, y que se había convertido en el jefe de una muy grande. Supuse que era el famoso Boss.

—¿Qué sabes de Armando?

—Que su familia migró de Georgia, que el mayor es Eddy y el menor es él, que tiene cuatro hermanas muy parlanchinas. —Josefina sonrió al recordarlo—. Y que él es el lugarteniente de su hermano, un sicario. ¡Ah! Y su pasión es la fotografía.

—¿Todo eso te ha contado?

—Sí.

—Parecen bastantes revelaciones para alguien que solo se encarga de llevarle paquetes.

Josefina frunció el ceño.

—El paquete fue la primera vez. El resto de veces he ido por propia voluntad. Y le pedí que me enseñase algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cómo pelear contra los pandilleros. Quería vengar la muerte de Anita. Y la de mi madre, claro.

El inspector la sorprendió con el siguiente comentario.

—¿Lo sabes, entonces?

—Sí, claro. Sé que mi madre se suicidó, y que Fernando y probablemente Ricky eran sus proveedores de *meta*. Y que el Boss está detrás de mí.

Pedro afirmó.

—El Boss quería hacerse contigo, y había chantajeado a tu madre.

Josefina se quedó impactada con la revelación, pero su rostro fue una máscara.

—Sí, en efecto —dijo con la voz más calmada que pudo—. Y Fernando lo sabe.

—Desde luego que sí. Imagino que el Boss lo mataría si se enterase.

\*\*\*

«Desde luego que sí», corroboró con el pensamiento el propio Fernando desde su escondite. Había entrado a media tarde, y estaba oculto en una de las habitaciones próximas al salón donde el inspector veía los vídeos. Maldita fuera su estampa, no dejaba de reproducir precisamente aquel que Fernando hubiera querido hacer desaparecer.

Le había impresionado el cambio de aspecto de Josefina. Cuando la vio sentarse junto al inspector cayó en la cuenta de ese y otros detalles. Que la chica parecía mostrar atracción por el policía y que era un sentimiento correspondido. Pero ahora lo que le preocupaba era cómo iba a resolver el problema de las cintas. Si las obtenía, y eso no era especialmente difícil, y se las entregaba al Boss, era posible que su final fuera el mismo que el de Ricky. Y si no lo hacía, era cuestión de tiempo que el Boss lo localizase y acabara con él.

En todo caso, las cintas no debían estar en poder del inspector. Las conjeturas que había hecho eran correctas, y no quería que se quedara con las pruebas de ello. Se las llevaría, sí, pero tendría que elaborar una buena jugada para entregárselas al Boss sin recibir represalias. Y en ese momento, aquella parejita le estaba sirviendo la excusa en bandeja.

—No entiendo por qué me proteges de esta manera —decía la chica en ese instante.

Gálvez le dirigió una mirada que pretendía decir mucho más que sus palabras:

—¿De verdad no lo entiendes, Josefina...?

Ella lo miró, y como si él hubiera podido leerle el pensamiento, afirmó:

—Sí, Josefina. Desde hace mucho tiempo.

Pedro era un hombre tierno, que bebía los vientos por ella. Alguien dispuesto a romper su ética por conseguir unos minutos a su lado. De todo

eso se había dado cuenta en aquel rato en su piso. Si había algún hombre a quien le interesara seducir era a alguien como él, ni tan débil como para despreciarle ni tan oscuro como para no poder dominarlo. Por eso, ante la sorpresa de Pedro, se incorporó y le tomó la cabeza por detrás para aproximarla a la suya. Y fue la primera vez en iniciar un beso, que los tuvo ensimismados durante varios minutos.

—Eres tan joven —dijo él mientras deslizaba los labios por su mejilla.

Ella le respondió:

—Ya soy una mujer.

Y volvieron a abrazarse.

Fernando observaba aquel encuentro amoroso, intentando pensar a toda velocidad. Si el Boss estaba encaprichado con Josefina y él le decía quién era el que a fin de cuentas la había conquistado, quizá su enfado fuese menor.

Cuando Josefina dijo que era hora de irse, una hora después, el chico aprovechó que el inspector insistía en acompañarla a su casa para llevarse la cinta. Esa noche el Boss tendría algo en que pensar.

\*\*\*

—¿Te das cuenta de lo bien que me desenvuelvo con la bicicleta?

El tono de voz de Tomás reflejaba mucha satisfacción. Había conseguido que le dejaran iniciar la rehabilitación, y practicaba con una bicicleta estática, bajo la mirada divertida de su amigo Arredondo.

—Fíjate, si ya puedo andar con muletas.

—Realmente eres un cabezota.

—No me gusta ser un inválido. Hay muchas cosas que todavía puedo hacer.

—Desde luego, aún conservas las dos manos —observó Alfredo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada que tú mismo no hayas pensado, no hace falta que finjas

conmigo.

—Te dije que eso lo había dejado atrás.

—Es como andar en bicicleta, hay cosas que nunca se olvidan.

—Hoy mismo pido el alta —dijo Tomás como si no hubiera oído a su amigo—. Estoy deseando volver a la vida normal.

\*\*\*

El inspector Gálvez se puso nervioso cuando, esa mañana, intentó buscar las cintas para llevarlas de nuevo a la comisaría. Estaba completamente seguro de que las había dejado en el salón después de llevar a casa a Josefina. Lo cierto es que no había vuelto a pasar por el salón; se fue directamente a la cama, dispuesto a recordar lo que sucedió, primero en su casa y después en aquella eterna despedida del coche. Estaba tan emocionado como un adolescente en su primera cita.

Pero aquella mañana era diferente. No conseguía encontrar las cintas y empezaba a sospechar que alguien se había hecho con ellas. Llamó a Josefina en un último y desesperado intento por saber si las había cogido, pero solo consiguió asustarla. Ella estaba en clases en el instituto, y salió un momento para atender su llamada.

—¿No las encuentras?

—¿Crees que alguien puede habérselas llevado? —respondió Pedro a su vez.

—Imagino que el Boss pudo enviar a alguien —dijo ella.

El inspector maldijo.

—No me gusta que hayan desaparecido. Te nombran en la grabación.

—No te preocupes. Eso no me importa.

—Pero a mí sí. Bueno, regresa a clase. No quiero preocuparte más.

—En realidad, creo que me iré a casa. Hoy le dan el alta a mi padre y voy a cocinarle algo.

—Me pasaré luego a verte.

—¡Pedro!

—Dime, Josefina.

—Recordé algo anoche. Tengo una fotografía de Armando. En cuanto llegue a casa, te hago una foto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te veo luego.

\*\*\*

Fernando no esperaba aquella reacción. Sabía que el Boss estaba obsesionado con la chica, pero no imaginaba que iba a sentir celos del inspector. ¿Acaso no había permitido que Miguel se enrollase con ella en los descansos del instituto? Quizá no lo veía como un rival, mientras que aquel joven policía, guapo y honesto, lo era.

—Imagino que me estás diciendo esto por un motivo concreto —dijo el Boss. Estaba claro que no tenía un pelo de tonto—. ¿Acaso hay algo en las cintas que no me va a gustar?

—Me fui de la lengua, Boss. Mi madre se enteró y se lo dijo a Josefina. También hablé de Melissa. —Fernando decidió soltarlo todo de golpe.

—¿Y eso me incrimina de alguna manera?

—Nadie sabe quién es usted. Solo dije que Melissa no se había plegado a...

No llegó a terminar la frase. El disparo del Boss había sido certero y le dio en mitad de la frente.

—No es algo personal —le dijo al cadáver caído en el suelo—. Lo hubiera hecho de todos modos, aunque me contaras lo del poli y Josefina. Con eso solo has conseguido ponerme de mal café.

\*\*\*

—¡Papá!

Josefina y su padre se abrazaron en la entrada de la casa, donde el taxi



había dejado al enfermero.

—Es bueno regresar al hogar —dijo este.

—Ven, te he preparado el aperitivo.

Juntos se dirigieron a la mesa de la cocina. Tomás no había dejado de observar lo guapa que estaba su hija. Siempre le pareció bonita, pero ahora parecía haber madurado varios años de golpe.

—¿Sabes una cosa? Eres incluso más bella que tu madre.

Josefina bajó la cabeza, avergonzada.

—No hace falta que digas eso, papá. Sé muy bien que jamás llegaré a ser como ella.

—Creo que no me he explicado bien. No me refiero únicamente a la belleza física, que la tienes. Tu carácter te hace todavía más valiosa. Eres una combinación muy atractiva de femineidad y fuerza. Me imagino que eso es lo que Pedro ha visto en ti.

—¡Papá!

—Por favor, Josefina, no soy estúpido. He visto cómo te mira. Lo que ha hecho por nosotros. Eso rebasa el simple deber. Ese joven te quiere, y me parece muy bien. Es un hombre estupendo.

Ella sonrió con cierta sorna.

—¿Hay algo que me he perdido?

—Dentro de un rato vendrá a casa. Pregúntaselo a él.

—¡Vaya, vaya!

Después del aperitivo, Josefina convenció a su padre para que se echase un rato en su dormitorio. Luego fue a su cuarto y sacó de la funda del colchón sus tres «secretos»: el dinero que había ahorrado, la pistola del pandillero y la foto de Armando.

Recordó que había quedado en enviarle a Pedro la imagen, así que hizo una foto y se la mandó por WhatsApp. Luego cogió el dinero y lo contó. No

era mucho, pero sí suficiente para irse. Ahora que su padre se encontraba bien era hora de irse de Pueblo Viejo.

Recibió un mensaje de WhatsApp y lo leyó. En su rostro se cruzaron varias emociones encontradas. Se guardó la pistola en el bolsillo trasero del pantalón, y con el ceño todavía fruncido se dirigió a la cocina.

Afuera se escuchó el ruido de un coche, y Josefina se levantó de un salto.

—¿Es Pedro? —oyó preguntar a su padre.

—Sí, papá, quédate en tu cuarto, ahora vamos a verte.

Mientras caminaba hacia la puerta le llegó el sonido de modo más nítido. El motor de un Audi. Se asomó a la ventana y llegó a tiempo para ver cómo se estacionaba un coche con los cristales ahumados. Se le erizó la piel y comenzó a respirar aceleradamente. Recordaba aquel auto. Había sido dos años atrás, pero la sensación de miedo permanecía.

Armando salió del coche y avanzó decidido hacia la cancela. El corazón le golpeaba tan deprisa en el pecho que intuyó, más que oyó, el timbre de la puerta.

—¡Hola! —saludó intentando no parecer nerviosa.

—¿Estás sola en casa? —Armando no aguardó su respuesta y entró—. Me imagino que tu padre sigue ingresado.

—Sí.

—Muy bien. Entonces tenemos tiempo.

La cogió por los brazos y la giró, empujándola contra la puerta. Luego comenzó a besarla con brusquedad, deslizando las manos por sus caderas.

Josefina intentó evitar sus besos, pero tuvo que resistir aquel embate, hasta que por fin él se alejó. Ambos respiraban con jadeos, y la chica se limpió el labio inferior. La había mordido y hecho sangrar.

—¿Qué haces?

—¿No te gustan mis besos, Josefina? ¿Prefieres los de ese imberbe de

Gálvez?

Ella lo miró con furia.

—¿Y a ti que te importa, Armando? No soy nada tuyo.

Él rechinó los dientes de un modo que hizo crujir la mandíbula.

—Ese es el problema —dijo—. Que he sido tan estúpido como para esperar que me eligieses tú. Pero me has decepcionado. Todas sois iguales. Tenéis un verdadero hombre delante y salís huyendo con adolescentes.

—¿Y por qué ibas a querer algo conmigo? Casi me doblas la edad. ¿No te parece que eres un pervertido..., Boss?

Él la observó con cierta admiración.

—Sí, Josefina. Ese soy yo. Eduardo Armando, el Boss. Y tú estás destinada a mí. Lo supe el día que te vi sentada en aquella silla de mimbre... una vez te escapaste, pero me juré que serías mía, aunque fuera en otro cuerpo.

—¿De qué hablas?

Él no pareció hacerle caso.

—Tu madre te protegió de mí, pero ahora estás sola.

—Mi madre...

—«Yo» convertí a tu madre en una enganchada.

—¡Canalla!

Armando no se esperaba el primer golpe, y la patada de *kickboxing* que le lanzó Josefina lo llevó directo al suelo. Luego ella se acercó, le envolvió el cuello con las piernas y comenzó a asfixiarlo.

—¡Detente!

Pedro había entrado por la puerta que dejaron abierta, jadeante, asustado por el descubrimiento de que el hombre que Josefina conocía como Armando era el propio Boss. Se lo había comunicado por WhatsApp, en un arranque de ceguera emotiva, pero no esperaba que él apareciera en la casa.

Josefina apenas se distrajo unos segundos con la voz de Pedro, pero fue suficiente para que Armando la empujase a un lado y sacara la pistola que llevaba.

—Si te mueves —le dijo a Pedro—, la disparo.

Un puñal lanzado a toda velocidad se le clavó en el brazo, y Josefina aprovechó la nueva distracción para desarmarlo.

El inspector y Josefina miraron hacia el lanzador. Tomás estaba de pie, sudando profusamente por el esfuerzo de arrastrarse desde su habitación hasta la cocina.

—Sí —les dijo—, yo también sé manejar uno de esos. Pero es una época que dejé atrás hace tiempo. Tuve que pelearme en muchas apuestas, hasta que le dije a Arredondo que lo dejaba. Nunca me convenció la violencia.

—Pues hoy has salvado la vida de tu hija.

—Creo que por eso guardé el puñal. Siempre debes dejar una puerta abierta.

Josefina corrió a ayudar a su padre, que se desmoronaba al no soportar el peso.

—Dame el arma, Josefina —le dijo el inspector—. Llevaremos a este hombre a prisión para ser juzgado por sus crímenes.

Ella le obedeció mientras Armando la observaba con sonrisa sardónica.

—No estaré en la cárcel más de una noche. Tengo los mejores abogados del país.

—Tiene razón —dijo Josefina mirando a Pedro—. Va a volver a las andadas. ¿No vas a hacer algo?

Él negó, y Armando se echó a reír.

—¡Vaya gil...!

No llegó a terminar la frase. Josefina, veloz como una pantera, había sacado su pistola de detrás del pantalón y acababa de dispararle al corazón. El

Boss cayó desplomado.

—Adiós, papá. Adiós, Pedro.

No recogió nada. Llevaba ya el dinero en el bolsillo, y quizá el inspector Gálvez comenzara pronto a perseguirla. Solo sabía que había conseguido su venganza. Y que ahora, por fin, comenzaba a vivir su vida. Con una pistola como nueva amiga.

## **BONO DE REGALO**

Descarga mi novela **Crímenes Cantados** en estos enlaces:

Formato PDF (ideal para PC):

[http://autopublicamos.com/ebooks/Aragon\\_Crimenescantados.pdf](http://autopublicamos.com/ebooks/Aragon_Crimenescantados.pdf)

Formato Mobi (ideal para Kindle):

[http://autopublicamos.com/ebooks/Aragon\\_Crimenescantados.mobi](http://autopublicamos.com/ebooks/Aragon_Crimenescantados.mobi)

Formato Epub (ideal para la mayoría de lectores electrónicos):

[http://autopublicamos.com/ebooks/Aragon\\_Crimenescantados.epub](http://autopublicamos.com/ebooks/Aragon_Crimenescantados.epub)

## **Nota de los autores**

Esperamos que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como nosotros disfrutamos escribiéndolo. Estaríamos muy agradecidos si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

### **Conéctate con Adrián y Miguel Aragón**

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto con nosotros por favor escríbenos directamente a [adrian@autoresaragon.com](mailto:adrian@autoresaragon.com). También nos puedes encontrar en:

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Twitter](#)

**Saludos,**

**Adrián y Miguel Aragón**

## Otras obras de Adrián y Miguel Aragón

[Supremacía \(Max Cornell thrillers de acción nº 2\)](#)

[Secuestro \(Max Cornell thrillers de acción nº 3\)](#)

[¿Quién mató a Ángela Blanco?](#)

[El Asesino de las Cruces](#)

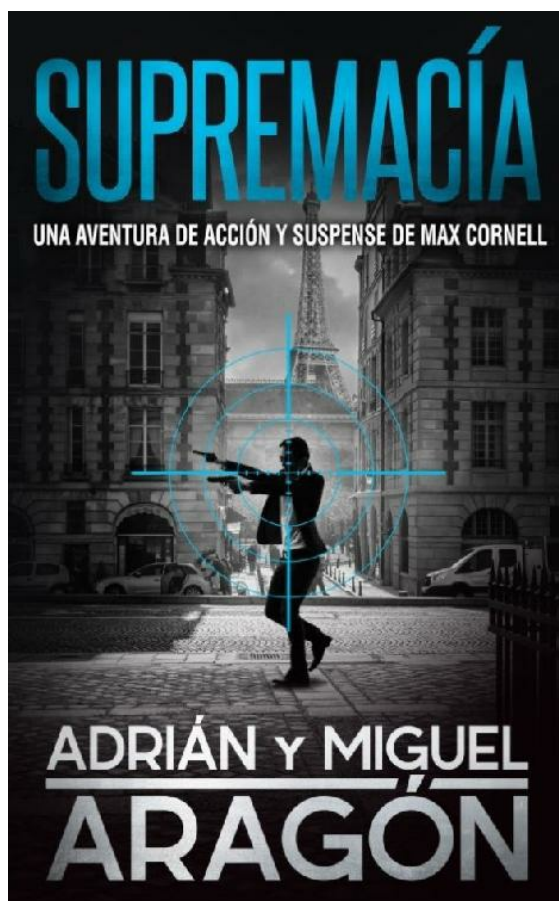
[Persecución Mortal](#)

[Infiltrado](#)

[Venganza de Sangre](#)



## Supremacía (Max Cornell thrillers de acción nº 2)



La Sociedad Atón de París, integrada por importantes personalidades del mundo de la política y las altas finanzas, se presenta como un grupo dedicado a la promoción de estudios científicos y avances tecnológicos con fines humanitarios. Sin embargo, numerosas sospechas indican que, detrás de esta cara benefactora, se ocultan actividades ilegales y oscuros objetivos.

Escondido bajo el disfraz de un prestigioso político inglés, Max Cornell se adentrará en el seno de la Sociedad Atón para investigar las verdaderas tareas que este grupo lleva a cabo.

Un decisivo encuentro se dará entre los lúgubres laberintos de las catacumbas de París. Max se reunirá con Klaus Fablet, el enigmático líder de

la Sociedad; pero los hechos tomarán un giro inesperado cuando Max descubra que, como prueba de lealtad, deberá asesinar a la mujer que Klaus tiene secuestrada allí: nada menos que a Solange Dufort, la hija del primer ministro.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

## Secuestro (Max Cornell thrillers de acción nº 3)



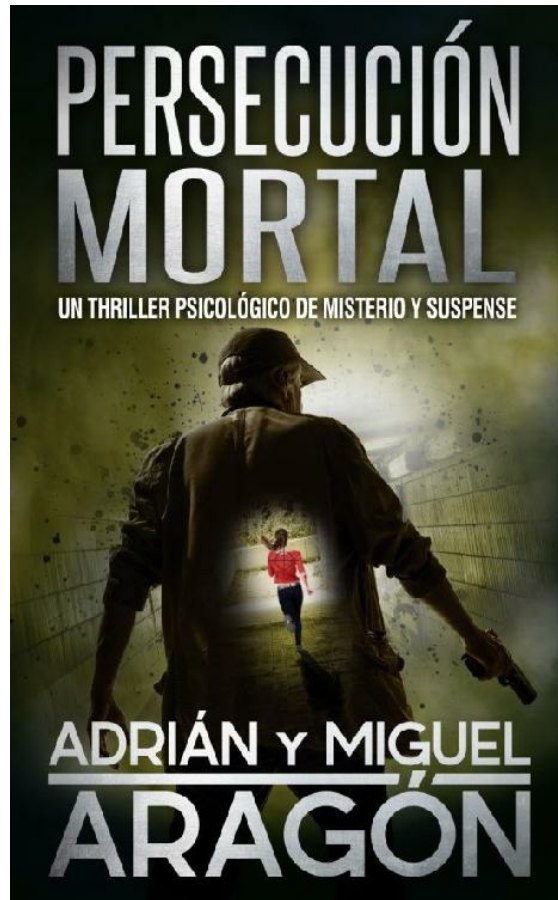
Max Cornell ha recibido un nuevo encargo de la SCLI. En esta ocasión los miembros del equipo deberán dispersarse por los cinco continentes en búsqueda de sus objetivos: sicarios tan expertos en el arte de la guerra como ellos

La integridad de la capital inglesa está en juego. Todo va bien hasta que uno de los objetivos se resiste a aceptar su destino. A cambio de su vida, ofrece información: detalles sobre la muerte de Arcángel que Max no podrá ignorar. Las consecuencias de estos nuevos datos son imprevisibles.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)



## Persecución Mortal



Brad Moore es un sicario al que se le encarga la tarea de atrapar al responsable de hackear los sistemas de una importante empresa londinense que, al ver burlada su seguridad informática, corre el riesgo de que ciertos secretos turbios salgan a la luz.

Después de realizar minuciosas averiguaciones, Moore obtiene el nombre de la principal sospechosa: Crystal Connor, una joven graduada con honores en la carrera de Ingeniería Informática de la Universidad de Cambridge.

Inmediatamente, Moore comienza a seguir el rastro de la chica, hasta que repentinamente se entera de que ella había muerto algunos años atrás en un accidente automovilístico, justo después de su fiesta de graduación.

Todos aceptan esta historia como verdadera, a excepción de Moore, quien comienza a notar que ciertas piezas del rompecabezas no encajan.

Es así que el sicario se propondrá llegar al final del asunto en una carrera contrarreloj, colmada de crímenes, muertes misteriosas y oscuros secretos.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

## ¿Quién mató a Ángela Blanco?



En una noche oscura, el cadáver de una mujer es encontrado dentro de un contenedor de basura. Es el cuerpo de Ángela Blanco, una joven que había quedado minusválida tras un trágico accidente de coches que acabó con la vida de su madre.

El principal sospechoso del crimen es el enfermero de Ángela, un apuesto joven que fue contratado por la familia para cuidar de ella a tiempo completo.

El caso le será asignado al mejor detective de la ciudad, Félix Morales, quien deberá enfrentar uno de los casos más difíciles de toda su carrera profesional.

Morales tendrá que utilizar al máximo su inteligencia e intuición para

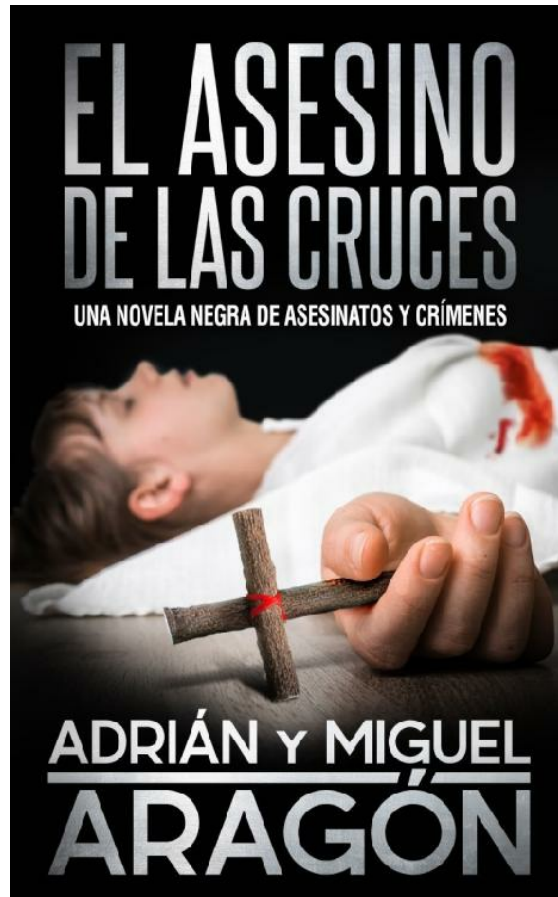
desenmascarar a un astuto y sigiloso asesino, que intentará despistarlo constantemente con falsos señuelos.

La ambición de poder, el amor y la envidia atraviesan la trama de esta gran novela de Adrián y Miguel Aragón, en la que al fin de cuentas, nada resulta ser lo que parece.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)



## Asesino de las Cruces



Una serie de extraños asesinatos conmociona a toda la ciudad de San Luis. Los cuerpos ensangrentados de las víctimas presentan exactamente las mismas heridas y portan en sus manos el mismo objeto: una cruz.

El caso es asignado al mejor detective del departamento de homicidios de San Luis, el italoamericano Harvey Moretti, y a su habitual compañera, Sara Suhr. Juntos, emprenderán una de las investigaciones más importantes de sus vidas.

¿Qué motivos llevaron al asesino a cometer estos brutales crímenes?  
¿Qué mensaje pretende ocultar detrás de aquellas marcas y cruces?

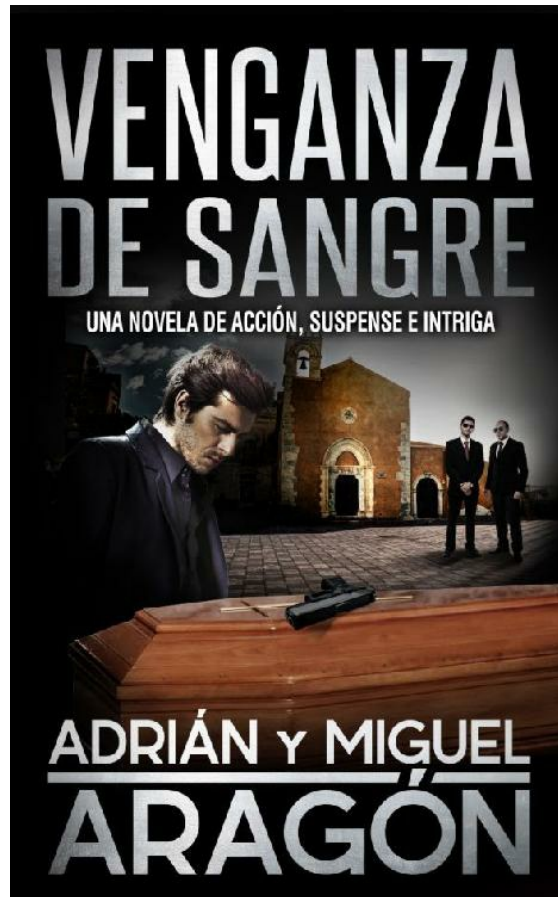
Harvey y Sara deberán enfrentarse a un criminal sumamente inteligente y

sigiloso, que actúa sin dejar pista alguna, calculando minuciosamente cada uno de sus movimientos.

La peculiar astucia de los detectives será su principal arma para develar el misterio y desenmascarar al temido asesino de las cruces.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

## Venganza de Sangre



Cameron West es un detective retirado de Filadelfia, que arrastra consigo un complicado pasado. Hijo mayor de una familia sin padre, siempre sintió la responsabilidad de proteger y enseñar a sus dos hermanos, aunque ellos nunca lo oyeron y terminaron involucrados en el crimen y las drogas.

Un día, una terrible noticia llega a oídos de Cameron: en Boston, Massachusetts, un narcotraficante es asesinado. Es Donovan, el más pequeño de sus hermanos.

Con el gran dolor de haber fracasado en su intento de ayudar a su familia, el detective moverá cielo y tierra para encontrar al asesino y llevarlo ante la justicia. Para esto, necesitará la ayuda de la inspectora a cargo de la

investigación, María Giganti.

Cameron cuenta con sus rápidos puños y una sangre fría excepcional para introducirse en el ambiente de las mafias locales. El sentimiento de culpa que le corroe el alma hará el resto.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)

## Infiltrado



Una banda de ladrones tiene a la policía de todo el mundo desesperada: ya sean joyerías, bancos, cuadros de museos, las cuentas bancarias de millonarios o incluso otros ladrones, esta extraordinaria banda de delincuentes escapa cada vez sin dejar rastro, ni una sola pista.

La Interpol asigna el caso a Jack Dupont, policía sagaz y ambicioso, quien hará todo lo posible por detenerlos. Presionado por sus jefes, decide sacar de prisión a Simon Keller, inteligente y escurridizo ladrón, hábil conductor de todo tipo de vehículos, que más de un dolor de cabeza causó a la policía en otros tiempos.

Jack Dupont le ofrecerá a Keller un trabajo a cambio de su libertad:

infiltrarse en la banda para ayudar a capturar a los criminales. Ante esta oportunidad, Keller no dudará en aceptar, sin imaginar que esta experiencia cambiará radicalmente el rumbo de su vida.

Disponible en Amazon – Adquiere la [AQUÍ](#)